

DE LA AUTORA *BEST SELLER*

LENA VALENTI



AMOS Y MAZMORRAS X

PALABRA DE CALAVERA

PARTE II



LENA VALENTI

AMOS Y MAZMORRAS X

PALABRA DE CALAVERA
PARTE II



EDITORIAL VANIR

Tabla de contenidos

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

DICCIONARIO Bedesemero

AMOS Y MAZMORRAS X

PALABRA DE CALAVERA

PARTE II



CAPÍTULO 1

En el libro anterior...

Lago Tahoe

Karen se estaba preparando una infusión para intentar conciliar el sueño.

Después de dejarla en el hotel de Carson, no quiso hablar nada más con ellos. No se veía con fuerza. Era todo muy violento. Así que salió del coche corriendo, y una vez en su habitación, cargó su portátil en una mochila, se puso ropa más cómoda, pidió al hotel que le enviaran su maleta a la dirección de Tahoe, y se montó en su nueva moto para ir a un lugar en el que poder sentirse menos desubicada.

La casa de su tío era acogedora, cálida y repleta de detalles que le gustaban y le hacían sentirse bien. Con la taza de Melisa entre las manos, visitó habitación por habitación para ocupar su mente y para impregnarse de ese tío que no había conocido. Abrió todos los cajones habidos y por haber, cosa que no había hecho en su visita con Lonan, y en una de esas, en los cajones del escritorio blanco de su oficina, descubrió que guardaba una caja con fotos antiguas. Fotos de su madre y fotos de ella de cuando era pequeña.

En una de esas fotos había escrita una dedicatoria: «tu ahijada, única sobrina, te manda un beso lleno de chocolate». En esa imagen, ella hacía morritos a la cámara, y tenía los labios cubiertos de esa crema dulce y negruzca.

Habían cartas intercambiadas entre ellos, donde Henry le hablaba de sus labores con los Gunlock, de un tal Garia, al que siempre mencionaba y que formaba parte de las reservas, incluso de Cihuatl... Dios, en esas cartas

mencionaba a la madre de Lonan, poco, pero lo poco que decía eran palabras de respeto y admiración por su trabajo con los atrapasueños.

Debería decírselo a los hermanos, pero mejor mañana, cuando su malestar desapareciera.

En su oficina, cuyos miradores eran ramas de árboles y lago, también halló algunos objetos personales, como una navaja de mango rojo con ornamentos dorados, tipo mariposa, y unas plumas de coleccionista...

Karen estaba sola. Su relación con su padre no era muy buena. Su madre había muerto debido a una larga enfermedad y, lamentablemente, nunca llegó a conocer a la persona de la familia con la que más afinidad podría haber tenido. Y, sin embargo, era el que le había dejado cosas valiosas para su porvenir, y le había regalado aquel lugar impresionante.

Se quedó en el salón, estirada en el *chaise longue*, mirando hacia el bosque y el agua del lago, con unos calcetines blancos que le calentaban los pies y una sudadera muy larga vintage del equipo de hockey profesional de los New York Rangers. Le gustaba ponérsela siempre para estar por casa.

Recogió sus rodillas y las ocultó bajo la sudadera, y se quedó sentada, con la taza en la mano, sorbiendo delicadamente para no quemarse.

El lago Tahoe era increíble de noche. La luna en lo alto iluminaba el valle como una luz fluorescente de baja intensidad y lo teñía todo de azules suaves. Le parecía increíble que horas atrás hubiera estado en Las Vegas, en una *suite* de lascivia y depravación, perdiendo medio millón de dólares y una parte de su corazón que no sabía que estaba tan enganchada a uno de los Calavera.

¿Qué decía enganchada? Le gustaba Lonan. Le obsesionaba Lonan. Se había enamorado de él. Le hacía sentir tantas emociones extrañas e incómodas, y al mismo tiempo, tan especiales, que verle era como si hubiera una batalla en su interior entre fuerzas del bien y del mal. Se había enamorado de Lonan la muy cateta, cuando se había jurado y perjurado que ningún hombre iba a hacérselo pasar mal después de Brando. Y había caído como una condenada estúpida, en

un abrir y cerrar de ojos, en un intercambio de miradas la noche del homenaje a las víctimas.

Pero él la había rechazado cuando ella se le entregó. Se lo puso en bandeja. Dos veces. Y Lonan se lo negó.

—¿Cómo te puedes enamorar de un tío que quiere compartirte con otros? — se dijo a sí misma. Apoyó la barbilla sobre sus rodillas. Ella lo sabía. Sabía que no era posible. Y le encantaría poder explicárselo a Lonan y a sus hermanos y decirles que, en su caso, cuando se enamoraba, podía aceptar querer y apreciar a otras personas, o podía pensar que son hermosas, pero no era capaz de sentir el mismo tipo de amor de pareja. Ella no creía en eso. No le era sentimentalmente posible.

En ese momento, el timbre de la puerta sonó como un despertador, y la sacó de sus cábalas. Se extrañó, dado que a esas horas de la madrugada nadie iba a ir a verla. Así que, sin pensarlo dos veces y con un poco de restos de paranoia, corrió descalza a coger su arma y con ella a cuestas, miró por la mirilla antes de abrir a nadie.

Mierda.

No quería eso ahora.

Era Lonan.

Y no tenía buena cara.

Tomó aire por la nariz, dejó el arma encima del mueblecito de la diáfana y amplia entrada, miró a sus pies descalzos y se armó de valor. Aquella era la última persona que quería ver en ese momento.

Abrió la puerta y los dos no supieron qué decirse. Se quedaron en silencio, mirándose sin saber muy bien cómo sentirse. Aunque a leguas se veía que no estaban bien.

Pero Karen sí sabía cómo se sentía. De hecho, lo sabía mucho mejor que él.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —le preguntó ella.

Lonan miró su atuendo. Aquella sudadera gigante y los calcetines blancos eran adorables. Su puente de la nariz se sonrojó.

—No iba a poder dormir.

—¿Por qué no?

—Porque quiero asegurarme de que estás bien.

—No lo estoy, Lonan. Pero no pasa nada. Tranquilo, no tienes nada de lo que preocuparte.

Él apretó la dentadura y sacudió la cabeza disconforme.

Karen no estaba contenta en ese momento, y no podía culparle por haber hecho una cosa así, porque sabían que algo así podía pasar. Lo que la ofendía era darse cuenta de que él no la quería solo para él.

Lonan se humedeció los labios y cerró y abrió los dedos de las manos, como si los tuviera entumecidos.

—Nos rechazaste. Te jugaste el pellejo por decirnos que no.

—No os lo decía a los tres —contestó ella con severidad—. Te lo decía a ti.

—Hermes podría haberte obligado a otras cosas peores.

—Me importó una mierda.

—Nos pusiste en peligro a todos —gruñó muy tenso—. ¡Sobre todo a ti!

Ella negó con la cabeza al ver que él no podía comprender que, simplemente, solo quería hacer el amor con él.

—Lárgate de aquí, Lonan.

—Karen... no puedo —reconoció sintiéndose miserable.

—¿No puedes qué?

—No puedo estar contigo. Por tu bien.

Ella no toleró que siguiera hablándole como si su mundo estuviera lleno de magos y hechiceros. Así que lo detuvo rápidamente, pero no pudo evitar sentir cómo su garganta se cerraba y empezaba a acorarse y a temblar de la frustración.

—Basta. No quiero que me hables más de la maldición. Sé muy bien lo que os ha pasado. Sé lo que le pasó a tu compañera de los Delta —al menos disfrutó de ver cómo él palidecía—. Y me importa un rábano que creas que fue por el maldito hechizo, Lonan. Y me da igual que tengas miedo a pensar que porque tú desees o quieras a alguien para ti, creas que a esa persona le va a pasar algo horrible. Porque eso me da igual. Lo que me molesta es que no seas capaz de sentir lo que hay entre nosotros, que lo niegues y que hoy, si hubiera sido por ti, habrías aceptado hacer el amor conmigo por primera vez, pero con tus hermanos de por medio, y encima he tenido que ver cómo te sentías mal por haberme negado a pasar por ahí. Como si hubiera sido una decepción.

—¡Mejor conmigo que con los demás! ¡Me asusté! ¡Pensé que podían hacerte daño o...!

—¡Me da igual! Y después, he visto cómo te aliviaba saber que podías follarte a esa chica sin remordimientos —hizo un puchero y sacudió su cabeza llena de rizos—. No soy una mujer que haya creído en cuentos de hadas. Ni en príncipes. Ni en el amor. Me saco las castañas del fuego sola, y me monto mis propios castillos. No tengo una mentalidad machista ni tengo pajaritos en la cabeza. Pero sí que siento algo por ti, Lonan. Algo poderoso —se tocó el centro del pecho con la mano—. Algo que me quema y que no había sentido nunca por nadie. Y no sabes cuánto me asusta... Y ha venido así, de repente. Sin esperarlo. En el lugar más insospechado. Cuando más herida he estado —reconoció sin tapujos. Rob la había dejado tocada, pero había descubierto que lo que tenía con Rob no era nada comparado a lo que sentía por Lonan—. Y me duele en el alma, Lonan. Me duele mucho tener que decirte esto —no le

salía la voz—. Pero yo no soy la mujer que va a romper vuestra maldición. Porque es imposible que sienta por tus hermanos lo que siento por ti. Y no solo por eso —hipó totalmente desconsolada—. Porque quiero, necesito —dejó claro— que al hombre que me quiera, no le guste ver cómo otros me tocan y me follan. Eso no es amor —negó con total seguridad—. No. Es. Amor. No es sano. No estoy hecha para eso. Necesito que me quiera solo para él. Igual que yo le querré solo para mí. Pero tú no eres ese hombre... —admitió por fin—. Y yo no soy esa mujer. Me acabo de dar cuenta. Porque para amar y apostar a un número fijo hay que ser muy valiente, y tú no lo eres. Así que buscad a otra para vuestros juegucitos. Porque no voy a ser yo. ¿Sabes por qué? —dio un paso al frente. Con los ojos hinchados y llenos de lágrimas y el rostro enrojecido le dijo—: porque os aprecio a los tres lo suficiente como para destrozáros de esa manera. Porque solo estoy enamorada de ti. Dasan y Koda no me despiertan más que simpatía. Así que os ahorro miles de peleas, miles de conflictos llenos de testosterona, cientos de discusiones de «me quiere más que a ti»... Un hombre enamorado de verdad de su mujer, ya no solo porque siente amor, sino por algo intrínseco en su naturaleza, no tolera que algo que siente que le pertenece, no como posesión y ejercer control, sino como ser parte de alguien, también es de otros. Es imposible. Igual que el león no deja que otro huela a su leona. Es una cuestión de territorios. Y en mi territorio solo entra uno, no hay barra libre. Podría acostarme con los tres si no estuviera enamorada de ti. Podría follarme a todo un ejército si no estuviera enamorada de ti. Pero mira —se encogió de hombros sin vergüenza— me ha tocado pasarlo mal. Y como sé que no sientes lo mismo como para intentar enviar una maldición a la mierda, solo te puedo pedir que me des espacio y que dejes que sea yo quien os busque a partir de ahora. Dame tiempo para que se me pase esta tontería. Tenemos negocios por llevar a cabo. Tenemos un proyecto en común que me hace ilusión y que no quiero dejar de lado porque nos esté pasando esto. Y además, estamos investigando juntos, cosa que os agradezco infinitamente —tragó saliva y cogió aire—. Pero este es mi límite.

Cuando vio que a Lonan los ojos se le aguaban, se sintió mal por ser ella quien le provocara aquellas emociones, pero no iba a alargar más la agonía ni el sueño imposible de los tres hermanos.

Él parecía luchar contra mil demonios internos. Tenso y lleno de agonía estaba. Se pasó las manos por los ojos, como si le diera vergüenza que le viera así, y sacó el aire con fuerza por la boca.

—¿Puedo pasar la noche contigo? Sin hacer nada... Solo... solo estar contigo —sus ojos hermosos rogaban por una respuesta afirmativa, como si necesitara de verdad estar con ella y no quisiera asumir al cien por cien todo lo que ella le había dicho.

—No —contestó Karen—. Te has follado a una chica delante de mí. Sé que no es justo. Que ha sido culpa mía por rechazaros y que era parte de la partida y del juego. Pero no llevo bien el recuerdo.

—No debía de ser así —dijo él en voz baja, buscando la mirada esquiva de Karen.

—No. No debía —se reforzó en su rabia y en sus celos para poder darle el portazo—. Pero no quiero que estés aquí, Lonan. Necesito estar sola. Ya os llamaré yo mañana... o cuando deje de sentir esto que siento —se frotó el pecho como si le doliera—. Buenas noches.

Ella cerró la puerta paulatinamente, pero Lonan la detuvo con una mano.

—Karen...

—¿Qué? —dijo asomando media cara por el hueco que aún quedaba abierto.

Lonan se quedó callado, y ella odió su conflicto interior y sus creencias Gunlock que lo alejaban de la realidad y de la posibilidad de ser feliz.

—Vete a casa, Lonan —le pidió desilusionada.

Cuando cerró la puerta, escuchó un ruido en el salón.

Con lágrimas en los ojos buscó el origen de aquel sonido, como si algo se hubiera caído, y descubrió con un poco de inquietud, que era el atrapasueños.

Uno de los tres círculos hilados y sus cuentas se habían desenganchado del círculo central original, y había caído sobre la cómoda de madera.

A Karen se le puso la piel de gallina. Y eso que no creía en esas cosas. Así que, solo por si acaso, hizo una fotografía con el móvil a lo que le había pasado al adminículo que hablaba de los hermanos Calavera. Después, se puso a recoger las cuentas en forma de calaveritas blancas y negras, las plumas verdes oscuras y el aro con un mandala hilado en el centro. Tardó unos diez minutos en hacerlo. Y le fue bien, al menos, para no sentir aquel dolor desgarrador que experimentaba en la boca del estómago y en la garganta.

Lo dejó todo recogido y pensó que lo mejor sería dárselo a alguien que pudiera arreglarlo. Los Kumar lo arreglarían, pero sería cuando ella tuviera ganas de enfrentarlos otra vez y no verles en cueros follándose a una de las Olsen.

Ahora, estaba bastante mal como para pensar en eso.

Intentó tomarse la infusión, sentándose de nuevo en el sofá. Pero el timbre sonó otra vez.

Karen no se lo podía creer. Lonan quería acabar con ella y con su cordura. Le daba igual verla en horas bajas.

Más enfadada que antes, abrió la puerta de malas maneras:

—¡Te he dicho que no vas a pasar la noche aquí! —exclamó sin paciencia.

Pero cuando se dio cuenta, no era Lonan quien estaba ante ella.

Era el tipo de la cara marcada. El que había ganado el bote de los tres millones y medio en la partida clandestina.

Este la miró a los ojos, sonrió diabólicamente y le espetó:

—¿Seguro que no quieres que pase la noche aquí?

Antes de que Karen comprendiera qué estaba pasando, el desconocido le dio

un puñetazo en todo el estómago que la dejó de rodillas en el suelo, luchando por coger aire.

Miró a todos lados, asegurándose de que nadie lo veía, la agarró del pelo y tiró de ella hasta meterla dentro de la casa.

Karen no podía creer aquello, le costaba ubicar a ese hombre ahí.

Le costaba, tanto como le iba a costar defenderse de su ataque.

.....

El puñetazo en el estómago no solo la dejó sin respiración. La tomó tan desprevenida que, por unos segundos, se quedó desorientada, sin comprender qué era lo que le sucedía.

¿El tipo de Las Vegas, el ganador, la había seguido hasta ahí? ¿Por qué? ¿Qué quería?

—Ven aquí, morena... Yo también quiero lo que les has dado a ellos —dijo con un acento del Este bastante evidente.

¿De qué hablaba? Ella no había hecho nada... Por Dios, no podía respirar.

En ese intervalo de tiempo en el que ella luchó por coger aire y ordenar su cerebro, su agresor la levantó por los pelos, la llevó al salón y la abofeteó lanzándola contra el sofá. Fue ese pinchazo de dolor en el pómulo derecho lo que le dio el subidón de adrenalina necesario para intentar sobrevivir. ¿Había dejado la Glock en la entrada? ¿En la mesita del salón? ¿Dónde demonios la había dejado?

El tipo sonrió y la quemadura de la cara se estiró desagradablemente.

—Deja que te folle como ellos, guapa. Tengo dinero. Esta noche he ganado un buen pellizco... Si te portas bien, no tendré que pegarte.

Ella tosió y entre cada tosido, contestó:

—Que te jodan.

—Oh... no me vengas con esas... te he seguido desde Las Vegas a Tahoe. Podría haberme quedado con cualquier puta de allí. Pero me has gustado —hablaba como un sociópata—. Así que si no me lo vas a poner fácil, deja que te dé tu merecido.

Karen intentó levantarse, y esquivó el puñetazo que iba de nuevo a su cara, pero no la patada que alcanzó el lateral de sus costillas izquierdas y que provocó que saliera disparada hacia la mesa blanca del salón, y se golpeará en la cara con el centro de cerámica. Los adornos florales que contenía salieron disparados y una de las sillas cayó al suelo. Vio cómo la madera blanca se manchaba de gotas de su propia sangre y a Karen le entró aquella furia que conocía, que le salvó de morir en manos de Dai y que hacía que hoy por hoy pudiera contarlo.

No iba a matarla aquel asaltador. Si lo vencía, si sobrevivía, podría averiguar si el ataque tenía una relación directa con todo lo que estaban investigando o si solo era la maldad de un violador y un sociópata en estado puro.

—¿Por qué os resistís todas? —se preguntó lamentándolo caminando hacia ella amenazadoramente.

Karen lo esperaba. La rabia le recorría las venas con violencia. Demostraría a Lonan que su maldición era una falsa. Que a ella el hechizo de una bruja no la iba a hacer caer. Así que contraatacó. Escuchó el momento exacto en que aquel hombre se iba a cernir sobre ella, agarró con las dos manos el plato de cerámica que aún se sacudía tembloroso sobre la mesa, y con todas sus fuerzas, se giró como una fiera para darle un mamporrazo que le giró la cara y lo hizo trastabillar hacia atrás. Le había hecho un corte espectacular en la frente, en el lateral de la sien y la sangre salía a borbotones. Respirando

agotada, Karen sujetó con más fuerza la cerámica y lo golpeó de nuevo en el otro lado de la cara, dejando ir un grito rabioso.

El tipo abrió los ojos como si no esperase aquello.

Mareada, contempló cómo su agresor caía como peso muerto contra el parque, con los ojos medio abiertos y la conciencia completamente perdida.

Ella miró el plato manchado de sangre y se dejó caer de rodillas al suelo. No. ¿Qué hacía en el suelo? Tenía que ir a por su pistola. Asegurarse de que ese cabrón no la atacaría de nuevo sin recibir un balazo, como le pasó a Dai. Mierda, en ese momento, se le mezclaban los pensamientos y los recuerdos, el pasado y el presente, producto del *shock*.

Pero daba igual. Buscó la Glock y la encontró en el mueble de la entrada. La sujetó con una mano, se dirigió a su víctima y la apuntó con la pistola. Ese tío merecía morir.

Pero ella no podía matarlo. No era una asesina.

—Karen.

Ella alzó la mirada dilatada para buscar el origen de esa voz. Y apuntó hacia allí, sin pensárselo dos veces.

Entonces, vio a Lonan, pálido y cansado, como si hubiera acabado de esprintar. Sus ojos verdes estaban abiertos de par en par, con la atención fija en ella, buscando más heridas, además de la inflamación del pómulo y el corte sangrante del labio.

Ella lo ignoró, entrecerró los ojos, como una depredadora y volvió a apuntar al tipo que tenía en el suelo, frente a ella.



CAPÍTULO 2

Lonan lo sabía.

Sabía que un coche de matón como el Challenger 2015 negro como ese no pintaba nada en una carretera que llevaba solo a las viviendas de aquella zona del lago. En cuanto se cruzó con él en sentido contrario le dio muy mala espina.

Intentó mirar a través del cristal para verle la cara, pero no le dio tiempo. Aun así, aquella sensación de intranquilidad le golpeó con tanta fuerza que decidió dar marcha atrás, dar una vuelta no reglamentaria en un lateral de la carretera, y volver por donde había venido solo para asegurarse de que ese coche no suponía ninguna amenaza.

Pero cuando llegó a la casa de Karen y vio el vehículo negro aparcado en su terreno, se le giró el estómago y todos sus miedos se hicieron realidad.

La maldición actuaba de nuevo.

Chocó el Hummer contra el coche, contra la parte de atrás, y lo dejó aparcado de esa manera. El Challenger quedó hecho un acordeón.

Salió de ahí sabiendo que el conductor ya no estaba dentro y temiéndose lo peor.

¿Por qué?

Porque era un Kumar, un calavera. Y estaba maldito. Y a los malditos les pasaban esas cosas.

Eso le pasaba por sentir cosas por Karen, por fijarse en ella, por siquiera soñar que podía tener una mujer solo para él cuando sabía perfectamente que no podía. Y porque la agente hacía inevitable el enamorarse de ella. Con su carácter, su humor, y su arrojo le había absorbido los sesos.

La puerta de la casa estaba abierta.

Con la vista teñida de rojo furia, Lonan esperó encontrarse otra imagen dantesca, como las presenciadas en otras ocasiones cuando uno de los Calavera se enamoraba de una mujer.

Y de esa no se iba a reponer jamás.

Karen violada. Degollada. Muerta.

Si veía algo así, sencillamente, enloquecería. Nadie podría impedirle que matara a los que le habían hecho eso...

Y entonces, se detuvo en seco. Había dejado atrás la entrada y estaba de lleno en el salón.

En el salón donde una malherida Karen, apuntaba con una pistola al afortunado de la partida clandestina de póker, el cual tenía dos golpes escandalosamente profundos y sangrantes en los dos lados de la cara. Karen le había dado una paliza. Y estaba inconsciente.

No se lo creía. Karen Robinson había vencido a su agresor con una cerámica Gunlock. Si no fuera por los nervios que lo atenazaban se habría echado a reír.

Era una vasija, un plato hondo de los que, ocasionalmente, también solía trabajar su madre. De hecho, por la bella manufacturación, tan precisa y sin grietas, y aquellos dibujos centrales en los que se ejemplificaban plumas de ave, estaba convencido que también era obra de su madre Cihuatl. Qué poético y cómico todo. Qué místico, como si se cerrara un ciclo... Qué cabrón era el destino.

Karen había dejado KO a ese hombre con uno de los platos de su madre. Se había defendido. Había vencido.

Coño... era perfecta. Se la quedó mirando como si estuviera presenciando una aparición. Con aquel jersey del equipo de hockey de Nueva York manchado por gotas de su propia sangre, que le cubría hasta la mitad del

muslo; los calcetines, su pelo asalvajado y negro que rodeaba el perfecto óvalo de su cara que empezaba a enrojecerse por los golpes, a Lonan lo dejaba sin aire y sin argumentos para alejarla de él.

Pero aquel desgraciado la había herido. Le había hecho daño.

—¿Karen?

Ella lo miró, como si en el fondo no lo viera, y estuviera en alguna parte de su mente en el que confundía ese momento con otro, en distintos lapsos de tiempo. Fue extraño.

—Eh, nena... —le dijo dulcemente, acercándose poco a poco con las manos en alto—. Mírame. Soy yo.

—Este tío ha entrado en casa... decidido a abusar de mí... a comprarme con su dinero —explicó sin tono en la voz—. Pensaba que eras tú. No he mirado por la mirilla y...

—Chist, tranquila. No es culpa tuya...

—Ya lo sé. Ya sé que no es culpa mía. Pero quiero matarle, Lonan —dijo sin más, sujetando con fuerza su glock—. Déjame hacerlo.

—No. Aunque sea lo que más deseo. Pero no, Karen.

Ella cogió aire trémulamente.

—¿Esta es tu famosa maldición? —le reprochó.

A él se la cayó el mundo y el alma a los pies. Pero al ver que no contestaba, la agente continuó.

—Pues que sepas que la he dejado inconsciente. Esto es lo que hago yo con los hechizos y las maldiciones —se le rompió la voz por la rabia y la frustración acumulada—. Las hago desaparecer. No estoy para tonterías. Por eso voy a volarle los sesos.

Lonan se detuvo en seco al oír aquello. «Si esta es tu maldición, la he dejado inconsciente».

La oleada de orgullo, agradecimiento y deseo que sintió hacia esa valiente mujer, lo dejó con las rodillas temblorosas.

Nunca había sentido aquello por nadie. Ni siquiera por René. Era una sensación de pertenencia, de destino, de encuentro... Como si él se acabara de dar de bruces con su camino correcto. Con todo lo que estaba buscando antes de saber siquiera lo que estaba buscando.

—Espera, espera... —le pidió llegando a su lado, posando su mano sobre la de Karen, transmitiéndole su calor. Necesitaba que bajara el arma—. Calma, Karen.

—No puedo esperar. No voy a calmarme. A las malas personas hay que cortarlas de raíz. Acabar con ellas —dijo entre susurros—. Porque no son reinsertables. No se pueden arreglar. Lo pudren todo. Tarde o temprano vuelven, para acabar lo que habían empezado. Nadie le llorará —repitió con una verdad pasmosa en sus palabras.

—Karen, yo también le quiero matar. Pero si lo matas, nos perderemos la razón por la que ha venido hasta aquí.

—Se encaprichó de mí. Eso ha dicho. Se encaprichó como Dai —contestó enfurecida.

—¿Quién es Dai? —preguntó bajándole el arma muy poco a poco.

—Nadie —sacudió la cabeza—. No es nadie... Le gusté y quiso lo que no le daba por voluntad propia. Se pensaba que él también podía hacerme lo que quisiera. No tuvo suficiente con llevarse el dinero...

—Eh, salvaje —le habló con cariño, acercando su boca a su pelo enmarañado, aproximándola a su cuerpo y hablándole con tiento, pegando sus labios a su cabeza—. Tú eres la mujer más lista que he conocido. Sabes que no solo ha podido venir a por eso... Vamos, hazme caso. Cogemos el cuerpo.

Me lo llevo en el Hummer. Y lo llevamos a la Villa. Allí lo interrogamos y si quieres, cuando tengamos lo que necesitamos, dejo que le cortes las pelotas. Pero así no. Tú sabes que así no se hace. Eres una agente del FBI. Darás demasiadas explicaciones... Deja que me encargue yo y que cargue con este engendro del demonio.

Ella apretó los ojos con fuerza, luchando contra sí misma. Contra el deber y contra lo que de verdad deseaba hacer.

—Vamos —la animó bajando el brazo de Karen por completo. Ella le cedió la pistola sin protestar.

Y entonces, Lonan respiró tranquilo y la abrazó. La rodeó con sus brazos y la cobijó con todo su cuerpo, feliz de verla bien y a salvo. Le había sacado un peso de encima increíble. Y entonces sus ojos verdes se quedaron hipnotizados por el atrapasueños de la pared.

Se había roto. Uno de los tres círculos sujeto al superior, más grande, se había caído. Se había desprendido. Él frunció el ceño y lo miró extrañado.

—¿Qué le ha pasado al atrapasueños? ¿Te has golpeado contra él? ¿Lo ha roto este hijo de puta? —preguntó vacilante.

Ella negó y contestó contra su pecho.

—Se rompió. Cuando cerré la puerta después de tu visita, simplemente, se cayó solo.

La revelación dejó a Lonan con una sensación escéptica. Después miró el plato ensangrentado en el suelo, y volvió a atender al atrapasueños.

No iba a pensar en eso ahora. Solo quería disfrutar del perfume de Karen y de tenerla con él, viva. Aunque debía cuidarla y atenderla. Y ponerle hielo en las heridas.

—¿Te ha tocado? ¿Te ha hecho algo?

—Me ha tocado las narices —contestó removiéndose para apartarse de él. Aunque fue imposible luchar contra su fuerza.

—Karen, quédate así un rato más —le pidió.

—Estoy bien. No hace falta que me consueles —ella era fuerte. No una damisela. No necesitaba el calor de Lonan ni su olor ni el sonido de su voz reverberando en cada célula de su cuerpo. Bueno, a lo mejor un poco. Pero iba a pasar mucho tiempo para que ella le volviera a reconocer nada a ese hombre que no apostó por lo que sentían.

—Tú estás bien. Pero yo no. Déjame un rato más —cerró los ojos y apoyó la barbilla en su cabeza.

—Vale, ya está bien... —consiguió apartarse, aunque él aún la sujetaba por los brazos—. Tengo que recoger todo esto y llamar a...

—No vas a llamar a la policía —le contestó Lonan cortante.

—Ya sé que no voy a llamar a la policía —respondió ella.

—Y no vas a recoger nada. Te diré lo que vamos a hacer. Me voy a quedar aquí esta noche.

—Gracias pero no —arqueó las cejas y le dolió tanto el gesto que tuvo que tocarse la zona dolorida y darse cuenta de que necesitaba ibuprofenos y analgésicos.

—Karen. No vas a negociar nada conmigo —le aclaró imperativo—. Y esta vez no me voy a ir. Me quedo aquí. Me da igual lo que me digas. Yo te cuidaré esta noche. Llamaré a Koda y a Dasan para que vengan urgentemente y recojan a este malnacido. Y de paso, saquen su coche de ahí.

—Son las dos de la madrugada. No van a...

—Y tanto que lo harán. Lo único que tienes que hacer ahora es hacerme caso. Y permitir que me haga cargo de todo.

—Lonan —ella necesitaba que él lo tuviera claro—. Sigo viva, ¿te das cuenta?

—Sí —se aclaró la garganta.

—Me como las maldiciones —aseguró chulesca.

Él sonrió y reconoció que no tenía fuerzas para luchar contra ella. Karen lo vencía con un maldito movimiento de ojos. Pero no podía reconocerle nada ni quería desviarse de lo importante. Lo primero era que ella estuviera bien. Lo segundo, encargarse del tipo que la había atacado.

—Ya lo veo —fue lo único capaz de contestar.

—Bien. Recuérdalo cuando te pongas a llorar porque ya no tienes nada que hacer conmigo —arqueó una ceja altiva y se dio media vuelta buscando el sofá. Se estaba mareando.

Él escondió una sonrisa y la ayudó a sentarse en el brazo del enorme sofá. Le colocó un cojín debajo y la obligó a estirarse.

—Vale, lloraré mucho —bromeó.

—Te crees que te lo digo en broma —le advirtió—. Pero te va a pasar. Tráeme una palangana o algo —le ordenó rápido—. Creo que voy a vomitar.

Posiblemente, se merecía cualquier cosa que ella le dijera, sobre todo eso. Pero Lonan no quería pensar en las consecuencias de no haber dado su brazo a torcer respecto a la maldición. Su prioridad ahora era el bienestar de Karen.

—Yo cuidaré de ti.

—No bromeo con lo de la palangana...

—Lo sé. Deja que me haga cargo —le pidió Lonan ayudándola a estirarse poco a poco—. ¿Sientes que tienes algo roto? ¿Puedes respirar bien? —le palpó las costillas con cuidado, por encima de la ropa.

—Estoy bien —contestó entrando gradualmente en razón y siendo consciente de lo que acababa de pasar—. Me duele la cara. Seguro que se me va a hinchar...

—Te pondré hielo. Te curaré. Te tomarás un antiinflamatorio —le puso la mano en la frente y después acunó suavemente su mejilla—. Y un relajante. Y dormirás —se levantó del suelo y se dirigió a buscar todo lo que necesitaba.

—Como si pudiera dormirme ahora —susurró ella cerrando los ojos nerviosa.

Sucedió todo demasiado deprisa. Y aun así, pudo reaccionar. Debería sentirse orgullosa, pero se sentía reventada.

Lonan llegó al cabo de poco tiempo con una bolsa con hielo, dos pastillas y una botella de agua.

—A ver, lo primero esto —le ofreció las dos pastillas a la vez—. Un relajante muscular y un antiinflamatorio. Tómatelos. Son de un gramo y no sé si es demasiado fuerte. Los he encontrado en el botiquín del baño de abajo. Espero que no estén caducados. Pero como sea, tienes que tomártelos.

A Karen no le importó. Se los tragó como una niña obediente, y bebió agua, más de la cuenta, pues tenía la boca seca.

Después colocó de nuevo la cabeza en el cojín y cerró los ojos.

—No podemos llamar a la policía ni llevarlo al hospital —empezó a decir—, porque...

—Chist —Lonan le empezó a acariciar el pelo rizado mientras le ponía hielo en el labio y la hacía callar—. Ya te lo he dicho. Nadie tiene que enterarse de lo que ha pasado aquí. Yo me hago cargo de todo. Le has dado unos golpes muy fuertes. Pero está vivo. Lo podrás interrogar mañana. Ahora tienes que descansar para que yo pueda limpiar todo esto. Registraré lo que queda de su coche y lo que pueda haber en él de valor, o algo que nos diga quién es... y después lo sacaremos de esta casa.

Ella parpadeó como si estuviera de acuerdo con lo que él decía.

—¿Te vas a ir?

Él movió la cabeza negativamente y le pasó el pulgar por el pómulo que empezaba a amoratarse.

—No me voy a mover de aquí. Quédate tranquila.

—No tienes que quedarte si no quieres. Ya has visto que sé defenderme sola. Venga quien venga, esté maldito o no — poco a poco el relajante hacía efecto y por lo visto era bastante fuerte— tengo un plato para su cabeza... —ella lo miró con ojos vidriosos y soñolientos—. Cómo me gustaría poder partírtelo en la cara, Lonan —deseó sinceramente—. Porque de todos, el qué más lo merece, eres tú. Un buen platazo en tu cara guapa —alzó la mano y acarició su piel rasposa y morena—. Por Calavera crédulo y cagón.

Pero bueno, ¡cómo hablaba esa mujer! Era tan honesta, tan directa e impugnante... ¡Y para colmo, no podía quitarle razón!

Karen empezó a cerrar los ojos y dejó caer la mano con la que lo acariciaba. El relajante que tenía su tío en el baño debía de ser para caballos, porque hacía efecto rápidamente.

—No me quedo porque crea que no te sabes defender sola —le explicó Lonan en voz baja—. A la vista está que sí. Me quedo porque soy yo el que necesita estar contigo para sentirme un poco mejor —enrolló uno de sus rizos negros en su dedo y poco a poco lo soltó—. Para sentirme más seguro.

Karen se había dormido.

A regañadientes, Lonan se levantó del sofá y se la quedó mirando con atención. Como si fuera un puzle que él debía montar. Tenía ante él una guerrera morena que acababa de darle un portazo a la maldición en los morros.

Y no sabía cómo sentirse al respecto.

Pero lo que sintiera él ahora no importaba. Tenía cosas que hacer. Quería que Karen se despertara y que lo viera todo recogido, como si allí nunca hubiera tenido lugar aquel ataque. Aquel debía ser su lugar de calma y de retiro, y ese cabrón que yacía sin sentido en el suelo, lo había mancillado. Lo había profanado.

Bueno... ahora tendría que rendir cuentas a los Calavera. Se iba a arrepentir de haberle puesto un dedo encima a esa mujer.



CAPÍTULO 3

Dasan estudiaba la escena perplejo mientras Koda continuaba plantado delante de lo que quedaba del atrapasueños roto que colgaba de la pared.

Habían llegado hacía diez minutos, y aún seguían estupefactos, sin procesar el Challenger en acordeón, el tío con la cara partida en el suelo y Karen dormidita y tapada con una colcha en el sofá del salón, como un ángel con el rostro algo magullado, como si la cosa no fuera con ella, cuando ella solita había tumbado a un hombre que le doblaba en peso y tamaño.

—¿Habéis venido a ayudarme o a quedaros en babia? — les urgió Lonan con un trapo manchado de sangre en las manos y un desinfectante con lejía en la otra.

—Es que te juro que no doy crédito, tío —Dasan intentaba analizar la probabilidad de que una chica de unos cincuenta y pocos quilos tumbara a ese ruso, y le salía cero en todas las ecuaciones—. Explícamelo otra vez.

—No hay nada que explicarte. Este hijo de perra siguió nuestro coche al salir del The Joint. Después siguió a Karen hasta Tahoe. Y cuando lo creyó conveniente, fue a hacerle la visita de rigor.

—Debía estar vigilándola desde algún sitio —murmuró Dasan—. Un lugar desde donde pudiera ver si ella iba a estar sola o acompañada.

—Me da igual lo que hiciera... lo único que quiero es llevarlo a la Villa. Y si tengo que despertarle con descargas eléctricas lo haré —juró Lonan limpiando la sangre de la mesa. Él podía hacer una reconstrucción de los hechos y podía imaginar que aquellas gotas rubí tan llamativas sobre la madera blanca y brillante eran de Karen. Pensar en lo que ella tuvo que sentir al verse atacada así, le revolvió el estómago—. No va a salir vivo de ahí.

—No somos asesinos —señaló Koda sin quitar ojo al atrapasueños.

—Haré lo que tenga que hacer —replicó Lonan sin mirarlo.

—Pensaba que Karen nos atañía a los tres —le dijo Dasan quisquilloso—. ¿Ha cambiado algo desde esta noche?

Lonan lo miró como si perdiera la cabeza, pero fue Koda quien les sorprendió.

—Ha cambiado todo —susurró.

Lonan se dio la vuelta y se acercó a su hermano pequeño. De los tres él era el que tenía el don más arraigado. El chamanismo de sus antecesores bombeaba con fuerza en sus venas, pero nunca tuvo un buen maestro ni nadie que le guiara.

—¿Hasta cuándo vas a fingir que no sientes tuya a esa mujer? —sus ojos amarillos cayeron con el peso de la verdad sobre su hermano mayor—. ¿Cuánto estás dispuesto a negar por la maldición? ¿Cuánto estamos dispuestos a perder? Mira el jodido atrapasueños —lo instó— y dime a la cara que no lees lo mismo que yo. Dasan —llamó a su hermano mediano—, tú ni siquiera te has atrevido a mirarlo porque también lo has sentido.

Él mediano miró hacia otro lado como si estuviera malhumorado. Pero ninguno de los dos podía ignorar las certeras palabras de Koda.

—Es ella. Esto lo ha hecho ella. En la magia todo es simbólico —continuó Koda volviendo a estudiar lo que quedaba del atrapasueños—. Karen nos aprecia a los tres lo suficiente como para pensar en nosotros. ¿Qué te ha dicho, Lonan?

Lonan arrugó el trapo con agua y sangre de Karen en su puño. Le había dicho que no lo quería ver más. Que nunca se acostaría con los tres porque solo sentía cosas por él.

—Me ha dicho que no iba a hacernos eso. Que no podía querernos a los tres porque solo tenía sentimientos hacia mí. Y que nos ahorra miles de peleas y enfrentamientos entre nosotros, porque nos apreciaba y sabía lo que podía

hacernos una relación así. Que ella no cree en esas relaciones y que para ella no son reales porque hay alguien que siempre pierde. Sabía que nos podía destruir.

Koda asintió y señaló el adminículo.

—Ahí está. Por eso se ha roto el amuleto. Ha roto la maldición, Lonan. Este atrapasueños habla de nosotros. Uno de los círculos se ha desvinculado... Nos ha liberado.

—Y una mierda —contestó Dasan.

—Os digo que lo ha hecho —insistió Koda—. El aprecio de Karen es un modo de amor no romántico. Pero es amor, al fin y al cabo. Ella, al querernos a los tres y al no querer ser partícipe de nuestros juegos sexuales, ha roto la maldición.

—Inmediatamente después la atacaron —aclaró Lonan—. Dudo que haya dejado de tener efecto.

—Mírala. Y ahí está —Koda la señaló con admiración—. Vivísima. Durmiendo. No ha muerto. En cambio, el que no ha tenido tanta suerte es su agresor. Y para colmo lo ha vencido con un plato hecho a mano de mamá —se rio como si solo él entendiera las señales—. Como si mamá se hubiera personado en ese plato para decirle a la maldición: «hasta aquí has llegado, mamona». ¡Zas! Y le ha reventado la cara.

Lonan se negaba a creérselo aunque en una parte oculta de su interior, las palabras de Koda reverberaban como auténticas y veraces.

—Lonan —Koda le puso una mano sobre el hombro—. Karen te ha dado la patada y ha roto la maldición. Te ha rechazado, ¿verdad?

—Sí —dijo él en voz baja.

—Ella ha roto el hechizo porque tú sientes cosas por ella. Lo ha visto, le ha dado rabia y no ha querido que pasaras por eso. Porque ella está enamorada

de ti y no ha aceptado el trato de acostarse con nosotros tres, no solo por lo que eso supondría para ti ni por ella misma, sino por Dasan y por mí. Porque no es justo para nadie amar intensamente y que no te amen con la misma fuerza. Ella es nuestra chica. Es nuestra mujer —sentenció—. No la de los tres —aclaró—, pero sí la que nos ha salvado. La única que podía romper la maldición. ¿Lo veis ahora?

Dasan se encogió de hombros y después agachó la cabeza.

—No tengo por qué creer a ciegas lo que nos dices, hermano.

—Claro... no vaya a ser que descubras que no tienes huevos para enfrentarte a la realidad, ¿verdad, Dasan?

Dasan alzó la mirada y fijó sus profundidades plateadas en el rostro sereno de Koda.

—No sabes lo que está en juego al admitir algo así tan a la ligera. La maldición se ha llevado por delante a tres personas.

Koda negó con la cabeza.

—Causalidades. No casualidades. No brujería.

—Claro, causalidad de acarrear con una maldición de una bruja sobre nuestros hombros.

—No, joder —gruñó Koda buscando la reacción de Lonan y Dasan a la vez—. ¿Cuántas veces le dijimos a René que dejara de provocar a sus compañeros y de jugar con ellos? Les ponía cachondos cada noche. Porque René —miró a Lonan fijamente— era una salida. Lo que viste, Lonan, fue a una mujer...

—¡Cállate ya! —le gritó Lonan hecho una fiera.

Pero Koda nunca se amilanaba, y menos cuando sabía que tenía razón y que podía hurgar en las heridas para que despertaran. Porque el dolor espoleaba.

—¡Claro! ¡Que se calle Koda que no me gusta lo que dice! —repitió él—. Mi novia de mi adolescencia murió en un accidente de coche —les recordó—. Nunca dije que fuera por la maldición. Nunca lo creí. Ella huía de la policía por conducir sin carnet, con un coche robado, porque era una inconsciente y una delincuente, y porque a 140 por hora por las curvas de un despeñadero tienes altas probabilidades de morir accidentado. Fue una causalidad. No fue la maldición. Ella podría haber elegido no robar coches, no conducir sin carnet y no huir de la policía. Pero eligió todo mal —asumió sin más—. Nuestra maldición no es por culpa de una bruja. Que sí, nos maldijo. Pero ahí no radica su poder. Y cada uno de nosotros debería encontrar el motivo por el que estamos malditos de verdad. Karen acaba de volar en pedazos el conjuro de Marlene —dijo solemnemente—. Eso sí es una realidad. Lo que hagamos nosotros a partir de ahora, ya es responsabilidad de cada uno.

Lonan y Dasan se miraron el uno al otro. ¿Cuánta razón tenía? ¿Toda? ¿Poca? ¿Nada?

—Pero bueno, no pensemos más en esto. Pensemos en Karen —sugirió Koda—. En que esté a salvo y tranquila. Y meditemos qué hacer a partir de ahora —se subió las mangas del jersey hasta el codo—. Y en esto sí tienes el control, Lonan —sonrió para relajarlo—. Y por tu cara de descompuesto creo que es lo que más necesitas —bromeó.

—¿Estás contento? Pareces feliz, Koda —Dasan lo miraba incrédulo.

Koda no dijo ni que sí ni que no, solo contestó:

—Esto lo cambia todo. Podemos centrarnos en nuestra *vendetta* y dejar a un lado la tensión que nos generaba Karen. Ya no va a ir a ninguna parte con los tres del brazo —miró de soslayo a Lonan—. Y ya te ha dicho que no quiere nada contigo. Más claro el agua. Se acabó la discusión. Así que centrémonos en ayudarla, a mí me encanta como amiga —señaló divertido—. Además, al saber que ya no tenemos posibilidades con ella, podremos por fin ejecutar nuestra venganza en Carson. Mientras tanto, ¿qué quieres que hagamos con este tío? —se frotó las manos esperando directrices.

Lonan necesitaba poner en orden sus ideas. Lo de Koda lo había

desequilibrado un poco. Karen le había dado la patada. Joder, era verdad. Porque él... cuánto más pensaba en la condición que le había puesto para estar con él, más asco se daba a sí mismo.

Sin embargo, se forzó a reaccionar. El presente reclamaba más atención que cualquiera de sus pensamientos. Y tenían que ponerse manos a la obra.

—Hay que llevar el Challenger a un desguace —empezó a dar órdenes como el líder que era—. Cogemos todo lo que necesitamos de su interior, sea lo que sea. Y quiero que os llevéis a este deshecho humano y que me lo preparéis para mañana. Tiene que estar despierto —les advirtió con una mirada furibunda—. En unas horas iremos a interrogarle. ¡Venga!

Diligentemente, los hermanos Calavera entraron en acción, centrado cada uno en un objetivo.

Dasan el Challenger.

Koda el hombre herido.

Y Lonan la casa y el bienestar de Karen.

De su corazón y de la desazón que sentía en el centro del pecho, ya se encargaría más tarde.

Sus ojos rasgados y negros siempre la harían sentir aquel vacío inmenso. Le transmitirían la idea de que solo era su propiedad, algo que había logrado huir de su lado cuando él, en el fondo, lo controlaba todo, más aún a las mujeres.

Él intentó violarla. Intentó mancillarla. Quiso hacerle todo lo que no le había hecho por su obsesión de creer que ella era su reina, su diosa, y en ese momento que se descubrió el pastel, quería humillarla y darle lo que consideraba que se merecía.

Pero nunca pudo. Dai nunca pudo con ella. Ni siquiera cuando le disparó para malherirla y menguarla, y le alcanzó la cadera. Ni siquiera ahí Karen se rindió.

Continuó peleando como una jabata, hasta que pudo golpearle en la cara con el pie, y alcanzar su pistola arrastrándose por el suelo, dejando un reguero de sangre tras ella.

Entonces Dai se colocó encima de ella, con la nariz rota, inmovilizándola, y le arrancó las braguitas, dejándole las nalgas desnudas. Pero ella se revolvió y sujetó su cabeza echándole el brazo hacia atrás, rodeándole la nuca, y ahí, cuando él intentaba abrirla las piernas para penetrarla a la fuerza, aprovechó para meterle el cañón de su pistola en la boca, empujando a través de sus dientes, y volarle los sesos.

Y en ese momento, el disparo seco e inesperado, tan frío como la muerte, la despertó de golpe.

La sensación de desubicación era ya conocida. Aunque duraba solo unos segundos. Y esta vez, cuando vio el maravilloso lago y su orilla que la saludaba al otro lado del ventanal, no se sintió tan mal ni tan perdida. Además era muy consciente de todo lo que había pasado y del tío que había reducido. Recordaba todo.

Una mano cálida y suave se posó sobre su espalda, acompañándola. Y ella miró hacia atrás extrañada. Lonan estaba sentado en el sofá, estudiándola con preocupación y una predisposición incontestable a hacer todo lo que ella le pidiera.

Se fijó en que el salón estaba totalmente recogido. Todo se mantenía en su lugar, en equilibrio, limpio e inalterable. Ni una gota de sangre. Ni el cuerpo de su agresor. Y el plato limpio, sin marcas, sobre la mesa como si nunca se hubiese movido de ahí.

Los ojos verdes de Lonan quedaron fijos en cada una de sus expresiones, como si pudiera leerla sin esfuerzo.

—¿Una pesadilla? Otra vez en japonés...

Ella apretó los ojos con fuerza y se obligó a reaccionar rápido.

—No es nada.

Lonan no la creía, pero no la empujaría a hablar más de la cuenta. No era su pasado lo que más le importaba en ese instante.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

Karen estudió su pose, sentado en el brazo de aquel sofá, y entendió que había dormido ahí con ella, y que sus muslos hicieron la función de cojín para su cabeza.

Había pasado la noche a su lado.

—¿Dónde está...?

—En nuestra Villa —contestó Lonan sin más.

—¿Os lo habéis llevado?

—Sí. Para interrogarlo esta tarde, cuando te encuentres bien. Le he hecho fotos y se las he pasado a tu amigo Nick, junto con la identificación que hemos encontrado en su coche.

Ella miró a un lado y al otro, cuadrando en su mente todo lo que Lonan le decía.

—Entiendo... ¿Has cogido mi móvil y hablado con mi Nick? —preguntó incrédula.

—Sí. Con tu Nick.

—No sé si me gusta eso... No me gusta que toquen mis cosas sin mi permiso.

—No he mirado nada más. Solo quiero ayudarte, Karen. ¿Te encuentras bien? ¿Te duele algo?

—Me duele la cara y el cuerpo —contestó ella—. Seguro que me miro al espejo y parezco el hombre elefante.

Lonan negó con vehemencia.

—No. Te he puesto crema antiinflamatoria, y has dormido toda la noche... la medicación de tu tío es muy buena. Solo tienes el labio hinchado y un moretón en el pómulos. Y seguro que una contusión enorme en la costilla...

Sí. Eso no lo dudaba. Le dolía el costado muchísimo.

—Pero con un poco de maquillaje te disimulará la marca. Sigues siendo guapísima. Te tienen que dar muchos golpes para arrebatarte esa cara —reconoció con voz profunda y sincera.

Karen ignoró sus piropos. Se levantó poco a poco y Lonan hizo lo propio, para asegurarse de que estaba bien.

La agente silbó asombrada:

—Es como si nunca hubiera pasado nada —dijo admirada por aquel orden y olor a limpio.

—Pero sí ha pasado.

—Sí, créeme que lo sé —se palpó la costilla con cuidado—. Pero bueno, ya está todo arreglado, ¿no? —abrió los brazos levemente y fijó su atención en el atrapasueños—. Por cierto, se rompió —lo señaló—. Se cayó solo, en cuanto te eché de mi casa —se lo recordó porque no quería que él pensara que se olvidaba de su discusión. La tenía muy presente. Y el dolor también. El físico y el emocional.

—Ya nos hemos fijado —asumió Lonan controlándola de cerca. A esas alturas el atrapasueños le importaba una mierda. Solo tenía ojos para ella.

—Bueno... —suspiró intentando quitar tensión a su relación—. Pues mira, ya estoy bien —se señaló—. Ya veo que lo tenéis todo controlado, gracias por tus servicios. Esta tarde iré a vuestra Villa a interrogar a este tipo. Pero ahora ya quiero estar sola. Ducharme. Intentar ver las cosas en perspectiva y pedirle a Nick que me lo comunique todo a mí, y no a vosotros —sonrió falsamente—. Voy a estar bien, de verdad. Tranquilo. Puedes irte —se dirigió a la puerta de la casa y la abrió, mostrándole el exterior.

—No creo que sea buena idea —contestó sintiéndose mal por el modo en que ella lo echaba. Aunque la comprendía, por supuesto.

—Ya... pero lo que creas aquí no importa. Te agradezco que cuidaras de mí. Pero ahora necesito espacio, por favor — le pidió. Disfrutó al ver el modo en que tensó la mandíbula, como si irse fuera lo último que querría haber hecho.

Lonan pasó por su lado y se detuvo para mirarla desde su privilegiada altura. ¿Qué podía decirle para no parecer ridículo?

—Me puedo quedar. Karen, Shia pensaba venir hoy a cerrar la venta de tu hotel... Le diré que hoy no venga. No corre prisa.

—¿Shia? ¿Una de las pocas mujeres que respetáis y que no os queréis tirar? —arqueó una ceja negra con malicia.

—Ahora estás jugando sucio —le recriminó.

—Bah, no me lo tengas en cuenta —No le dio ninguna importancia. Se apretó el puente de la nariz y carraspeó—. Sí, claro. Dile que venga. Cuanto antes tengamos esto atado, mejor. No quiero pensar en el hotel de mi tío. Ahora mismo lo que quiero es averiguar la mierda que hay detrás del asesinato de Sandra, mi hotel y esas partidas clandestinas. Necesito ver cuál es el vínculo que une una cosa con otra.

—Karen. Puedo esperarme aquí —parecía que le estaba suplicando—. Y si quieres te llevo yo a la Villa después. No tienes que estar sola.

—No. A la Villa ya voy con moto. Gracias.

—Te van a doler las costillas.

—Más me duelen otras cosas —dijo mirando a un lado, esperando a que él se fuera—. Y sigo en pie. Puedo con todo lo que me echen, Lonan —le mantuvo la mirada, aunque aquel halo de desilusión brillara en sus profundidades negras.

Ese halo acabó de echar a Lonan de aquella casa, muy a su pesar.

—De acuerdo. Ven sobre las seis. Estaremos preparados.

—Bien. Adiós.

Karen cerró la puerta y se apoyó en ella, mirando al techo, algo acongojada.

No toleraba estar cerca de Lonan. La hacía estar a la defensiva. Y no lo aguantaba, sencillamente, por todo lo que sentía por él. Nevada se estaba convirtiendo en una especie de tortura psicológica.

Lonan caminó hasta el Hummer pensando solo en ella. ¿Quién lo había mirado así alguna vez, como si fuera un mundo de fantasía en ruinas? Las ganas de estar con ella y protegerla eran atroces, pero ahora, más que nunca, debía darle espacio para que le permitiera volver a acercársele. Debía respetarla para que volviera a confiar en él.

Arrancó el coche a desgana, con un humor de perros y muy mala leche.

Porque iba a ser difícil que esa mujer le diera otro voto de confianza. No lo pensó dos veces para elegirlo a él entre sus hermanos. Él ya no buscaba su aprobación como compañero o amigo. Lo que Lonan quería por primera vez en su vida, era un voto de confianza como persona, como hombre individual. Que lo viera solo a él, pero esta vez de verdad. Porque si ella descubría a ese Lonan, él sabría también cómo encontrarlo. Y no iba a desfallecer en el intento de recuperar el favor de aquella guerrera con placa y mirada matadora.

Tenía que encontrar el modo de dar de nuevo con esa Karen amable, bromista e increíblemente seductora que lo había estado atrayendo a

conciencia desde el principio, nada más verle.

Pero la Karen que había dejado atrás en esa hermosa casa, era una Karen que lo alejaba sin miramientos.

Y no podía lidiar con eso.

Karen estaba acostumbrada a la acción y a la adrenalina. Había sufrido una agresión en una casa que aún no sentía suya. Pero a lo largo de su carrera había sufrido muchas otras como agente del FBI. Y podía superarlas. Esa la superaría, como todas las demás.

Así que durante el día se tomó un baño muy caliente espumoso en la bañera que había en la planta superior, se tomó su tiempo para ponerse sus cremas y lociones y para tratarse de nuevo los golpes, y después se vistió, buscando de nuevo la ropa más adecuada que ponerse. Unos tejanos negros y rotos de pitillo. Unas Adidas y una camiseta negra de cuello muy ancho y holgada, que le dejaba un hombro al descubierto.

Se le abrió el apetito al encontrar de nuevo su espacio y su lugar seguro en sí misma.

Pero no había nada en la nevera, obviamente. Sin embargo, cuando estaba a punto de decidir si pedía comida a domicilio o si salía ella a buscar algún lugar en el que poder pedir algo, un Porsche blanco, un modelo antiguo, aparcó bajo uno de los árboles de su terreno, demarcado por unas vallas de madera muy bajas y que Karen, visto lo sucedido, iba a cambiar en breve por unas de mayor seguridad, aunque destrozara la armonía de aquel espacio natural.

Una chica rubia, menuda, con una cara muy hermosa y aspecto de jefa pija de oficina, bajó del vehículo haciendo agujeros con sus tacones de marca. Tenía buen cuerpo y buenas piernas a tenor de lo bien que le quedaba aquella falda y aquella blusa azul clara. La americana arremangada negra no era

excesivamente entallada. Era como Kara Zor-El antes de ser Supergirl. Se recolocó sus gafas y observó con admiración la casa de su tío.

Karen frunció el ceño y supo inmediatamente quién era.

Shia. Y por lo visto, Shia era una enviada celestial, porque llevaba dos bolsas de comida en la mano. Comida japonesa.

Y aunque Karen odiaba muchas cosas de la Yakuza de Japón, adoraba la comida.

Así que no esperó a que la chica picara al timbre. Abrió la puerta de par en par y arqueó sus cejas negras.

—Dime que eres Shia y que me traes comida.

La rubia sonrió genuinamente y alzó las bolsas.

—Soy Shia, traigo comida y estoy hasta las narices de que los malditos Kumar no me digan que los caminos de estas tierras no están pavimentados. Ya es el segundo par de zapatos que voy a sumar a su cuenta.

Karen desvió la vista a los pies de Shia y asintió.

—No tienen corazón.

—No.

—Encantada, Karen —No pudo disimular cómo le horrorizaban las marcas de su cara—. No me han querido contar mucho... pero me han dicho que él ha quedado peor.

—Más o menos —contestó—. Pasa.

Una vez dentro, Shia estudio el mobiliario y la decoración con suma admiración.

—Es un lugar magnífico.

—Gracias. ¿Vas a comer conmigo? —le invitó a sentarse en la mesa con ella. Y no iba a pensar en que horas atrás agarró el centro de cerámica para partirle la cara a su agresor.

Pero Shia declinó la invitación.

—No. Yo ya he comido. Pero me ha dicho Lonan que te alimente, que seguro que ibas a tener hambre y que aquí no tienes comida.

A Karen no la tomó por sorpresa la información. Ya sabía que Lonan era un tipo al que le gustaba hacerse cargo de las personas. Y con ella no era diferente.

—Te lo ha pedido Lonan.

—Sí. Son muy protectores —le informó, por si no lo sabía.

Ambas parecían hablarse con los ojos, como si tuvieran confianza para ello o como si supieran cosas la una de la otra, aunque nunca se las hubieran contado.

Shia dejó las bolsas sobre la mesa, y observó el modo en que Karen sacaba los tallarines y se preparaba los makis y los california Rolls. Cogió los palillos y los manipuló como una experta. Que lo era, después de estar unos largos meses en Japón.

—Como sabrás, he venido aquí para firmar el contrato de venta de tu hotel a la empresa Kadal Asociados, propiedad de los hermanos Kumar...

—Sí, sí. Lo sé —le explicó Karen. Tenía tanta hambre que empezó a engullir makis como si no hubiera un mañana—. Lo siento... el estrés me abre el apetito —se disculpó Karen.

Shia sonrió sin darle importancia. Aunque se la quedó mirando con interés. Como abogada, ella también sabía leer a las personas y verlas venir. Y Karen, a pesar de sus secretos que seguro los tendría, era muy transparente y clara. No fingía ser alguien que no era.

—Es solo burocracia —continuó Shia—. Venderás el hotel por cinco millones y entrarás a formar parte como socia capitalista del Reino de la Noche. ¿Quieres leer el contrato y vuelvo cuando lo hayas leído con calma?

—No. Para nada. Quiero quitarme esto de encima y que se hagan cargo ellos. Sus hombros son más grandes que los míos. Tú dime dónde tengo que firmar —oteó las hojas por encima—. Sé que ellos no me van a engañar ni a racanear con nada.

Shia siempre tenía que pelear mucho con los clientes cuando se trataba de compra y venta de bienes inmuebles. Era de agradecer encontrarse con una persona como Karen, que conocía a los Kumar y que sabía ver que ellos no eran tramposos. Al contrario, eran muy legales.

—Eh... vale —puso en orden las hojas. Le ofreció un boli plateado y le dijo dónde tenía que dejar plasmada su rúbrica—. En todos los laterales y en la hoja del final, donde pone el vendedor. Y necesitaré tu número de cuenta, Karen, para hacerte el ingreso del dinero.

La agente sacudió la cabeza y sus rizos bailaron sobre su rostro. Firmó cada uno de los papeles planteándose las siguientes cuestiones. Tendría más dinero del que soñó en toda su vida. Una hermosa casa en Tahoe. Y un dinerito extra que le había dejado su tío. Poseería un negocio nocturno del que no debería preocuparse mucho, dado que lo regentarían los Calavera. ¿Y qué haría ella con su vida ya solucionada? ¿Seguiría en el FBI? ¿Debería olvidarse de lo que pasaba en Nevada e irse a una playa paradisíaca a vivir su nueva vida? Sí, eso debería hacer. Eso sería lo normal. Pero no podía. No podía dejar todo eso atrás. Estaría tranquila cuando supiera todo lo que había escondido en ese caso... porque se lo debía a su tío. Estaba convencida de que él odiaría que su hotel se viera envuelto en algo así, por eso no pararía hasta averiguarlo todo. Porque a esas alturas estaban metidos en todo eso hasta el cuello, a ella un loco la había intentado matar y no iba a dar marcha atrás. Quería llegar hasta el final.

Y, sin embargo, por muy dura que quisiera ser, lo de Lonan le había afectado muchísimo. ¿Cómo era tan tonta de haber caído en el embrujo de ese hombre

en tan poco tiempo?

—¿Estás murmurando? —preguntó Shia divertida.

—¿Eh? —Karen alzó la cabeza del contrato.

—Cuchicheas para ti misma —dijo con tono ameno—. Hablas sola —observó.

—Sí... solo estaba pensando.

—Yo también hago eso. A mí los Kumar también me dejan hablando sola de vez en cuando —dijo distraídamente.

Los ojos negros de Karen titilaron con interés renovado y observaron cuidadosamente a la joven rubia. Tras las gafas de pasta negra había una mirada femenina e inteligente, una de las que veía más allá.

—Son peculiares.

—Mucho —aseguró Shia—. Pero tú les importas. Sobre todo a Lonan.

—Lonan —siseó algo desconcertada—. No quiero hablar de ello.

—¿Sabes? Es muy difícil establecer vínculos con los Calavera fuera de una cama —se encogió de hombros.

—¿Tú...? —Karen frunció el ceño, incómoda.

—¿Qué? No, no... no me he acostado con ellos nunca. Me tratan como a una hermana pequeña —aseguró algo desilusionada—. Soy, creo, su única amiga mujer —apoyó la barbilla en su mano, como si estuviera aburrida—. Así que me alegra que otra haya entrado en ese estrecho triángulo...

—No he entrado en ningún triángulo.

—Lo sé —su labio se alzó con sabiduría—. Y tengo muchas ganas de ver cómo va a acabar todo esto. Porque conozco por encima esa maldición que

dicen tener, y me muero de curiosidad de ver cómo se puede lidiar con ella. Porque hasta entonces, no permiten que nadie se les acerque demasiado si no es para dar vueltas entre las sábanas con los tres. Y amar así no es valiente. Lo valiente es tomar una decisión, y entregar tu corazón solo a uno. Eso sí es valiente y kamikaze. A lo otro se le llama comodidad.

Karen firmó la última hoja y masticó un nuevo maki sin dejar de estudiar a Shia.

—Mis pensamientos van por ahí.

—El amor al mismo tiempo, el poliamor, es solo repartir tu afecto a varias personas a la vez. Pero no amar al cien por cien a una. Mucha gente vive muy feliz así. Yo no tengo prejuicios ni nada por el estilo, pero no me veo manteniendo una relación de ese tipo.

—Ya veo... —susurró Karen escuchando todo lo que Shia decía entre líneas—. ¿Y tu Calavera quién es? —dijo divertida.

Shia se incorporó en la silla e hizo un mohín.

—No tengo ninguno —contestó poniendo en orden los papeles—. No me dejan. Soy su abogada, así que no puedo mezclar negocios y placer. No sería profesional.

—No, por supuesto —asumió Karen con sarcasmo—. Pero creo que vale la pena intentarlo, sobre todo, si uno de ellos ya ha apostado por ti.

—No lo ha hecho. Para eso hay que tener un buen par de valores. Y ellos temen más al amor de una mujer que a la maldición de una bruja. Lo segundo es solo una tapadera. La excusa perfecta para no ser valientes. Deben identificar cuál es su miedo real antes de que los consuma y se pierdan el desfile.

Shia se levantó de la silla y guardó las hojas que la agente había firmado en su bolso colgado al hombro.

Karen admiró a la abogada y a su resolución franca y directa hacia los Kumar. No había duda de que los conocía. Y que había llegado a su misma conclusión. Y tampoco tenía duda de que la rubia sí había elegido a un Calavera.

—Te quedas con la copia firmada —le indicó Shia—. Y me adjuntas por favor el número de cuenta a este e-Mail —le dio su tarjeta con su correo—. En cuanto lo reciba, procederé a hacer el ingreso de tu venta.



CAPÍTULO 4

Ella no debía hacer esas cosas, y mucho menos cuando no había una investigación oficial de por medio. Tomarse la ley por su mano siempre podía ser arriesgado, pero los Calavera estaban decididos igual que Karen a llegar al fondo de la cuestión. Y ahora, las partidas clandestinas también les incumbían. Porque lo que pasaba en ellas les había traído un muerto con mala publicidad a su manzana. Y un matón a casa de Karen.

Y ya no se iban a quedar de brazos cruzados.

Esta vez, iban a ser ellos los primeros en golpear.

Por eso, cuando Lonan le escribió para decirle que lo tenían todo listo para la interrogación, no lo pensó dos veces. Además, mataría dos pájaros de un tiro.

Se vistió con un pantalón muy fino y estrecho de cuero. Los zapatos de la noche anterior. Una camiseta de tirantes y lentejuelas plateadas que mostraba una buena porción de su escote, y se colocó la chupa de piel que Lonan le había regalado. No quedaba nada mal. Cuando miró su reflejo en el espejo, le gustó lo que vio.

Se había difuminado los moretones con el maquillaje, perfilado y pintado bien los labios para que no se notara el corte, y le había dado mucho protagonismo a sus ojos.

Era una superviviente. Y sentía la satisfacción de serlo. La golpeaban y se levantaba de nuevo. Nadie nunca podría decir lo contrario.

Con esa idea en mente, se colocó el casco y se subió a la Monster.

El caballo de dos ruedas ronroneó entre sus piernas y se sintió como una Amazona.

¿Y qué hacían las Amazonas? Se iban a por el conflicto de frente.

Cuando Lonan abrió la puerta de la casa de la Villa que tenían alquilada, se quedó sin aire al ver a Karen.

Esa mujer siempre lo noqueaba, vistiera como vistiese. Su pelo rizado era un espectáculo, y no se le notaba ni una de las marcas de la cara. Y parecía vestida para matar de gusto.

Así iba.

—No me mires así —le dijo entrando en la casa—. No me han desaparecido los golpes —le sonrió tímidamente, tratándole como a un amigo de toda la vida. Como uno al que quería mantener bien lejos emocionalmente y al que quería dejar claro que ya no habían planes para ellos, excepto el de ser socios en lo laboral—. Pero ya he pasado por este tipo de cosas. Soy una artista de la brocha —sacudió los dedos por encima de sus mejillas, como si pasara un pincel invisible.

Lonan tragó saliva y la escaneó de arriba abajo. “Madre mía”, pensó.

—¿Cómo te encuentras? No has contestado a mis mensajes.

Lonan le había escrito muchas veces preguntándole si quería que la pasara a recoger... si estaba bien, si necesitaba algo, si pasaba por la farmacia. Pero Karen leía los mensajes, pues salía el doble *check* azul, pero evitaba responderle. En cambio ella sí estaba en línea con otra persona.

No se lo iba a tener en cuenta. Estaba bien. Aquella zona en la que se encontraba respecto a ella lo tenía muy perdido e incómodo, pero asumía que tenía que ser así, hasta que recuperase de nuevo su favor. Hasta que él cediera y claudicara en el hecho de luchar contra ella y lo que le hacía sentir. Hasta que dejara de sentirse culpable por quererla solo para él y ponerla en peligro por ello.

—Vas... vas muy guapa.

—Bueno, gracias. Ah y gracias también —añadió antes de que él dijera nada — porque he conocido a Shia. Es un encanto. Me ha dado de comer y me ha traído el contrato de venta del hotel y el de participación del Reino de la Noche. Todo junto. Es muy competente, la chica. No me extraña que la apreciéis.

—Sí. Shia es como una her...

—Sí. ¿Dónde está? —se dio la vuelta y lo interrumpió como si nada de lo que dijera le importase—. ¿Dónde está mi acosador?

—Oye, Karen —se frotó la nuca nervioso—. ¿Te has puesto así de guapa para interrogar al tío que te ha dado una paliza o solo lo haces para torturarme?

Karen adoptó una expresión de no saber de qué le hablaba y se rio de él. Pero Lonan estaba muy serio. Y a ella le dio tanta rabia... porque Lonan asumía y aceptaba que estaba loca por él, como si no hubieran otras posibilidades en el mercado. Como si después del cuarteto y del daño que le hizo, ella no pudiera desengancharse. Y era cierto. No podía hacerlo. Pero no quería demostrárselo ni ser una pringada. Después de Japón, no iba a ir detrás de nadie que no se lo mereciera.

—Son solo unos trapos —adujo distraída—. Nada más. Y no quiero seducirte, tranquilo. Ya estás a salvo de eso.

Él entrecerró los ojos, disconforme y ofendido. Ella hubiera jurado que su verde era interminable.

—¿Es que vas a salir esta no...?

—Lonan, no te importa —le cortó censurándolo.

Ambos tuvieron una conversación silenciosa con las miradas y ninguno fue amable con el otro.

—Y ahora, por favor, llévame hasta ese capullo.

—Como quieras —masculló cada vez más enfadado—. Está abajo. En la planta inferior.

Mientras la guiaba, le explicó que habían estado hablando con Nick.

Que tenían al tipo identificado.

—Se llama Dolph Verenco. Está fichado por agresión sexual y estafa. Y tiene dos robos con violencia. Nick me ha dicho que solo pudo fichar a este tío de la grabación que le pasaste y de las fotos que le he facilitado. Que los demás están limpios y que no están en las bases de datos de ninguna comisaría del país. Pero que no dudemos en contactar con él en cuanto le saquemos información a Verenco. Que se mete donde le pidamos.

—¿Nick es amigo tuyo o mío? —preguntó ella extrañada.

—Ahora es amigo nuestro. Además, nos une un objetivo en común —bajó las escaleras, la miró por encima del hombro y se detuvo ante la puerta metálica pintada de color gris que daba a la planta inferior—. Vamos a cuidar de ti, Karen. Por muy disgustada que estés con nosotros.

—Yo no estoy disgustada con vosotros —le aclaró tajante. ¿De verdad se creía que el sentimiento de traición lo habían vulnerado los tres? A ella no le gustaban sus hermanos. Ella no se había enamorado fulminantemente de ellos—. Si he tenido algún problema, lo he tenido contigo. A mí lo que hagan tus hermanos me es indiferente.

De nuevo aquel silencio insoportable.

—Aunque estés enfadada conmigo —rectificó—. Ya no estás sola.

—Ya. Pero a mí no me gustan las multitudes —contestó sarcástica deteniéndose dos peldaños por encima de él—. Además, no necesito niñeras.

—No te equivoques —la voz de Lonan estaba teñida de advertencia—. Soy de todo, menos tu niñera. Además, estás dentro del negocio familiar. Cuidamos de la familia.

—¿Familia? —se echó a reír—. Creo que nuestro convenio no llega a tanto.

Él la miró de reojo, enfadado, pero procuró no contestar.

Cuando abrió la puerta, en aquel garaje vacío con solo un fluorescente en el techo que alumbraba todo el habitáculo, vio a Dasan y a Koda custodiando a Verenco, el cual estaba atado en una silla, y amordazado. Tenía toda la cara amoratada por los platazos que Karen le había asestado, y sus heridas, aunque no sangraban, eran aparatosas y abiertas.

Lonan y Karen se detuvieron frente a él. Y el primero le apartó la mordaza de la boca.

—Es todo tuyo, Karen —Lonan se apartó y se lo ofreció en bandeja—. Nosotros tenemos nuestros propios métodos para interrogar. Pero consideramos que tú serás más prudente. A nosotros se nos puede ir de las manos con facilidad —insinuó Lonan hablando con los dientes apretados. A él sobre todo. Cada vez que miraba a ese tipo y se lo imaginaba agrediendo a aquella mujer, le entraban ganas de despellejarlo vivo. Pero prefería hacerle ese regalo a Karen, y que fuese ella quien se quedase a gusto con su interrogación.

Dolph no sabía dónde meterse cuando vio que era ella, la que iba a ser su víctima y la que lo dejó inconsciente, quien iba a torturarlo.

—Pero ¿quién coño sois vosotros? —musitó dolorido.

Karen miró a su alrededor y buscó las herramientas que necesitaba. Solo dos. Incluso con una le era suficiente.

—Quiero unos alicates. Y una bolsa de plástico.

Koda y Dasan se miraron sonrientes y asintieron sin problemas.

— No puedes hacer esto —dijo el ruso—. No tienes que hacerlo —balbuceó nervioso—. Conozco a gente importante que te matará cuando sepa lo que vas a hacer...

Karen lo ignoró. Recibió con agrado los alicates que los chicos consiguieron de una caja de herramientas en una leja superior del habitáculo. Y también una bolsa negra de basura.

Ella comprobó que los alicates abrieran y cerraran bien, y certificó que la bolsa no estuviera agujereada.

Cuando verificó que todo estaba correcto, se tocó la gargantilla que contenía esa pequeña cámara que todo grababa y se aseguró que la mirilla enfocara bien al frente.

Ella centró toda su atención en Verenco, ese despreciable que la atacó la noche anterior por sorpresa, y decidió que no iba a salir de ahí sin comprender quién le había dado la orden de atacarla y por qué.

—Dolph Verenco —dijo su nombre en voz alta para que fuera consciente de que sabía quién era—. Ruso de nacimiento. Llevas diez años viviendo en Estados Unidos.

Dolph, que tenía los ojos azules amoratados e hinchados hasta el punto de que casi no los podía abrir, no disimuló su sorpresa.

—¿Cómo sabes tú esas cosas? —preguntó extrañado—. ¿Qué sois? ¿Polis?

—Sé muchas cosas. Más de las que sabes tú sobre mí, de lo contrario, nunca habrías hecho lo que hiciste.

El chasquido de los huesos de los nudillos de Lonan resonó en las paredes del garaje.

A Dolph no le hizo falta nada más para comprender que esas personas no tendrían reparo en acabar con él si así lo requerían.

—Está bien... —pedía clemencia con la voz—. Esto ha sido un malentendido.

Karen posó la cabeza metálica de los alicates sobre su boca y lo hizo callar.

—¿Fue un malentendido que me siguieras y me dieras una paliza en mi casa? Y no me mientas —le agarró del pelo y le pellizó el labio inferior con los alicates—, porque soy capaz de arrancarte los dientes uno a uno. Los meteré en esta bolsa de plástico y luego haré que te los tragues.

Dolph gimió de dolor y negó azorado. Pero a Lonan se le puso dura al instante.

—No... no.

—¿A qué viniste a mi casa? ¿Quién te mandó?

—¿Mandarme? No... no. Nadie. Yo... solo te vi en la partida. Solo quería que fueras mía.

Lonan apartó a Karen con suavidad, y le dio tal puñetazo al ruso que escupió dos dientes a la vez.

—Lonan —Karen le pidió con la mirada que no se metiera—. Si lo matas, seguiré sin saber nada.

Pero Lonan no le hizo caso. Agarró a Dolph del cuello de la camiseta blanca y lo levantó.

—¿La seguiste solo porque te encaprichaste de ella? ¿No te mandó Joe? ¿No hicisteis eso mismo con Sandra?

Dolph parecía no comprender lo que le estaban diciendo. Dasan y Koda se miraron preocupados pero no alejaron a su hermano.

—¿Qué? —preguntó Dolph con la voz rota—. No sé de qué me hablas... yo solo... joder... tío, solo me la quería follar. Eso hacen las mujeres fáciles, ¿no?

Follan en grupo. Si está acostumbrada a follar con vosotros —se encogió de hombros— pensé que...

¡Plas! Otro puñetazo a la otra mejilla.

Karen se cruzó de brazos y lo miró impaciente.

—No acabes la frase —le advirtió Lonan con gesto asesino—. ¿Qué te dijo Joe?

A Dolph le costó recuperarse del último golpe.

—Joe no me dijo nada. Él y yo solo tenemos un acuerdo en común para las partidas... solo eso.

—¿Qué acuerdo en común? —intervino Karen alineándose con Lonan—. ¿Con Lombardo? ¿El que organiza las timbas y capta a jugadores en el The Joint?

—Sí... sí —murmuró aún malherido.

—Te ha preguntado qué acuerdo tenéis tú y Lombardo —Lonan alzó el puño pero Karen lo detuvo.

—Deja de golpearle. Quiero oírle hablar —lo volvió a apartar. Karen usó las tenazas para colarlas en su entrepierna y agarrarle los testículos—. A mí me hablarás rápido ¿verdad? Y no esperarás a que yo te pregunte... porque no sabes las ganas que tengo de dejarte eunuco.

—Hostia puta —oyó a Dasan maravillarse.

—Él tiene un negocio —explicó Dolph tembloroso—. Me ofreció mucha pasta por participar en esos juegos. Solo tenía que estar en una de sus partidas semanales, y ellos se asegurarían que el azar siempre me eligiera a mí. Yo me llevaría la pasta. Mitad para él y mitad para mí.

—¿Siempre ganas tú? ¿Tenéis las partidas tongadas? —preguntó Karen incrédula—. ¿Por eso matasteis a Sandra? —le apretó con los alicates.

—¡Joder! ¡No! ¡No sé quién es Sandra! ¡Yo no he matado a nadie!

—La matasteis, porque fue invitada a una de esas partidas y descubrió que hacíais trampas. ¡A ver si eres tan valiente conmigo ahora! —le retorció los testículos con saña.

Dolph gritó con fuerzas y se puso a llorar desconsoladamente.

—¡Yo no sé quién es Sandra! ¡Te lo juro! ¡Solo voy a las partidas de Joe! ¡No sé de qué otras partidas me hablas! He quedado mañana por la tarde con él para entregar su parte correspondiente de la partida... ¡Te lo juro! ¡Te lo juro!

—¿Dónde?

—En... en el Cazador. El local de *striptease* de Glenbrook. Solemos quedar allí para... —tragó saliva y cogió aire— Para saldar cuentas. Todos los viernes, a las cinco de la tarde. En la mesa dieciséis.

Karen hizo un apunte mental de toda aquella información.

—¿En Glenbrook? ¿Eso no está en el lago Tahoe?

—¿Por qué quedáis ahí y no en Las Vegas?

—Yo no lo sé —escupió sangre de nuevo—. Solo hago lo que me dice Joe.

Allí habían cosas que no cuadraban.

—¿Por qué viniste a por mí? —quiso saber Karen.

—Me gustaste, y te seguí.

—Hay mucha distancia desde Las Vegas hasta aquí para seguirme.

—Me da igual. La distancia no importa cuando algo se me mete en la cabeza.

—Es un hijo de perra obsesivo —murmuró Lonan con desagrado—. Un depravado.

A Dolph no le importó que le insultara.

—Esperé a que te quedaras sola y me aseguré de que nadie vendría a molestarte. Vi que recibías una visita y pensé en irme. Pero la visita duró poco —contestó escupiendo la sangre de nuevo, que le chorreaba de la boca—. Te lo juro, no quería nada más que...

—¡Querías violarla, hijo de puta! —Lonan quiso arremeter contra él de nuevo.

—¡Cuando la vi entrar en la partida... yo solo quise meterme en sus bragas! ¡No me culpes por pensar eso porque todos los hombres pensarían igual!

—Eres un hijo de puta. Un enfermo mental. A todos los que son como tú deberían cortarle el rabo. Yo no pienso en violar a nadie, condenado enfermo —lo levantó de la silla y le dio un cabezazo en el tabique nasal. Se lo rompió—. Tú sí, porque no sería la primera vez que lo harías. ¡No sería la primera vez que fuerzas a una mujer! —le gritó Lonan—. Pero si la llegas a tocar así —le advirtió— te despellejo vivo. No lo cuentas.

La fiereza con la que pronunció aquella amenaza, dejó a Karen descolocada y todavía más ofendida de lo que se sentía. Ningún hombre que no tuviera sentimientos profundos hacia una mujer, hablaría de ese modo de ella. Y en cambio, él, a pesar de hablar tan apasionadamente, iba a follársela con sus hermanos. Eso iba a pasar la noche anterior de no haber sido porque ella se negó en banda. ¿Qué mierda le pasaba a Lonan? ¿Por qué la quería volver loca? Que actuara de ese modo ahora, como si fuera su héroe, la enfadaba todavía más.

Porque Karen no quería héroes. Solo hombres buenos a su lado. Hombres que supieran amarla sin compartirla con nadie más.

—¿Eres de esos? ¿Eres un perverso y un violador? ¿Tomas lo que quieres a la fuerza? —espetó Karen sin emoción en su voz.

El ruso miró hacia abajo, rezando por que Karen no le presionara más los huevos. Pero en los ojos negros decididos de aquella mujer vio que ya había tomado su decisión y que nadie la detendría. Apretó con los alicates y retorció con la fuerza suficiente como para que Dolph se desmayara del dolor y su entrepierna se manchara de sangre.

—Ya no abusará de ninguna chica más—dijo Karen soltando los alicates con asco y dando un paso atrás—. Es un sociópata y un violador que ha tenido la mala suerte de equivocarse de objetivo. No sabe nada de Sandra.

Lonan la admiró con orgullo. El ruso estaba inconsciente de nuevo. Se lo tenía merecido. Y les había dado información sobre los tongos que organizaba Joe. Pero Lonan estaba convencido de que aquello era solo la punta del iceberg.

—Hay que dar con Lombardo otra vez. Pero en esta ocasión lo interrogaremos de verdad —juró Karen mirando a cada uno de los Kumar—. Él dejó el cadaver de Sandra en mi hotel. Él organiza esas timbas ilegales y fraudulentas. Pero me parece demasiado fácil —sacudió la cabeza disconforme—. Sea como sea tenemos que asegurarnos... hay que comprender por qué la dejaron ahí, para poder destapar el asesinato.

—Yo pienso lo mismo —certificó Lonan—. Ya sabemos dónde encontrar a Lombardo. En El Cazador, en Glenbrook, mañana por la tarde.

Lonan se dio la vuelta para comprobar que Karen estuviera bien.

Ella no lo quería mirar a los ojos. Porque cuando lo miraba, solo lo veía a él, desnudo, metiéndose en el interior de otra. Y no sabía cómo sobrellevar la rabia, el dolor y los celos repentinos que no tenía ni idea de gestionar, por lo nuevo que era todo para ella.

—Vamos arriba —le pidió Lonan—. Chicos, no le liberéis. Nadie lo va a reclamar. Se quedará aquí detenido hasta que lo decidamos y destapemos toda esta mierda en la que nos han metido.

Koda y Dasan aún estaban helados por el comportamiento bélico de Karen, aunque ambos compartían el mismo pensamiento: ella era especial y la adecuada para cualquiera de ellos. Pero sobre todo, para su hermano mayor, al que algo se le había roto en su interior desde el cuarteto en el hotel. Y hasta que él no se diera cuenta, hasta que no se decidiera, no podría sacarse de encima todos los años de dolor que la maldición le había acarreado.

No podría ser libre ni feliz. Solo tenía que ser valiente para arriesgarse y comprender que Karen no necesitaba guardaespaldas. Solo un escudero, dado que ella manejaba la espada con una pericia exquisita.

Los tres Kumar debían cambiar su manera de pensar acerca del amor y las relaciones.

No solo era labor de Lonan.

Una vez arriba, a Lonan le ardían las manos por tocarla y abrazarla. Quería que se tranquilizara y él mismo reclamaba aquella misma paz para él. Porque la necesitaba. Necesitaba a esa chica. Se ponía enfermo de solo imaginar lo que ese degenerado podría haberle hecho. Pero en vez de eso, el ruso había salido perdiendo.

Lonan buscaba continuamente contacto visual con la joven. Quería que sus ojos negros y maquillados lo miraran con la misma fascinación de días atrás. Pero en sus ojos solo había vacío.

Como si alguien le hubiera lanzado un baldazo de agua fría a la cara.

Y Lonan, acostumbrado a conseguir todo lo que quería y a lograr sus propósitos con inteligencia y también con violencia; dado a controlarlo todo, se sentía un miserable por no saber cómo conseguir la atención de la agente de nuevo.

No sabía lo especial que era para él, no conocía la fuerza sanadora de una mirada auténtica y ardiente de una mujer, hasta que Karen dejó de mirarle así. Y solo había pasado un día desde que él la decepcionara.

Aquello iba a acabar con su salud mental.

La chica no le hablaba. Se dirigía con rapidez a la puerta de salida de la casa, sacudiendo sus rizos negros con brío y meneando las caderas inconscientemente. Y Lonan se sentía poco menos que nada. ¡Maldita sea! ¡Qué sensación más desagradable!

—Karen, para —le pidió sujetándola por la muñeca.

Ella se detuvo en seco y se giró para mirarlo como si estuviera a miles de kilómetros de distancia.

—¿Qué pasa? —preguntó ella algo forzada.

—No hablas conmigo. No sé cómo te encuentras. No sé qué puedo hacer para que te sientas mejor.

—No tienes que hacer nada —respondió ella—. Ya ves que estoy bien. Solo fueron unos golpes, y ahora lo tenéis en la Villa atado de manos y con los huevos reventados. Creo que tiene su merecido.

—Ya —a él no le convenció—. ¿Y a dónde vas ahora? — sus ojos verdes reclamaban respuestas.

—Te lo he dicho antes. No te importa. No tengo que dar parte a los Kumar de dónde voy o dónde dejo de ir, ¿no crees?

Él la escuchó con atención. Tenía razón. Pero no podía evitar no sentirse preocupado si él no iba con ella.

Fue entonces cuando Karen lo dejó boquiabierto y enmudecido.

—Lonan, ¿no te das cuenta de que no me va a pasar nada? —le preguntó mirándolo condescendiente—. ¿No ves que la maldición no va conmigo?

—Tú no tienes ni idea —contestó tenso.

—¡Sí la tengo! —dijo con los dientes apretados—. No estás enamorado de mí. No tienes sentimientos románticos hacia mí. Estoy a salvo de vuestra mala suerte, ¿no te das cuenta? —sus ojos negros se enrojecieron levemente. Se sentía ridícula e impotente—. Un hombre enamorado de verdad nunca permite que otro toque a su mujer. Habrá personas que creen que sí y que viven bien en una relación poliamorosa. Pero yo no. Y una persona como yo no puede sentir lo que siente hacia un hombre que ha conocido una semana atrás. No es normal. Es como una de esas películas románticas donde los flechazos existen... y es una locura. No estoy cómoda. Así que lo mejor es recuperar un poco las riendas, y dejar lo que fuera que habíamos iniciado, o que yo me había imaginado iniciar contigo, aquí. No tenemos futuro —sonrió tristemente.

—Que nos hayan maldecido no quiere decir que estemos de acuerdo con ello. Tú no sabes cómo quiero, Karen. Que me haya sentido obligado a ello no quiere decir que no haya deseado otra cosa. Lo que pasó anoche —arguyó con una frialdad aplastante— fue lo natural. Yo sabía que ibas a decir que no. Sabía que ibas a decir que no porque llevabas el arma debajo de la camiseta. ¿No lo entiendes? No te ibas a arriesgar a que nos descubrieran —se cernió sobre ella—. Nosotros actuamos con normalidad y esperamos a que te negaras. Y lo hiciste.

—¡Pero es que no fue así! —protestó—. ¡Ni siquiera pensaba en la pistola, Lonan! —explotó de nuevo, perdiendo los nervios—. ¡Eso fue lo peor y lo más denigrante para mí! ¡Soy una mujer de acción, he estado en muchas misiones, me he infiltrado! Y fui incapaz de alejar mis emociones reales de lo que estaba sucediendo. ¡Fui incapaz de pensar en mi arma porque solo intentaba lidiar con lo mal que me hacía sentir verte así! ¡Me puse en peligro! Yo solo pensé... Solo pensé en el asco que me estaba dando todo. Me disteis asco. Tú me lo diste —le dijo a la cara—. Y odio sentirme de esta manera —aseguró dándose la media vuelta—. Esta no soy yo. Así que voy a hacer lo posible por sacarte de mi cabeza. Porque para mí esto no tiene ningún sentido y es insano.

—No te vayas —le pidió él acompañándola hasta la puerta—. ¿Qué vas a hacer? ¿Dónde vas a ir?

Karen sabía que no debía decírselo. Sabía que lo mejor era callar. Continuar con su propósito y seguir adelante. Exorcizar a Lonan de su mente era la mejor opción. Y para ello requería hacer algo que de verdad lo contrariara y le hiciera sentir las garras de la traición en la piel.

—Tengo una cita esta noche —contestó—. Me voy a cenar.

—¿Con quién? —por Dios, sentía que se moría.

—Que creas que puedes preguntarme eso, solo es una prueba que demuestra lo fuera de lugar que está todo... esto —miró a su alrededor con desidia y desengaño. Y al final sus ojos acabaron sentenciándolo. Inmovilizándolo—. Hasta mañana.

El portazo de Karen al salir de la Villa, resonó en el interior hueco de Lonan. Porque estaba vacío. Como si esa mujer le hubiera metido las manos dentro y le hubiera vaciado todos los armarios y los cajones en los que atesoraba la seguridad sobre sí mismo.

¿Karen iba a salir esa noche? ¿Con quién? ¿Por qué?

Paralizado, se quedó mirando la puerta cerrada, con los puños cerrados y el helor del miedo y algo a lo que no sabía ponerle nombre, acorazando su corazón, protegiéndolo agresivamente con punzantes pinchos de hielo.

—Karen va a salir esta noche con otro —susurró.

De entre las sombras, salieron Koda y Dasan, que lo habían escuchado todo, resguardados en la oscuridad de las escaleras que iban hacia la planta superior.

—¿Por qué no le has dicho que ella ha roto la maldición? —quiso saber Koda tras él—. ¿Qué te retiene?

Dasan sonrió y resopló como si no tuviera remedio.

—El miedo. Está acojonado. En una semana una mujer le ha cambiado su vida de cabo a rabo. Con lo fácil que era no enamorarse de nadie y asumir nuestra maldición, ¿eh, hermano? —Dasan le dio un golpecito calmante en el hombro—. Con lo fácil que era no mojarse y follar con quien nos diera la gana sin sentir nada, solo placer y lujuria. Protegidos del amor, de ese mal sobrevalorado que aqueja a todos y que nadie sabe controlar, vivíamos como nos daba la gana. Yo lo prefiero —reconoció—. Prefiero vivir así, a tener las ojeras que tiene Lonan desde que Karen apareció en nuestras vidas. Puede que la maldición se haya roto. Pero no voy a dejar de vivir como vivía. No pienso enamorarme jamás —certificó.

Koda se burló de su hermano y negó desmintiendo sus palabras.

—Dasan, tú estás tan hundido en el barro que ya te crees hasta tus propias mentiras.

—Lo digo muy en serio —ratificó el mediano, fijando sus ojos grises en su hermano pequeño—. Tú tendrás el don, la intuición y el chamanismo en tus venas y verás más de lo que nosotros vemos. Pero no estás en mi cabeza. Y te digo que el amor es para quien lo quiera. No para mí.

—Sigue creyéndolo. Hasta que la verdad te explote en la cara —Koda se cruzó de brazos y observó a Lonan, que tenía el perfil congelado, como si fuera a estallar en mil pedazos—. Lonan. ¿En qué piensas?

¿Que en qué pensaba? ¡En tantas cosas y todas sin sentido! ¡Todas malas! ¡Horribles! ¡Y no podía poner sus pensamientos en orden! Nunca pudo desde que vio a Karen. Porque en cada imagen aparecía ella.

—Déjala. Déjala, tío —le aconsejó Dasan intentando ayudar al taciturno de su hermano mayor—. Es joven, guapísima, valiente, divertida... y no tiene por qué sufrir por ti. Los Kumar somos una malísima apuesta. Déjala que lama sus heridas, que otro le haga sentir lo que necesita, que otro le dé lo que pide, en todas las posiciones —canturreó— y simplemente, sé su amigo —se encogió de hombros—. Los tres seremos sus amigos. Nada más.

Koda echó una mirada de muerte a su hermano mediano. Tenía el tacto en el escroto. ¿Cómo le podía decir algo así a Lonan si se veía a leguas el humo que le salía de la cabeza? Al final, llegó a la conclusión de que Dasan sabía lo que tenía que decirle para que Lonan reaccionara. Y que siempre acertaba, por muy cruel o violento que fuera.

Lonan se dio la vuelta y volcó su mirada furiosa y repleta de llamas verdes sobre Dasan. Su mandíbula tensa no dejaba de moverse. Nunca lo habían visto así.

—¿Cuánto le quedan a las obras del Reino? —su voz rasposa era incómoda hasta para ellos.

—Dos días —contestó Koda—. El lunes tendremos las llaves.

—¿Están todas las mazmorras listas?

—Las mazmorras sí —repondió Dasan dibujando una leve sonrisa—. Quedan algunos ambientes por acabar, pero ya están hechas las separaciones y toda la iluminación está instalada. Pero contestando a tu pregunta —procuró ser más concreto al ver el humor de Lonan—, sí. Las mazmorras están listas.

—Bien.

Lonan se alejó de sus hermanos y chocó el hombro con Dasan, que parecía satisfecho con su reacción.

Fue imaginarse a Karen cenando y sonriendo a otro como ella sabía, coqueteando y tejiendo su telaraña, que todo el autocontrol que atesoraba voló por los aires, dinamitado por los celos. Se encontraba hasta mal. Tenía ganas de vomitar. Pero no se iba a quedar de brazos cruzados.

Karen iba a tensar la cuerda. Se la iba a jugar.

Perfecto. Él también iba a participar en esa partida.

Y que el azar repartiera suerte.

—Tío... —Koda ocultó una carcajada frotándose los labios con la mano, observando a Dasan de soslayo—. Te gusta cruzar la línea. Un día de estos Lonan te arrancará la cabeza de un zarpazo.

—Bah —Dasan no le dio ninguna importancia—. Si necesita que lo espoleen no va a reaccionar con un discurso de Ghandi. Ya está perdido. Arruinado para siempre por esa mujer —se dejó caer en el sofá y fijó la mirada plateada en los ojos de buey del techo—. Si quiere suicidarse, se lo he puesto en bandeja. A Karen no le van las tonterías. Lo va a hacer trizas en cuanto tenga la oportunidad. No le gusta que le hagan daño.

Koda se dirigió a la nevera y buscó dos cervezas bien frescas en su interior. Le lanzó una a Dasan y la otra la abrió mientras se apoyaba en la encimera.

—Sí, bueno. Creo que a nadie nos gusta que nos hieran. Pero lo que mejor habla de nosotros es cómo sanamos las heridas.

—Pues que se prepare el hermanito —bromeó Dasan brindando al aire—. Porque Karen tiene toneladas de sal para él.



CAPÍTULO 5

Club social *La Dama*

—Estoy encantado, Karen.

Le había dicho Harvey nada más recibirla en el restaurante más caro de Carson. Se había levantado de la mesa reservada para recibirla con una de sus espléndidas sonrisas y una mirada de orgullo y de gallo del corral que no tenía precio.

Estaba muy guapo, siempre impoluto. Difícilmente lo vería alguna vez con una camiseta de manga corta y unos tejanos, como podría ir cualquier otro hombre. A él siempre le cubrirían las mejores prendas y diseñadores. Y lo salpicaría el mejor perfume.

Pero el dinero y el poder no eran atractivos para Karen. Nunca lo fueron. Y ahora menos, dado que en una semana se había convertido en una mujer rica. Disfuncional en el amor, pero con una cuenta corriente muy bonita.

Sin embargo, para su propia sorpresa, se acabó relajando con Harvey. Su aspecto era muy agradable de ver y sabía tratar a las mujeres.

Pero era de los que estaban chapados a la antigua y elegían los vinos y los platos porque consideraban que eran los mejores y los que más gustarían a sus compañeras. Y aquello le irritó, porque nadie le decía lo que tenía que comer. En todo caso se lo sugerían y ella decidía si hacer caso o no. Aunque no podía negar que era un detalle de alguien muy seguro y también autoritario. Aun así, estaba tan a gusto con él, que no tomaría en cuenta esas notas chirriantes de su melodía.

Harvey la escuchaba con todos los sentidos cuando hablaba, y se preocupaba mucho por saber de ella y conocer sus inquietudes.

—¿Por qué estás encantado? —preguntó ella tomando la copa de vino blanco.

—Porque eres magnética. Y ahora soy la envidia de los caballeros de este restaurante —brindó con ella por ello—. Es muy satisfactorio que por una vez dejen de mirarme a mí, solo para interesarse más en quién me acompaña.

—A mí, en cambio, me pone muy nerviosa ser el centro de atención —reconoció con sinceridad.

—Pues deberías estar más que acostumbrada. Es inevitable no voltear la cabeza para echarle un vistazo. Tu novio seguro que está encantado con eso.

Karen inclinó la cabeza a un lado y le dirigió una mirada suspicaz.

—Tú y yo sabemos que si tuviera novio no estaría aquí sentada contigo, ¿verdad?

Harvey suspiró y miró al techo lleno de lámparas de lágrimas de diamantes del restaurante.

—No te imaginas la de mujeres que han venido a cenar conmigo teniendo novio, esposo e hijos. Es muy complicado encontrar a alguien sensato y fiel.

Ella no bajó la mirada y valoró aquel ataque de sinceridad de Bellamy.

—No me das ninguna pena. No creo que hayas sido ningún Santo, aunque tu futuro te obligue ahora a comportarte.

Harvey sonrió y se mordió el labio inferior con diversión.

—Es cierto. ¿Tú eres fiel, señorita Robinson?

—¿Empezamos con las preguntas personales?

—Deseaba hacértelas desde el primer día. Pero eres muy cara de ver. Y muy escurridiza —sus ojos negros como los de ella brillaron con expectación—. Nunca me había pasado. Por lo general me dejan sus teléfonos en los bolsillos de las americanas.

Ella arqueó las cejas negras.

—Qué duro debe de ser... Soy leal y no me gustan las injusticias ni las mentiras —contestó sin más—. Por eso no me fío de los políticos.

—*Touché* —se llevó la mano al corazón aunque le encantó su respuesta—. No todos los políticos somos iguales.

—Ni las mujeres tampoco —le guiñó un ojo.

Fueron interrumpidos por unos rellenos de caviar y dos doradas al horno. Cuando miró los platos, Karen pensó que el pescado no era de sus gustos culinarios predilectos y que, seguramente, se quedaría con hambre. Pero no lo tuvo en cuenta, porque estaba bien, habían violinistas tocando en directo, y nada, absolutamente nada de Harvey podía recordarle al hombre que intentaba borrar de su cabeza con todas sus fuerzas. Era como estar en otro mundo.

—¿Qué tipo de persona eres? ¿Cómo te definirías? — quiso saber él.

Ella se quedó pensativa y al final dijo:

—Una sin grandes misterios en las profundidades. Mi madre murió hace unos años y la echo de menos. Mi relación con mi padre es cordial. Y soy persona de pocos amigos y mujer de un solo hombre —dejó claro.

La sonrisa de satisfacción de Harvey fue impagable. Parecía que ya se veía con ella en el altar.

—¿Te llevas mal con tu padre?

—No. Simplemente tuvimos desavenencias respecto a mi futuro profesional. Él quería que siguiera con el negocio familiar —estaba contando la historia al

revés. Y lo hacía a propósito.

—Entiendo. Nuestros padres siempre quieren lo mejor para nosotros.

—Tú no has tenido ese problema. Sigues los pasos firmes del tuyo.

—A mí me gusta la política —confirmó—. Y me gusta solucionar los problemas de los demás.

—Al final serás un buen partido y todo.

—¿A qué te dedicas tú, Karen?

—Oh —tomó delicadamente un canapé de caviar. Tenía que pensar en algo rápido—. Trabajo en una agencia de seguridad. Vendo sistemas de seguridad a distancia.

—¿Y eso no le gustaba a tu padre?

—No. Lo que no le gustaba era que no hiciera lo que él.

Harvey asintió con mucho interés. De haber sido ella quien hiciera las preguntas, habría aprovechado para preguntar: «¿y cuál es el negocio familiar? ¿Qué hacía tu padre?». En vez de eso, dijo:

—Menuda paradoja. Tu negocio te habría servido mucho en el hotel de tu tío —señaló metido en el tema—. Las alarmas habrían saltado en cuanto los maleantes nocturnos se colaron en su jardín. Esa es una de las razones por las que quiero ascender en el gobierno de Carson y ser el primer jefe. Quiero limpiar la ciudad y quiero devolverle el equilibrio.

—Pues me temo que vas a tener mucho trabajo —dijo en voz baja.

—¿Sabes? Tal vez se pudiese haber evitado esa tragedia que ha afectado tanto al valor del hotel si tu tío te hubiera contratado tus cámaras.

—Para eso mi tío y yo deberíamos haber estado en contacto.

Karen tragó lo que tenía en la boca y prefirió callar. No iba a decirle a nadie lo que sabía. Porque estaba convencida de que decirlo la metería en problemas.

—Pero sin duda, con una buena cámara, todos sabríamos la verdad sobre lo sucedido.

—Ah, bueno. La verdad ya la sabemos. La pena es no haber podido evitarlo.

Karen se reservó su opinión. Si en ese momento le hubiera contado a Harvey todo lo que sabía y todo lo que le había pasado, la laca del pelo se le habría secado.

—¿Te está gustando Nevada, Karen?

—Me parece preciosa.

—Eso es muy bueno para mí. ¿Te gustaría quedarte aquí?

—No creo —contestó—. Prefiero algo más cosmopolita, como Nueva York.

—¿Y qué harás con tus propiedades de Tahoe y Carson? Mi gestora puede vendértelas todas por los tres millones que te dije —le ofreció como si fuera la mejor oferta del mundo.

Karen comprendió que ni a Harvey ni al Ayuntamiento les había llegado la notificación de la venta del Origin a nombre de Kadal Asociados. Y por la expresión que puso Bellamy, prefirió no decírselo.

—Es una manera muy extraña de cortejar a una chica por la que sientes interés, señor Bellamy —advirtió inquisidoramente.

—Es la mejor. Le vendo todo lo que tiene y a cambio la invito a mi casa a hospedarse todo el tiempo que quiera —su mirada se volvió profunda y atrevida.

Vaya. Sí tenía salidas para todo. Tenía futuro en la política.

Ella se echo a reír coquetamente.

—¿Por tres millones? —dijo como si le pareciera todo una barbaridad—. ¿La casa de Tahoe y el hotel?

—Es una buena cantidad. Dejarías de vender cámaras — señaló como un comercial sanguinario—. La lastra del cadáver le quita valor pero yo te mantengo el precio que te dije. Y la casa de tu tío entraría en el pack.

—¿La has visto?

—No la he ido a ver.

—Pues yo creo que vale más.

—Un millón más o menos.

—No. Seguro que no.

—¿Estás negociando conmigo?

—Para nada —negó vehementemente. Ella se limpió la comisura de los labios con la servilleta y se inclinó hacia delante—. Que no me quiera quedar a vivir aquí no quiere decir que no la vaya a valorar como segunda residencia. Por ahora no quiero vender nada, Harvey —sentenció, sabiendo que era mentira y que ya había vendido el hotel—. Tal vez espere mejores ofertas. Estudiaré el mercado.

—Eres un hueso duro de roer, señorita Robinson. Al menos, espero ganarme tu voto con esta cena —bromeó.

—Va por buen camino —afirmó.

Mientras continuaban con la distendida compañía y hablaban de muchos temas variopintos y sin demasiada importancia, Karen comprendió algo a ciencia cierta: que a Harvey le gustaba hablar de sí mismo, pero nunca en serio. Y que no se rendiría respecto al tema de la venta de sus propiedades,

porque sólo hablándole de ese tema, sus ojos se encendían con auténtica pasión y deseo. Ella le gustaba, de eso estaba segura.

Pero más adoraba el dinero. El dinero era lo que le ponía cachondo de verdad. El poder.

Como buen hombre de política.

En La Dama todos los miembros del club eran de la *jet set*. Cuando acaban de cenar, se iban a la planta superior que se convertía en un club con sala de baile, copas y fiestas privadas. Era como si tuvieran un cartel en la frente que anunciara de cuántos millones disponían en sus cuentas corrientes.

Y allí se sentía desubicada. Era una mujer normal, con su carrera, culta y con su trabajo, que también era su vocación. Podía mantener una buena conversación con quien le diera la gana. Pero allí tener dinero no era sinónimo de tener cultura. Ahí tener dinero era llevar coches impagables, tener propiedades por todo el mundo, además de algún casino y, ante todo, disfrutar de gastártelo.

Harvey sí se veía preparado intelectualmente para hacer bien con la fortuna que su familia poseía, otra cosa era que quisiera hacerlo.

Era un ambiente carca con ínfulas de falsa aristocracia. Como fuera, no tenía ganas de estar en ese lugar. Por Dios, si había venido en una Montser como una chica mala. No era ninguna princesita llena de botox como las que frecuentaban ese local.

Por un momento, deseó tener su pistola encima solo para disparar al techo y gritar: «¡pedantes fuera!». Y aquella canción country que sonaba le ponía los pelos de punta.

Para colmo, Harvey la había sacado a bailar y no había podido decir que ella no bailaba eso. No quería ser desagradable. Además, el hombre, al

menos, era divertido como para sacarla de ese ciclo de autodestrucción de meadores de Chanel.

—¿Cómo te llevas con tus padres? —quiso saber. Lo que fuera por dejar de escuchar esas letras suicidas y fustigantes. Ella conocía la espinosa historia de la madre de Lonan con el padre de Harvey, y quería averiguar qué tipo de relación les unía.

—Fui hijo único. Me dieron todo lo que quería. No les daba problemas nunca por no molestarles más de la cuenta, porque ellos ya tenían suficientes grietas entre ellos.

Aquello llamó la atención de Karen.

—¿Tus padres se llevan mal?

—Mis padres duermen en pisos separados, Karen —contestó mirándola a los ojos—. No recuerdo ninguna época de pequeño en la que ellos no se discutieran. Ahora ya no se discuten porque ya no viven juntos —se encogió de hombros.

¿Tendría idea Harvey de que su madre condenó públicamente a una india Gunlock por una infidelidad que no cometió?

—Esa es la historia de la mayoría de matrimonios a día de hoy —comentó ella—. Si no es mucha indiscreción, ¿por qué se peleaban? ¿Dejaron de quererse?

—Indiscreción es tener a los *paparazzis* incluso cuando voy al baño, solo por ser el hijo de Ben Bellamy. Lo tuyo solo es curiosidad y no me ofende —le aclaró amablemente—. Respondiendo a tu pregunta, lo que creo es que mi madre y mi padre nunca se quisieron. Además, a mi padre siempre le gustaron más las mujeres de los demás antes que la suya.

Harvey se abría con ella y le hablaba con absoluta honestidad. Eso lo sabía perfectamente. Lo veía en sus ojos.

—¿Los ves?

—A mi padre sí. Me llama a menudo para ver cómo llevo las cosas en Carson. A mi madre no la veo demasiado... es una mujer depresiva. Triste. Exalcohólica... pero la quiero. Es mi madre, al fin y al cabo.

—Vaya... Lo siento. No es eso lo que vende la prensa, Harvey —apuntó.

—Para hacer campaña tienes que comprar muchas cosas. Y un buen asesor de imagen puede obrar milagros.

Ella se quedó callada unos segundos. Por un instante le encantó que él se abriera con ella, que mostrara parte de esa fachada oscura que tenía, aunque fuera fea.

—Agradezco que me hables así —le dijo ella—. Sé que no tienes por qué hacerlo ni por qué sincerarte conmigo pero...

—Sí tengo por qué hacerlo, Karen —la cortó deteniendo el leve bamboleo de sus cuerpos—. Lo hago porque me gustas. Y quisiera conocerte más —le tocó uno de sus largos tirabuzones y lo estudió como si fuera un rara avis.

—Disculpe.

Aquella voz varonil se coló bajo su piel y le erizó las terminaciones nerviosas. Tuvo la sensación que la sacudían y la hacían volver a la realidad como si la lanzaran desde un ático al suelo.

Se le encogió el estómago y el corazón se le disparó.

Eso no podía estar pasando. De ninguna de las maneras.

Se dio la vuelta, con la cara descompuesta y se encontró con el rostro que tenía su mundo del revés y que la obsesionaba hasta la extenuación.

Lonan. Era Lonan.

¿Qué demonios hacía él ahí?

Y estaba tan guapo como la noche anterior, cuando se fueron a Las Vegas. Con aquel traje negro que lo hacía irresistible, y cuya nota de color solo la ponían sus ojos verdes y el pañuelo rojo que asomaba perfectamente doblado del bolsillo frontal de su americana.

Lonan era muy grande al lado de Harvey. Mucho más masculino y más hombre.

Pero eso ya lo sabía. Porque aunque había intentado dejar de pensar en él durante toda la noche, era imposible obviar el poderío físico de un monumento como aquel.

—Disculpas aceptadas —dijo Harvey—. ¿Nos conocemos?

Los ojos verdes de Lonan todavía no la habían mirado ni una sola vez. Estaban fijos en el hijo de Bellamy, de esa manera que Karen conocía, como si le perdonara la vida.

—Perdone que le interrumpa el baile, señor Bellamy — su tono parecía cálido, aunque ocultaba notas condescendientes que a un hombre de verdad no le hubiera gustado ni un pelo—. Soy de Kadal Asociados. Hemos comprado el almacén abandonado del centro de Carson, el que era un club social de la comunidad india. El que está justo al lado del hotel Origin.

Harvey entrecerró los ojos, perdido y desorientado como nunca.

—¿Ustedes han comprado ese almacén? No sabía que nadie lo hubiera comprado. No tengo constancia de...

—Nuestros abogados trabajaron con otro despacho de la ciudad. No con el suyo, señor —contestó forzando una sonrisa llena de veneno—. Tenían mucho trabajo. Tenemos todos los trámites aprobados desde hace más de dos meses y el permiso de obras también. Creemos que el viernes que viene podremos hacer la inauguración. Y no quería perder la oportunidad de invitarle personalmente y de presentarme. Estoy convencido de que nos llevaremos muy bien y que nuestro negocio será muy próspero.

—Eso es una semana —murmuró sorprendido—. Sí que han ido rápidas las obras.

—Sí, ya casi están. Solo quedan detalles. Así es nuestra manera de trabajar. No queremos molestar a los vecinos más de la cuenta, por eso somos rápidos.

—¿Y puedo preguntarle de qué tipo de negocio hablamos?

—Oh, solo es un club. Un club nocturno.

A Karen las manos se le habían cubierto de un sudor frío incómodo.

—¿Un puticlub? —preguntó con desaprobación.

—No —Lonan rio como si Harvey fuera tonto—. Uno especial. Para gente distinta. Ya sabe, de esos que no piden siempre el helado de vainilla.

Harvey soltó suavemente a Karen y no entendió el ejemplo de la vainilla. Lonan siguió con ojos asesinos la mano que no se separaba de la parte baja de la espalda de la agente.

Karen tragó saliva.

—No sé de qué tipo de club me habla. Pero ardo en deseos de verlo —reconoció con el rictus tenso y una educación exquisita.

—Y lo verá, créame —le aseguró—. Pero quería hablar con su pareja, si usted me lo permite. ¿Es su novia? —preguntó de manera insolente.

—En eso estoy —contestó Harvey—. Pero no me lo está poniendo nada fácil.

«Mierda». Karen cerró los ojos con pesar. Quería irse de ahí y desaparecer. Ahora sí sentía la mirada recriminatoria de Lonan. Pero ella no tenía nada de qué avergonzarse ni por que rendirle cuentas. Así que alzó la barbilla y le retó con los ojos.

—¿Qué quiere? —preguntó Karen guardando las formas.

—Quiero comprarle el hotel. Sé que usted es la dueña del Origin. La hemos visto en su interior. Y queremos comprárselo —Lonan sacó una tarjeta de Kadal Asociados y se la dio.

Karen miró de reojo a Harvey y aceptó la tarjeta negra.

—Seremos muy generosos.

—¿Cuánto le quieren ofrecer? —preguntó Harvey adoptando un papel dominante, como si Karen no supiera negociar o le fueran a tomar el pelo.

—¿Es usted quien negocia por ella? —preguntó Lonan controlando la situación por completo.

—Le puedo asesorar. Ya tiene una oferta sobre la mesa —sonrió diabólicamente.

Lonan miró a uno y a otro, odiando cada segundo de la estampa que hacían juntos, pero actuando como un caballero.

—No creo que sean cantidades que deban hablarse aquí.

—Insisto. En La Dama se cierran más negocios de los que imagina —continuó Harvey. No quería perder aquel caballo y quería conocer a su competencia económica, sin saber que era competencia en todo—. No vamos a llevarnos las manos a la cabeza por unos cientos de miles de dólares.

Lonan elevó sus cejas negras y espesas y sonrió con cara de Póker.

—No sé cuánto cree usted que vale ese hotel, señor Bellamy. Pero el estudio de mercado que hemos realizado y la tasación del banco pone el precio en seis millones de dólares. Eso es lo que le vamos a ofrecer.

La mano que reposaba en la cintura de Karen cayó muerta.

Ella ya sabía de qué iba eso. De comprobar quién la tenía más larga. De controlarla. De marcarla. Y cuando la primera onda de energía machista la sacudió, decidió que no iba a quedarse ahí ni un segundo más.

—Disculpadme los dos —dijo—. Pero me tengo que ir ya.

—¿Cómo? ¿Tan rápido? —preguntó Bellamy disgustado porque alguien le hubiera humillado ante Karen y lo hubiera dejado como un mentiroso manipulador—. No te vayas. Podemos seguir hablando de lo que quieras. Luego te llevo al hotel —le dijo.

Karen forzó una sonrisa violenta y negó con la cabeza.

—Gracias por esta noche, Harvey.

—Gracias a ti, princesa.

—Ha estado muy bien —le dio un beso en la mejilla—. Ya hablaremos. Y usted... —miró a Lonan de frente sin poder controlar la bola emocional envuelta en fuego que pujaba por salir por su boca—. Me quedo con su tarjeta para negociar ese precio que me ha dicho. Encantada de conocerle y ya le contactaré.

Lonan asintió sin más, ocultando una sonrisa maliciosa. Cuando alzó la mirada, Harvey lo miraba como si fuera Satán.

—Acompañaré a la señorita a la salida —le anunció Lonan—. No tiene mi teléfono en la tarjeta —mintió— y estamos muy interesados en adquirir su hotel.

Harvey no pronunció ni una palabra más. Simplemente le hizo un gesto de barbilla, como si le despidiera y su compañía no fuera grata, y se alejó de él.

Lonan se pasó la lengua entre los dientes sin poder ocultar su mirada asesina y su odio hacia ese hombre.

Pero más rabia sentía hacia ella y hacia sí mismo.

Iba a ir a por Karen, porque al menos, se merecía una explicación por haber tenido una cita romántica con el peor enemigo de su familia.

No se lo pensó dos veces, fue tras ella y desapareció entre la multitud de la sala de baile.



CAPÍTULO 6

Lonan iba tras ella con el Hummer. Sabía que Karen conducía la Ducati tan encendida por dentro como furiosa.

Pero él estaba irreconocible.

Se sentía otra persona. Nunca antes había reaccionado así con nadie.

Ni siquiera con René, cuando la vio rodeada de tíos que la tocaban. Entonces, sintió decepción y también rabia. Porque aunque lo quisiera negar, Koda tenía razón, por mucho que le avergonzara. René no lo estaba pasando mal. Lonan quiso creer que sí para no sentirse tan humillado. Pero lo cierto era que disfrutaba (y mucho) de lo que le hacían. Y Lonan debía reconocer que él fue quien agrió la imagen, porque su honor le impedía ver la realidad. A René no la forzó nadie. Ella hizo lo que quería hacer. Y debía asumirlo. Por vergonzoso que fuera.

Como debía asumir que Karen lo había cambiado todo.

Porque las emociones se hacían insoportables con la agente del FBI. Le había dejado claro que estar con Bellamy era ir en contra de un Calavera. En contra de él.

¿Y qué había hecho ella esa noche? ¿Se había ido a cenar con él! Ese cretino quería cortejarla. Le había sonreído y, seguramente, había compartido su postre con él. Para acabar bailando pegados en ese club lleno de esnobs y de todos los catetos de Carson que se creían alguien por tener dinero. ¿Cómo pudo haber caído tan bajo?

Karen no frenaba. La moto iba muy rápido y cogía las curvas, a las afueras de la ciudad, con una pericia que, de no haber estado tan enfadado con ella, lo habría puesto muy cachondo. Esa mujer sabía domar muy bien al caballo que tenía bajo las piernas. Pero a él no lo iba a controlar así.

Diez minutos después de salir del centro de Carson, mientras conducían peligrosamente por las cuestas que ascendían a los cerros de alrededor, donde los precipicios eran más peligrosos y los árboles y los bosques cercaban los pavimentos, Karen aprovechó para frenar la Ducati negra en una de las pocas rectas, en seco, aprovechando una de las cunetas más anchas que, seguramente, usarían muchos otros como mirador, dado que tenían las luces de Carson a sus pies.

La agente dejó la moto a un lado de la calzada, y se bajó de ella hecha un manojo de nervios y de frustración.

Lonan bajó al mismo tiempo y cerró la puerta del Hummer de un portazo. Se dirigió hacia ella como un toro.

Sin embargo, Karen no se intimidó. Al contrario, se sacó el casco, y aporreó a Lonan en el hombro con él, con tanta fuerza que el ex Delta soltó un bufido.

—¿Te has vuelto loco?! ¿Quieres que tengamos un accidente?! ¿Qué demonios haces yendo detrás de mí así?!

—¿Qué demonios hacías tú con Harvey?! ¿Tengo que recordarte que su padre violó a mi madre?! —su ojos verdes parecían negros—. ¿Que por culpa de los Bellamy los Kumar estuvimos marcados de por vida?!

Karen lo volvió a empujar poniendo el casco Momo por delante.

—¡Yo no te tengo que dar explicaciones de nada! —replicó—. ¡Solo ha sido una cena! ¡Una cena que le debía!

—¿Que le debías? —dijo incrédulo—. ¿Qué tipo de favor te hizo?

—Ya estás pensando cosas que no son. Y cómo... ¿Cómo te has enterado?!

—¡Por el Instagram de Carson! —exclamó haciendo aspavientos—. Dasan lo sigue. Han subido una foto de La Dama, como cada noche. Y ¡tachán! Aparecíaís tú y Bellamy en una mesa, juntos, riéndoos...

—¿Y qué? —lo reprendió ella—. ¿A qué has venido? Tú no tienes ningún derecho a reñirme. Tú y yo no tenemos nada, Lonan. ¿Recuerdas?

—No me toques los cojones.

—No lo pienso hacer —dijo ella enfadada—. ¿Has venido a buscarme como un perro territorial? ¿En serio? Dijiste que queríais anonimato, y por presentarte a Bellamy como un gallito ya has perdido esa baza.

—¿Me importa un comino, Karen! ¡No quiero que tengas nada que ver con él!

—¿Porque haber cenado con él me convierte en tu enemiga? —le preguntó agotada—. Es absurdo. Harvey es un tiburón, pero no sabe nada de lo que os sucedió.

Aquello a Lonan le molestó más que cualquier otra cosa. Que Karen defendiera al niño pijo de Carson, cuando sabía que era un manipulador egoísta, y un mentiroso, le sentó como una patada en la boca.

—Te tenía por una mujer inteligente —dijo decepcionado.

Karen dio un paso al frente y se puso de puntillas para que sus ojos estuvieran a la misma altura, aunque no lo logró.

—Sí, menudo fraude, ¿eh? A mí me pasa lo mismo. Pensaba que eras un tío valiente, y no un gallina.

Lonan encajó el golpe pero contraatacó. Se decían las cosas a quemarropa. Perfecto.

—No te vas a acercar más a él.

Ella ascendió sus cejas negras y bien arqueadas, y lo miró con pasmo.

—Tú no me das órdenes. No tienes derecho. No soy una de las chicas que compartís tú y tus hermanos, Lonan. No tengo nada que ver con ellas. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—No me interesas. Tú te conformas con cachitos de mujer. Un culo, una teta... una boca... esas cosas. Yo sola soy demasiado para ti. No sabrías ni por dónde empezar.

—¿Y Bellamy sí?

—Seguro que Bellamy no necesita a sus amigos para estar conmigo.

La cólera era una mala compañera. Karen lo sabía. Pero tenía que tirar de ella y de su amiga la ira, para sacarse a Lonan de encima y dejarlo a un lado. Le había dicho lo que pensaba y lo que sabía que a un hombre viril y acostumbrado a dominar como él, más daño le haría. Lo que más le escocería.

—Pero ¿qué mierda se ha pensado este? —dijo por lo bajini dirigiéndose hacia la moto—. ¿Se piensa que me puede marear o qué?

Ensimismada como estaba y creyendo que tendría la última frase en aquella discusión, no oyó el «la madre que la parió» de Lonan. Pero sí escuchó los pasos furiosos que se acercaban por su espalda. A ella le dio tiempo para darse media vuelta y reaccionar lanzándole el casco para que no la acechara. Pero Lonan lo esquivó, y con aquella mirada de rayos y centellas, alcanzó a Karen hundiendo una mano en su melena y la otra en la pechera de su cazadora, la acercó a él de un tirón y dejó caer su violenta boca sobre la de ella.

Karen se lo intentó quitar de encima. Algo inútil. Porque Lonan tenía noventa kilos de músculo. Pero se liberó del beso para plantarle una mano en la barbilla y empujarle.

—¿Ahora me besas?! ¡Déjame en paz!

—No —Lonan le sujetó la cara con ambas manos y volvió a besarla—. No vas a hablarme de Bellamy en mi puta cara.

—Hablo de quien me da la gana. Aclárate, porque no vas a hacer el papel de celoso cuando no tienes narices para estar... —Lonan la hizo callar con otro beso—... para estar conmigo.

—Me encantaría darte una tunda —deseó con la mirada turquesa eléctrica y encendida—. Y ponerte ese culo que tienes como un tomate.

Ella se rio de él y negó con la cabeza.

—Mi culo no lo vas a tocar. Y no me beses. Estás maldito, ¿no? Seguro que me cae un rayo y me muero —dijo intentando apartar la cara, retándolo a que volviera a hacerlo.

—No te va a caer un rayo, Karen —dijo Lonan—. Te voy a caer yo encima —la llevó hasta el capó y la sentó ahí.

—Cuidado con el motor. Puede estallar y puedo morirme.

—¿Te gusta reírte de mí? —la apremió mordiéndole la garganta solo para estimularla.

—Se va a activar el limpiaparabrisas y me va a degollar.

—Yo sí te voy a degollar.

—Un meteorito viene directo al Hummer. Saldré por los aires. Y moriré, claro.

—Eres una arpía —gruñó tirándole ligeramente del pelo.

—Y tú un cazurro supersticioso —ella lo miró a través de sus ojos entornados, respirando agitadamente y airosa por la situación.

—¿Lo haces a propósito? —cuando Karen sonrió con gusto y picardía, Lonan comprendió que lo tenía justo donde lo quería. Lo que ella no sabía era que él también la quería ahí—. Bien —la felicitó—. Juguemos... Te voy a enseñar por dónde empezaría contigo.

Ella parpadeó aturdida, sin comprender, y el siguiente beso, húmedo y profundo de Lonan, aunque no le quitó las ganas de pelear, sí tuvo un efecto relajante en su boca y en sus músculos. Permitted que Lonan le metiera la lengua y le mordiera los labios. Era como si supiera perfectamente cómo le gustaban los besos.

Lonan la recolocó encima del capó del Hummer y él se colocó entre sus piernas. Sin soltarla. Sin dejar de besarla. Y cuando por fin Karen le devolvió el beso, lo recibió como una pequeña victoria.

En aquella posición, Karen le sacaba casi una cabeza. Parecía que ella era la dominante, y le agradó saber que a Lonan no le importaba. Porque ella no se sometía. A no ser que valiera mucho la pena. Es más, antes tenía que rendirse él a ella. Era alfa en ese aspecto. Podrían jugar un rato... solo un juego, solo para que a Lonan se le pasara el enfado y a ella la indignación. Un experiencia sobre el capó del coche para tener un acercamiento y para que Lonan viera que ella seguiría viva al día siguiente. Que las maldiciones solo estaban en su cabeza y solo afectaban a quienes creían en ellas.

Señor... y él era un huracán. Un huracán maldito.

La besaba como si ella le diera el oxígeno que necesitaba para vivir. Y le enloqueció. Lonan era increíblemente apasionado. Fuerte. Caliente.

Y aquello solo era el principio. Pero también estaba un poco enfadado. Y eso lo notaba en sus movimientos bruscos, y en el modo en que le quitaba la cazadora y la lanzaba al techo del Hummer.

O en cómo le sacaba los zapatos y los tiraba al suelo para después bajarle los pantalones con fuerza, calentándole la piel como un arañazo suave.

Karen se mordió el labio para no dibujar una sonrisa de oreja a oreja. Le encantaba aquel Lonan. Aunque su humor fuera un poco oscuro. Pero le encantaba igual porque lo había provocado ella. Y porque jamás tendría miedo de aquellas actitudes dominantes, porque sabía muy bien cuándo eran humillantes y dañinas y cuándo no lo eran. Sabía cuándo eran violentas sin consenso, y cuándo formaban parte del juego de dominar y ser dominado.

Y solo por sentir sus besos y por no pararle en su empeño en tocarla y en deseársela de aquel modo, Karen permitiría que Lonan la probara bien, aunque fuera sobre el coche y con la noche de Nevada sobre sus cabezas.

Lonan había recibido un revés en su hombría. Un revés que venía de la mujer en la que no dejaba de pensar y que deseaba más que cualquier otra cosa en su vida. Y era irónico que ella misma le echara en cara que no tenía lo que hacía falta para acostarse solo con ella, cuando se había imaginado haciéndole mil perversidades todas las noches, desde que la vio. Pero era ella quien lo ponía a prueba. Era ella quien lo provocaba. Y era a ella a quien tenía ganas de darle un dulce castigo.

Las braguitas negras de Karen desaparecieron en un santiamén, y la dejó desnuda de cintura hacia abajo. Con solo las luces del coche en aquella zona oscura del bosque, se veían los cuerpos y las caras con alumbre suficiente como para saber dónde tocar y jugar con las sombras.

Lonan se cernió sobre ella y le cubrió el sexo con su mano, como si lo tapara. Después, con la otra mano, se bajó los pantalones, se metió las manos en los calzoncillos y se sacó el miembro de piel morena y venoso.

Karen lo miró admirando su grosor y su tamaño, y no pudo evitar mirarlo a los ojos y tragar saliva.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó él colocándose un condón oscuro lubricado.

—No —contestó ella.

—Mejor —dijo él abriéndole bien las piernas para colocarse entre ellas—. Porque no puedo empezar contigo si estás cagada de miedo —medio bromeó, pero lo decía en serio.

—A mí me dan miedo otras cosas, Lonan —replicó ella atrayéndolo con las piernas, rodeándolo bien—. Ni el sexo duro ni el suave ni tú ni tus maldiciones ni tu polla me lo dais. Ahora, déjate de palabrería y haz lo que tienes ganas de hacerme.

Que una mujer como Karen le hablara así, sin paños calientes, le ponía a mil. Era increíble.

—¿Estás preparada?

—Tócame y compruébalo tú mismo.

Lonan movió los dedos de la mano que cubrían su sexo y se mojó las yemas con la excitación de la joven. Su erección tembló en su otra mano, y tuvo que coger aire para no correrse con solo tocarla. ¿Qué le hacía esa chica? Parecía un novato.

Lonan no quiso perder más el tiempo. Se colocó bien e introdujo parte de la cabeza ancha de su prepucio en el interior de Karen. No quiso ir lento ni ser cuidadoso.

A él le gustaba follar duro. Y si Karen lo conocía mínimamente, sabría que, habiéndolo provocado del modo en que lo había hecho, le esperaba una follada de campeonato. Así que la sujetó por la cintura, y la levantó para poder empalarla como deseaba, metiéndose bien adentro y de un plumazo.

Karen dejó ir una exclamación y cerró los ojos con fuerza para aceptar aquella dura invasión. La disfrutó tanto, disfrutó tanto de tener a Lonan solo para ella y de que él, por fin, fuera valiente para tomarla a solas, que no le pediría ni que fuera amable ni nada. Solo lo quería a él, marcándola y siendo salvaje. Porque Karen adoraba la fortaleza. Ella necesitaba a un hombre así. Porque era ella quien le permitía que se lo hiciera de ese modo. Era un gesto de aceptación. De asumir que ella se había pasado con sus palabras y que a un dominante no se le desafiaba si no era para recibir un buen castigo después, de los que hacían que se te saltaran las lágrimas mientras te corrías.

Esa pequeña batalla se la apuntaba. Era ella la ganadora.

Lonan, fascinado por cómo lo acogía y por poder hacerlo sin hacerle daño, agarró a Karen de las nalgas desnudas y la apretó contra él, para que ella notara cada centímetro y lo profundo que había llegado. Aunque siempre podía llegar más adentro, pero no en aquel coche. No así.

Ella apoyó una mano sobre el capó y con la otra se sujetó a la nuca de Lonan.

Tomó aire por la boca y dejó caer su cabeza hacia atrás, para que los largos rizos acariciaran las manos de Lonan, que cubrían sus nalgas perfectamente.

—¿Esto es lo que me va a caer? —preguntó mirando al frente de nuevo.

Lonan negó con la cabeza.

—Te va a caer un rapapolvo.

Lonan le apoyó la espalda en el capó del coche y se avalanzó encima de ella, apoyando los pies firmemente en el suelo.

La luz de la luna, azul y nocturna, alumbraba el rostro de Karen, y se quedó paralizado y embriagado por estar dentro de esa belleza morena. Y solo por unos segundos creyó ver su reflejo en los ojos negros de Karen, brillantes y tan grandes que se sintió pequeño. Era como ver su propia alma.

Lonan cerró los ojos y la besó para empezar a penetrarla con fuerza.

Lo hacía con tanto ímpetu, que al poco tiempo, la espalda de ella reposaba sobre el cristal delantero del coche, y Lonan estaba sobre el capó, encima de ella, afianzado en su interior y apoyándose en las manos, a cada lado de su cabeza, para sacudirla como quería.

Karen se quedaba sin aire.

Sus besos la mataban.

Su fuerza la espoleaba, y el fuego en su vagina y en su útero, zamarreado por la dominancia de Lonan, la mantenía inquieta, esperando que el placer se arremolinara y estallara.

—Te vas a correr por dentro, Karen.

Ella negó con la cabeza e intentó tocarse, acariciarse el clítoris un poco para estallar, porque aquel placer era una agonía. Pero él no le dejó.

Le sujetó las manos por encima de la cabeza y ella en respuesta intentó morderle el labio.

—Ni hablar. Suéltame.

—No.

—Lonan, lo digo en serio.

Lonan sonrió y la miró como un depredador.

—No. Tú me querías a mí. Pues ahora me vas a tener.

Impulsó las caderas hacía delante y se quedó muy quieto.

Karen gimió e intentó liberarse. Nadie la había hecho nunca correrse por dentro. Necesitaba estimulación por el clítoris, y él no la dejaba tocarse, la mantenía ahí, a punto de cruzar la línea, pero sin cruzarla.

—Lo que quiero es esto —rotó las caderas—. Tú dices que nunca he podido estar con una sola mujer por la maldición —le mordisqueó la barbilla y después le coló la lengua en la boca suavemente—. Tú tampoco has podido estar nunca con un hombre como yo. Tú eres dominante. Y yo también, preciosa. Veremos quién se rinde antes.

Dicho eso, Lonan se dedicó a torturarla. A mantenerla en vilo. A poseerla.

Se mantuvo en un ritmo estable, medido, con una cadencia intensa y sin pausa, y cuando notaba que el interior de Karen empezaba a temblar, se detenía.

Aquello se convirtió en un juego. En un baile extraño, lleno de desafíos en el que el vencedor saldría reforzado ante el otro.

Karen se negó a darle lo que quería.

Perdieron la noción del tiempo. No sabían cuánto tiempo llevaban ahí, pero ella luchaba por no correrse, aunque la sensación era totalmente arrebatadora

e irresistible. Ese hombre la colmaba, la llenaba de una manera que iba más allá de lo físico. Y se asustó, se asustó por aquellas sensaciones, por las emociones que el Calavera mayor le provocaba al hacerla suya.

Porque nunca las había sentido.

Qué aterrador era todo. Incluso permitirle que él la dominara así era amedrentador.

—Puedo estar así toda la noche —dijo emocionado. Parecía sumido en un limbo sensual, como si tuviera suficiente con eso. Y no se había corrido. No se correría hasta que ella lo hiciera. Porque podía castigarla, pero no sería un mezquino—. Vamos, nena —le susurró mordisqueándole la oreja—. Lo noto. Estás temblando por dentro. Tienes la carne ardiendo y estás tan hinchada que no entiendo cómo me dejas entrar otra vez —Lonan gimió en su oído y suspiró, rendido, añadiendo al final—: Joder, me tienes loco...

Fueron esas palabras. Solo esas, que no se acercaban a una declaración de amor pero sí a una revelación sincera, las que provocaron que Karen soltara el orgasmo que intentaba amarrar. Y lo soltó porque no pudo sujetarlo.

El modo en que él lo dijo, como si anunciara un secreto, como algo que nunca había dicho la desarmó.

El sexo era maravilloso si se sabía usar bien. Podía ser el arma arrojadiza más salvaje. O un mazo para derribar muros infranqueables.

Y en ese coche, bajo la noche y las estrellas, Lonan estaba derribando uno suyo enorme.

Nunca había dejado a un hombre estar tanto tiempo en su interior.

Intentó moverse y sacárselo de encima por una vez, pero para entonces, Lonan estaba absorbiendo su largo gemido, succionando su éxtasis, sin liberarle las manos... Y Karen solo pudo disfrutar de su penetración y notar cómo él también se corría, como si la hubiera estado esperando. Se clavó las uñas en las palmas de las manos, y se dejó llevar.

Subyugada por el clímax que la dejó indefensa.

Con su voluntad cedida momentáneamente a la de Lonan, cerró los ojos y se quedó suspendida en las sensaciones, intensas y tan agudas que no solo le dolía placenteramente la entrepierna, también le punzaba el corazón.



CAPÍTULO 7

En tierra de nadie.

Habían dormido en tierra de nadie.

Después de haberlo hecho sobre el capó del Hummer y de experimentar sendos orgasmos demoledores, Lonan cogió en brazos a Karen y sin decir nada más la sentó encima de él en el asiento del piloto. No intercambiaron ni una palabra. Ni siquiera un buenas noches. Como si lo que acababan de hacer los hubiera enmudecido o no tuvieran fuerzas suficientes para decir nada interesante.

Reclinó el asiento hacia atrás, agarró una manta polar y fina de la enorme guantera, y los cubrió a ambos con ella.

No recogió ni el casco ni los zapatos ni las prendas que ella se había sacado. No se moverían del lugar.

De vez en cuando, Karen sufría algún espasmo, repeticiones diminutas del orgasmo, y Lonan la abrazaba, aprovechándose de ese momento de debilidad y renuncia de la que ella hacía gala. Pero a él le encantaba hacerse cargo de una mujer tan poderosa. Así que, apenas pudo dormir, porque se pasó la noche mirándola y vigilando que estuviera bien o que no pasara frío. Por si acaso, encendió la calefacción, y ahí, en algún momento, con el suave peso de Karen sobre su cuerpo, el olor del champú en su pelo y el aire caliente que irradiaba también desde los pies hasta la cabeza, Lonan se dejó ir y cerró los ojos para dormir al menos un par de horas. Unas horas que se convirtieron en las más plácidas en muchos años.

Y no lo despertó la claridad del amanecer. Lo hizo la falta del dulce peso de esa mujer sobre él.

Abrió los ojos y miró su reloj. Eran las ocho de la mañana.

Algo golpeaba su hombro con toques delicados. Lonan desvió la mirada hacia su lado derecho y se encontró a Karen tocándolo con el dedo.

Cuando ella le sonrió divertida y al verlo despierto, Lonan recibió un azote en el pecho tan fuerte que le recordó a un latigazo. ¿Qué mierda le pasaba con ella?

—Son las ocho.

La agente se había vestido ya de pies a cabeza. Y estaba tan hermosa que dolía mirarla fijamente. Qué bien amanecía siempre. Con una cara mezcla de niña que la convertía en algo adorable.

—¿Cuándo has salido del coche? —preguntó Lonan extrañado.

—Hace diez minutos. Tenía que recoger la ropa, vestirme y limpiar el casco. Estaba lleno de arenilla del suelo.

Lonan, aturdido, dirigió su atención al frente y localizó la Ducati perfectamente aparcada y el casco colgando de un manillar.

—¿Me explicas cómo funciona?

—¿El qué? —él no comprendía a lo que se refería.

—El día después. El día después de acostarme con un calavera. ¿Tengo que santiguarme o pedir algún tipo de hechizo contra el mal de ojo? —se llevó la mano al pecho histriónicamente—. Porque quiero seguir viva.

Él dejó caer las pestañas y parpadeó lentamente. Que le recordara la maldición no le ayudaba, pero tampoco le preocupaba. Simplemente, vigilaría a Karen y cuidaría de ella. Porque llevaba mucho tiempo creyendo en su hechizo como para que de repente el miedo desapareciera.

—Funciona de esta manera: no te pierdo de vista y ya está.

La respuesta la sorprendió. El modo en que lo dijo la llenó de una ternura extraña hacia un hombre como aquel.

—¿De verdad sigues creyendo que me va a pasar algo por haber echado un polvo?

Para Lonan no se trataba de haber echado un polvo. Se trataba de sentir emociones exclusivas hacia ella y de quererla solo para él cuando sabía que no podía. Pero después de haberse lanzado a la piscina la noche anterior, ya no podía dar marcha atrás.

—No quiero arriesgarme. No porque crea en la maldición... Es que tú llamas al peligro, Karen.

—Solo es sexo, Lonan —ella quiso probarlo y ver cómo reaccionaba al hecho de aceptar su *affaire* como algo sexual, como algo que los dos deseaban—. Ni yo te he prometido amor eterno ni tú quieres exclusividad, ¿verdad? —sus ojos negros esperaban una respuesta concreta—. No nos debemos nada y no te tienes que sentir obligado a vigilarme o a cuidar de mí —aunque era lo que le gustaría—. Solo ha pasado. Es atracción entre un hombre y una mujer. No hay más que hablar.

—Claro —dijo no muy convencido—. Solo ha sido eso. No va a pasar nada, ¿no?

Ella forzó una sonrisa distendida y nada exigente y asintió sin más, aunque en el fondo de su corazoncito algo se quebró dolorosamente.

«Estás enamorada de él, cazurra. ¿Por qué esperas cosas imposibles? ¿Por qué lo instas a decir cosas que no siente?».

—¿No nos debemos nada, entonces? Somos adultos — le ofreció la mano—. Ha pasado. Tú me has demostrado que puedes follar con una chica a solas, y yo te he demostrado que las maldiciones no afectan a las brujas —esta vez sí río de verdad de su propio chiste—. Ya no tiene por qué volver a pasar. Asunto resuelto.

Lonan entrecerró sus ojos verdes y aún soñolientos y pensó que lo mejor era no llevar las cosas más allá, al menos, por ahora. Sin embargo, había dos

frases que no le gustaban nada, y tenía que pensar sobre ellas. Porque ponía en duda todo lo que había sido él hasta entonces, sobre sí mismo y sobre el amor, que siempre le fue esquivo.

No obstante, Lonan aceptó su mano y la sostuvo más tiempo del necesario. Con ella le nacían otras cosas, como por ejemplo, las ganas de sentarla encima de sus muslos y darle un beso de buenos días. Como un pardillo. Como un hombre con sentimientos encontrados hacia una mujer.

Porque Karen lo ponía furioso y al mismo tiempo despertaba su anhelo.

Agitaba sus celos cuando estaba con Bellamy, y después, azuzaba su salvajismo por marcarla y por dominar su cuerpo. Pero no era suficiente.

Nada con ella era suficiente.

Y de repente, ahí estaba el calavera interior, queriendo cosas que no podía reclamar, pero robándolas por el camino igualmente.

Tiró de la mano de Karen, y la colocó sobre su erección. Su rostro estaba muy cerca del de ella, y presionó a propósito la palma de su mano contra su pene duro.

—Las maldiciones no afectan a las brujas —le recordó él—. Pero esto de aquí —espetó con la vista brillante y orgullosa—... esto sí te ha afectado. Y tiene memoria —mencionó—. Y no se le va a olvidar. Así que no hagamos como si nada y no digas que no va a volver a pasar, bombón —entonces sus blancos dientes refulgieron en una maravillosa sonrisa y se sintió victorioso por la cara de pasmo de la joven. A continuación le dio un beso en la mejilla y le susurró—. *Yá át ééh, nizhóní.*

«Voy a necesitar ayuda», eso fue lo que pensó Karen cuando aquel gigante moreno de ojos claros la besó con tanta suavidad. Era hasta dulce.

—¿Qué significa?

—Buenos días, bonita.

Ella carraspeó y sacó la mano del paquete de Lonan. Negó un tanto confundida, y se pasó los dedos por la ceja derecha, nerviosa como estaba.

—Creo... —tragó saliva— que voy a salir ya del coche y a coger la moto.

—¿Te has puesto nerviosa, agente?

—No.

—¿Crees de verdad que no va a volver a pasar?

—Lo creo —afirmó—. No creo que tengas valor para volver a hacerlo y activar de nuevo la magia negra que os rodea. Buuu —se burló.

Lonan no sonreía ni le seguía el juego. Solo la miraba.

—Magia negra es lo que tú haces conmigo —espetó Lonan dejándola sin palabras.

Ella entreabrió los labios y cuando por fin respondió a sus palabras, lo miró como si echara fuego por los ojos, aunque escupiera hielo por la boca.

—No. Eso no es magia negra —le aclaró tomándolo de la barbilla suavemente—. Eso ha sido un regalo, Lonan. Lo de ayer noche, yo, indefensa, bajo tu cuerpo, fue un regalo que nunca doy. Porque no voy a permitir que me toques otra vez sin que te desnudes por completo. Como si lo que haces estuviera mal o fuera una vergüenza.

Él arrugó el cejo al caer en la evidencia de que era verdad lo que ella decía. Pero no actuó así a conciencia. Sencillamente, se dejó llevar por los instintos, y ellos no le decían que se desnudara, ellos clamaban por estar dentro de ella de alguna manera. Con la lengua, con los dedos, con la polla... con lo que fuera. Y se sintió mal por eso.

Joder, él era un dominante muy atento. Pero a Karen se le olvidaba algo, un detalle que en su mundo era importante.

—Ayer me hiciste enfadar —le reconoció—. No tenía paciencia para

quitarme la ropa. Lo de ayer era un castigo por haberte ido con Bellamy.

Ella puso los ojos en blanco y abrió la puerta del coche.

—Por favor... no tienes ni idea de lo que es un castigo — murmuró provocándolo—. Ayer me dejé ganar.

—Te encanta tentar a la suerte, Karen —movió la cabeza negativamente y se agarró al volante con fuerza para no ir tras ella y hacerle lo que deseaba hacerle. Cosas que ni él sabía.

—Soy dominante como tú, Lonan. No soy Ama ni tú Amo. Pero nos gusta mandar en la cama. ¿Alguna vez habéis estado con una dominante? ¿O solo os acostábais con sumisas?

—Jessica es Dómina. Es Ama de verdad. Pero le encanta que la dominemos nosotros —en cuanto le dijo eso, supo lo mucho que se había equivocado. Era un palurdo. No podía hablar así con Karen... porque ella no era como las demás. No significaba lo que significaban las demás. Karen era muy diferente. Y era un mundo nuevo para él que aún no sabía sobrellevar.

Karen salió del coche de un portazo. Él observó su perfil provocador y su manera de caminar. Se colocó al lado de su ventanilla para mirarlo a los ojos, con decepción y sombras que no se atrevía a mostrar ni a dejar ir, porque no tenía derecho. No eran nada el uno para el otro, así que no podía reclamarle la atención que quería. Aunque esos ojos grandes y oscuros le decían a gritos: «¿Quién demonios es Jessica? ¿Me quieres volver loca?».

¡Qué complicado era el mundo de los tríos y los cuartetos y el poliamor! Ella lo respetaba. Pero tal y como era no podía compartir aquella manera de sentir. Porque no sentía así.

—¿Quién es Jessica?

Él contestó con total transparencia.

—Es una mujer con la que hemos mantenido relaciones. Una amiga. Y una Dómina muy reputada.

—¿Dómina de «zas zas» y *bondage*?

—Dómina. Con todas las letras.

—Entiendo... —comprendió haciendo repiquetear las uñas sobre el techo del Hummer—. ¿Es vuestra amante?

—De vez en cuando.

A ella todo empezaba a sobrepasarle un poco. Se sujetó el puente de la nariz y al final dijo:

—No importa. No sé qué vida habéis tenido ni a quién frecuentáis. Pero a lo mejor, lo de ayer entre tú y yo no vuelve a pasar, pero te aseguro que si pasa, no me voy a rendir. Esta vez te rendirás tú. No volverás a dominarme. A menos que yo lo quiera.

—Karen —Lonan apretó los labios mirándola de manera incrédula—. ¿Tú crees que oírte hablar así no me afecta en nada?

Ella hizo un gesto de no importarle.

—Me da igual si te afecta. Solo quiero que lo tengas en cuenta. Y ahora... —exhaló como si estuviera todo hablado entre ellos—. Yo me voy a mi casa y tú a la tuya. ¿Te parece?

—No. No me parece. Te diré lo que vamos a hacer: yo te acompaño a donde vayas. Y nos preparamos para ir esta tarde a Tahoe y nos encontramos con Joe. Tenemos que hacerle una visita.

Entonces ella pareció recordar algo súbitamente. Algo de hacía dos noches, en casa de su tío.

—Lonan, no os lo he dicho. Pero encontré unas cartas de mi tío. Unas cartas que lo relacionaban con tu madre Cihuatl y con alguien llamado Garia. Creo

que era un indio Gunlock de las reservas. Parecía que los tres tenían muy buena relación. Se reunían para conversar sobre algo que tramaban. Y no sé el qué. Me gustaría ir a verle.

—¿A quién?

—¿Hola? A Garia —contestó sin más.

—¿Quieres ir a las reservas?

—Sí.

—Karen —no le gustaba la idea— hace años que no piso ese lugar. No me gusta...

—Pues iré yo sola —lo tranquilizó—. Me gustaría ir ahora. Me cambiaré y...

—No. No irás tú sola —rebatió.

—Claro, no vaya a ser que haya un desprendimiento de tierra y una roca me aplaste. O se me caiga un tipi encima hasta que me asfixie. Y por supuesto, muera.

Lonan la miró esperando a que ella cortara ya el rollo Destino Final que se traía.

—Para empezar, los Gunlock no viven en tipis. Y vamos a hacer lo siguiente: vamos hasta Tahoe, te cambias. Dejas la moto allí. Y vamos con el coche. Tenemos que ir hasta Battle Mountain y hay un buen rato.

—No —contestó ella sonriente—. Te dejo que me acompañes, perfecto. Pero vamos con mi caballo —señaló la Ducati—. Y tú también deberías cambiarte. No vas a ir con el mismo traje de la noche anterior. Que, a ver, vas muy guapo, pero mejor nos ponemos más cómodos, por si tenemos que correr detrás de alguien y esas cosas... —sugirió.

A Lonan no le pareció mala idea. Cedería en eso y dejaría el Hummer a un lado. Pero solo porque había cosas innegociables para él.

Que él conduciría la Monster y ella iría de paquete.

Como marcaban las normas.

Como marcaban los cánones de los machotes.

Battle Mountain

En un clima semiárido y entre ríos se encontraba Battle Mountain, en el condado de Lander. En la carretera ochenta entre Argenta y Valmy.

Allí, donde un porcentaje de la población eran indios, se hallaban las reservas Gunlock. Un espacio de unos cuantos acres, alejado del centro, donde vivía parte de la comunidad que no se había movilizó a las ciudades principales de Nevada. Battle Mountain estaba poblado de supermercados, restaurantes y salas de juego y diminutos casinos. Y lejos de ese alboroto, los indios Gunlock, los más puristas, vivían en sus reservas, en sus cabañas algunas más humildes que otras, y compartían un pequeño cementerio, pero todos, de una manera o de otra, estaban integrados en la comunidad.

Puede que no como deseaban, pero lo estaban.

De eso era muy consciente Lonan. De que en Battle Mountain los indios Gunlock tenían parte de su residencia habitual, pero cada vez eran menos.

La ciudad crecía en negocio y en demografía, pero su raza iba menguando.

Muchos de ellos ahí seguían, viviendo de la misma manera y negándose a amoldarse al presente. Vivirían de su mano de obra, como hizo su madre, asumió Lonan. Se negaban a formar parte de la telaraña de la sociedad

americana y preferían vivir con los escasos medios que tenían, pero en libertad. ¿Y cómo les iba a culpar por eso? Lo comprendía.

Eran culturas totalmente contrapuestas, la americana y la india. Sin embargo, a los miembros de la comunidad que se vendieron por el avance y por la sociedad, no les iba nada mal. Vestían sus trajes en Carson, conducían sus cochazos e incluso llegaban a regentar sus casinos, como allí. ¿Acaso había casinos exclusivos para indios en Battle Mountain?, se preguntó Lonan sin bajar la mirada, a pesar de que les estaban tildando de extranjeros y la bienvenida brillaba por su ausencia. Se reiría si no fuera porque era una falta de respeto. Porque los Gunlock lo miraban como si fuera un gringo.

Karen lo era de pura cepa. Pero él no.

¿A quién quería engañar?

No lo miraban por eso. Lo miraban porque iba de paquete en una Ducati conducida por una mujer, y la diferencia de tamaños saltaba a la vista.

Al final, no pudo convencerla para que le dejara llevarla y aceptó que lo llevara ella. Se habían vestido de manera cómoda y funcional. Karen llevaba un tejero negro elástico, bajo de cintura y roto por las rodillas y por los muslos. Arriba se había colocado una camiseta negra de manga corta con las letras Balmain en blancas. Y en los pies unas Adidas Superstar negras. Y Lonan iba vestido casi igual, solo que llevaba unas Huarache rojas y un tejero desgastado azul claro.

Lo que nadie sabía era lo que llevaban debajo de sus cazadoras, en sus arneses, ocultas a ojos de todos. Sus armas. Pistolas que no pensaban dejar en casa y que podían cargar con sus permisos oficiales.

En Battle Mountain, los hombres morenos y de pelo liso tenían la piel curtida y el cuerpo delgado. Sus ojos oscuros los miraban divertidos al tiempo que la moto avanzaba hasta el centro de la reserva, entre casas y algunos tipis que usaban solo como si se tratara de esculturas para extranjeros.

Karen dejó la moto frente a una tienda de videojuegos india, y cuando se quitó el casco y mostró su melenón, Lonan juraría que todos soltaron una exclamación de asombro y agradecimiento.

Y de alguna manera lo hizo sentirse orgulloso y alzar la barbilla. Porque esa chica iba con él. Y porque encima de aquella bestia de dos ruedas, mandaba ella. No iba a negar que conducía muy bien y que las ruedas de la moto se sujetaban con firmeza sobre el asfalto. Del mismo modo que sus piernas agarraban bien a aquel animal para hacerlo girar cuándo y cómo quería. Como una Amazona.

Apoyado en una de las columnas de madera del porche de la tienda había un chaval de unos dieciséis años, que parecía estar enfadado con el mundo.

Karen caminó hacia él, con Lonan pisándole los talones

—Buenos días —lo saludó Karen, peinándose los rizos distraídamente con la yema de los dedos.

—Hola —contestó él nervioso al ver que esa mujer guapa le hablaba.

—Queríamos hablar con Garia. ¿Nos puedes decir dónde está?

El chico se descruzó de brazos y adoptó su expresión más bandida. Con un gesto de la barbilla un tanto despectivo, señaló hacia una casa de madera, más grande que las demás que habían en aquel poblado. En la pared exterior de la casa pendían dos calaveras de buey llenas de plumas.

—Gracias. ¿Podemos dejar aquí la moto? —le preguntó con una sonrisa amable.

En cuanto el chico fue objetivo de aquella sonrisa, se le pasó el ficticio malhumor y asintió embobado.

—Sí. Yo me hago cargo —el muchacho dirigió una mirada desafiante a Lonan, que le doblaba en peso y en tamaño y sonrió como si él tuviera alguna oportunidad con ella, y el Delta no.

El mayor de los Kumar puso cara divertida con el joven guardián de la reserva. No se lo tomaba en serio.

Acto seguido, los dos se dirigieron hasta esa caseta central, plantada bajo un árbol gigante, un pino verde y lleno de vida. Un árbol que en Navidad se llenaría de luces, como el típico del Madison Square Garden.

—¿Has estado aquí alguna vez? —le preguntó Karen a Lonan.

—Creo que una vez, de pequeño —le explicó.

Para él, estar ahí era como revivir viejas heridas y traicionar el recuerdo de su madre, porque fue en esa reserva donde el jefe Gunlock y la chamana de la comunidad aceptaron el juicio de Marlene contra su madre. Su abuelo, un hombre al que no recordaba nada, decidió dejar de creer en su nuera por fiarse más de la mujer del poderoso hombre que ayudaba a los Gunlock con sus derechos legales. Y le ponía de muy mal humor pisar ese lugar.

De hecho, no sabía hasta qué punto se sentía herido por estar rodeado de los «suyos» y no poder reclamar la venganza que su madre merecía en su nombre.

Aquello le dolía más de lo que se imaginaba.

—¿Te encuentras bien? —Karen lo miró de reojo.

Lonan no dijo ni que sí ni que no.

—Eso me parece —continuó ella—. Creo que no ha sido buena idea que vengas.

—Yo creo que sí. Tengo ganas de conocer a Garia.

Aunque ella continuaba observándolo con reservas. Era como si tuvieran algún tipo de conexión astral y sintiera lo que él sentía. Y Lonan, ahí, estaba muy lejos de sentirse bien. Cosa que ella comprendía a la perfección.

Cuando llegaron a la casita, se dieron cuenta que, en realidad, era una especie de tienda de objetos indios y librería. Todo mezclado. Un lugar

curioso en el que se vendían atrapasueños, vasijas hechas a mano, figuras de madera, antorchas de jardín y muchos otros artículos de decoración. Cada rincón escondía una historia, y era uno de esos lares en el que las ratitas de biblioteca se perderían encantadas, mirando aquella cantidad de manuscritos y tomos viejos e insólitos que decoraban las anchas estanterías de roble macizo.

—Buenos días —tras el mostrador, apareció un hombre de piel morena y curtida, de largo pelo blanco. Tenía los ojos negros muy vivos y una parte de su labio parecía sonreír de manera ascendente—. ¿Les puedo ayudar en algo? —apoyó sus curtidas manos sobre la mesa donde todo tipo de bolígrafos con plumas decoraban su superficie.

Aunque Karen siempre llamaría la atención por su melena espesa y llena de tirabuzones y su bello rostro, que había cuidado de maquillar de nuevo para que no se le vieran los moretones, fue Lonan quien centró el interés del señor.

—Estamos buscando a Garia.

El hombre atendió unos segundos a Karen pero después volvió a centrarse en Lonan, como si no pudiera dejar de mirarlo.

—Yo soy Garia —contestó saliendo de detrás del mostrador para acercarse a Lonan—. Eres un Gunlock, ¿me equivoco?

—Eso me dijeron al nacer —contestó él.

—Y tienes un rostro muy familiar para mí.

La agente desviaba los ojos del uno a otro, pues captaba la energía de reconocimiento en el indio. Y la incomodidad en Lonan.

—Te pareces a ella.

—¿A quién?

—A Cihuatl —susurró—. Vaya si te pareces... ¿Eres uno de sus hijos? —le preguntó en voz baja.

Lonan tragó saliva y su rictus se volvió sombrío y desconfiado.

—Soy el hijo mayor de Cihuatl y Koda Kumar. Sí —decirlo en voz alta fue muy extraño.

Garia abrió los ojos con sorpresa, como si esperase en algún momento aquella visita, y musitó.

—Lonan. Eres Lonan —lo miró de arriba abajo—. No queda nada en ti del niño que una vez correteaba por este lugar. Ni siquiera del muchacho que se fue con una mochila cargada a la espalda y sus hermanos detrás de su estela, para buscarse un futuro lejos de Carson. Has cambiado mucho —parecía que lo admiraba.

—No soy el mismo. Y de eso han pasado ya muchos años. No me acuerdo.

Garia asintió como si comprendiera todas esas cosas que Lonan no quería decir. Le dio dos palmadas paternas y amistosas en el hombro, y sonrió afablemente.

—¿Por qué habéis venido a verme? —quiso saber.

—Es por mi tío. Henry Davids.

—¿Eres la sobrina de Henry? —preguntó impactado.

—Sí. Soy Karen Robinson.

—Karen... —repitió melancólico—. Sí. Recuerdo que Henry me hablaba de ti y de lo que ibas consiguiendo con el tiempo. A él le habría encantado tener más contacto contigo. ¿Lo sabes?

Ella asintió un pelín emocionada. Ojalá esa adoración y esa aprobación la hubiera tenido en su padre. Pero nunca fue así. En cambio, era su tío desconocido el que la apoyaba sin saberlo.

—Entonces eres amiga mía también. Los dos lo sois — con muchísimo carisma Garia les rodeó para que le acompañaran hasta una salita a parte en el

interior de esa tienda—. No vamos a hablar de mis amigos ya partidos aquí de pie. Os invito a un *octli* y charlamos.

A Lonan le sorprendió que le ofreciera esa bebida, porque aunque no era originaria de los Gunlock, sí era una bebida ceremonial que solo podían beberla las personas de peso de la comunidad. Los ancianos, los chamanes o los jefes.

—Venid, pasad —abrió la puerta de un pequeño salón comedor y les invitó a tomar asiento en un de sus *pufs* bordados a mano de muchos colores, los cuales rodeaban una mesa baja circular, también pulida y diseñada por ellos. Todo lo hacían ellos, y todo lo vendían—. Sentaos por favor.

Lonan y Karen se sentaron el uno al lado del otro, llenos de curiosidad por aquel lugar y por la amabilidad indudable e intrínseca en Garia.

—Después de la muerte del Jefe Kumar, tu abuelo —le recordó Garia a Lonan—, alguien debía adoptar su rol. Ayahutli era mi abuela, y yo era su nieto mayor, el heredero de su don. Cuando ella trascendió, heredé su rol como jefe espiritual —les explicó con tranquilidad—. Después de lo sucedido con tu madre, de lo que ahora hablaremos —le dejó claro—, el jefe Kumar se quedó sin herederos. Tu madre ya no quería saber nada de él cuando la desterró a vivir al cerro y le prohibió tener cualquier contacto con vosotros. Su falta de apoyo la hirió en lo más profundo. Así que el jefe murió sin poder otorgar su rol a nadie de su familia. Y yo me quedé como jefe espiritual de la reserva, con los poderes y el respeto del jefe de la tribu, pero no con sus poderes políticos —dejó entre tildes— para poder defender la reserva y a los Gunlock como de verdad quería.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Lonan.

—Ahora hablaremos de todo —aseguró—. Mis poderes alcanzan a poder ofrecer *octli* a quien crea oportuno —le guiñó un ojo a Lonan, como si le hubiera leído la mente—. Pero antes de empezar a hablar, tenemos que brindar —El hombre tomó una botella de cristal con un líquido ambarino y colocó en la mesa tres vasos de cerámica con dibujos de mandalas hechos a mano. Les

llenó los vasos, el suyo también, y después se sentó en otro *puf*. Alzó el vaso con satisfacción y dijo:

—Por el esperado reencuentro.

—Por el reencuentro —respondieron Karen y Lonan alzando sus vasos.

—Que cada sorbo de *octli* deje nuestros labios sellados. De aquí no saldrá nada de lo hablado.

Solo bebieron cuando Garia bebió. Después dejó lentamente el vaso, como si sus movimientos formaran parte de un ritual, y les preguntó, relamiéndose los labios—. Preguntadme lo que queráis —recogió los vasos vacíos de ambos y observó los posos que dejaron, como si pudiera leer algo en ellos.

—Encontré unas cartas en casa de mi tío. Hablaba sobre las reservas, sobre la relación que tenía contigo y con Cihuatl... sobre su labor como activista —le explicó Karen—. No conozco nada apenas sobre él, y me ha dejado una herencia que todavía no asumo —se encogió de hombros—. Supongo que es mi manera de intentar compensarle. Conociéndole un poco más. ¿Puedes hablarme sobre él? ¿Cuál era su labor? ¿Estaba en *GreenPeace*? ¿Luchaba contra el maltrato animal? ¿Qué hacía?

Garia no alzó sus ojos negros de las profundidades vacías de los vasos, pero escuchaba con atención a Karen.

—Hay datos en las historias personales de cada uno, Karen, que permanecen escondidos por alguna razón. Yo sé muy bien qué hacía tu tío —reveló—. Pero que te lo cuente a ti, significa destapar algo que permanecía en cubierto por una razón.

—Ahora me estás intrigando más —Karen frunció el ceño preocupada—. ¿Acaso hacía algo malo?

—No. Para nada. Todo lo contrario. Tu tío era un héroe para los Gunlock más puros. Su pérdida es irreparable para nosotros. Lo es para mí —confirmó con tristeza.

—¿Por qué? Sé que estaba muy interesado en la conservación de la cultura indoamericana y en el respeto hacia sus reservas y sus costumbres. ¿Había algo más?

Garia sonrió ocultando muchos secretos que no había podido revelar hasta entonces.

—Siempre hay más.



CAPÍTULO 8

—Tenemos muchas cosas en común —Garia los miró con cariño—. Tenemos a gente que hemos querido y también los mismos enemigos, creo —dejó los vasos a un lado y cruzó sus dedos sobre la mesa—. Henry, Cihuatl y yo hablábamos mucho de todo lo que estaba pasando a nuestro alrededor. Y llegamos a una conclusión que, con el tiempo, estábamos a punto de demostrar que era verdad. Pero para que la entendáis, os voy a contar una historia —así empezó el largo relato de Garia que cambiaría la perspectiva de las cosas a Karen y a Lonan para siempre—. Henry Davids siempre estuvo concienciado sobre la preservación de nuestra cultura y nuestras tribus. Tienes razón sobre lo que antes has dicho, Karen: también estaba involucrado en el cuidado del medio ambiente y metido en asociaciones animalistas de muchos tipos. Pero donde él ponía siempre más hincapié y estaba completamente mentalizado, era en que se mantuviera la cultura india en Nevada y que respetaran nuestros terrenos y nuestras tierras. Como sabéis, muchos de los nuestros acabaron viviendo en Carson city y fueron dejando las reservas poco a poco, embrujados por los cánticos de sirena que les ofrecía la gran ciudad en forma de dinero rápido y mucho entretenimiento —cerró los ojos con pesar—. Como veis, nuestra cultura es ancestral, pero no todos amamos el espíritu, la libertad y la naturaleza más que a nosotros mismos. Muchos Gunlock inmigraron a la ciudad y dejaron las reservas sin actividad. Vendían sus terrenos de Battle Mountain a cambio de una casa en Carson y un trabajo fijo. A menos terrenos, menos espacio teníamos los Gunlock para poder trabajar con nuestra tierra, nuestros animales y vivir de lo que conreábamos. Empezábamos a quedarnos sin nada. Pero eso no todos lo veíamos —alzó un dedo para darle más énfasis—. Solo unos pocos, la resistencia, veíamos lo que estaba pasando. Nos estaban quitando nuestra historia en nuestra cara. Y no lo hacían por las armas. Ni tampoco con trampas. Simplemente, compraban el alma a quienes estaban dispuestos a vender. Y si no lo vendían... hacían todo lo posible porque tuvieran la necesidad de hacerlo. Y de ello solo una persona y su equipo fueron responsables de la migración. Una persona que una mujer denunció ante mi abuela y el jefe Kumar. Una mujer que fue injustamente señalada y

expulsada de Carson, donde vivía con su marido y sus dos hijos felizmente, hasta que Koda murió.

—Ben... Ben Bellamy —sentenció Lonan.

Garia no le quitó la razón. Solo afirmó como si lo sintiera. Como si sintiera todo por lo que ellos habían pasado.

—Ben era muy valorado por los Gunlock. Porque al principio se interesó muchísimo por nuestras tierras. Por nuestros poblados... Hay muchos alrededor, no solo el de Battle Mountain —señaló.

—Lo sé —afirmó Lonan.

—Pero su interés escondía segundas intenciones. Cogió mucha clientela Gunlock para tramitar sus gestiones legales, sobre todo de aquellos cuyas anteriores generaciones legaban terrenos a sus herederos. Como Ben nos ayudaba sin pedir nada a cambio, el jefe Kumar lo tuvo en alta estima. Pero murió Koda... y ahí empezó su juego de dominó. Cihuatl fue la primera pieza a mover de su croquis.

—¿Mi madre? ¿Por qué? ¿Por qué fue a por ella? —Lonan se frotaba las manos contra las rodillas. Estaba nervioso e inquieto.

—Porque Cihuatl, a falta de Koda, habría sido nombrada Jefa del Clan por el Gran Jefe de la reserva, porque nuestra sociedad no es patriarcal, y se podía nombrar a una mujer como la líder Gunlock. Y tu madre no era tonta, Lonan. No iba a vender porque sí. No le interesaba y ella creía en seguir las tradiciones y en vivir como siempre habíamos vivido. Así que cuando ella se negó, él la violó a sabiendas de que su mujer lo vería. Y todo cambió. Todo.

—Sí. Lo que cambió fue que mi abuelo no la creyó. Y que ella fue denostada. Y que Ben movió todos sus hilos para que nadie pudiera gestionar las propiedades de mi madre y le dieran de lado —explicó rabioso. Esa inquina nunca desaparecería.

—Sí. Pero tu abuelo sí se dio cuenta, Lonan. Con el tiempo, advirtió que Ben no era lo que decía ser. Y no tardó muchos años en comprobar cómo movía las cosas solo a su favor. Para que lo entendáis —se inclinó hacia adelante—: Ben gestionó la cartera de los nuestros y de media ciudad, pero éramos nosotros los que poseíamos terrenos. Así que creó su propio imperio: él mismo compraba los terrenos para edificar casinos. Tenía una empresa que escondía su nombre fiscal. Una empresa cuyos socios formaban parte de la membresía gubernamental de Carson.

—Estaban todos huntados.

—Sí... Los Casinos que creaban daban lugares de trabajo. Donde trabajábamos los mismos indios. Trabajábamos para él —rio incrédulo—. Así, con nuestro dinero y la fortuna que creó, gestionó su propia campaña política, hasta ser propuesto ahora para senador de Nevada. Y mira cómo están todos los condados de aquí a Las Vegas.

—Pero... no es ilegal montar un casino —contestó Karen ensimismada.

—Claro que no. Su monopolio de juego lo ha conseguido comprando la voluntad de los Gunlock, y comprando siempre a la baja.

—¿De qué me suena eso? —dijo Lonan.

—Ben está muy lejos de nuestro alcance ahora... Pero su hijo está siguiendo sus mismos pasos.

—¿A qué te refieres?

Garia hizo una mueca con los labios. No estaba muy seguro de seguir hablando.

—Habla, Garia. A mí no me va a sorprender lo que me cuentes. A ella sí —dijo Lonan picajoso mirando a Karen.

—¿A mí por qué? —le reprendió.

—Porque sales a cenar con él y esas cosas —señaló un tanto despectivo y dolido—. Y lo ves bueno y distinto a su padre.

Ella estuvo a punto de replicarle pero Garia la interrumpió.

—¿Eres amiga de Harvey? —Garia no lo podía creer.

—No somos amigos —contestó ella sintiéndose atacada—. Solo salimos a cenar ayer noche.

—Entonces harás bien en alejarte de él, Karen —su rostro reflejó la profunda animadversión que sentía hacia Harvey—. Si hubieras conocido a tu tío, nunca te habrías ido con ese personaje ni a la vuelta de la esquina.

Ella tragó saliva y asumió su falta de información. Se sentía torpe, y eso que no había hecho nada.

—Entiendo. ¿Me puedes explicar a qué te refieres cuando dices que el hijo de Ben sigue sus mismos pasos?

—Las últimas reuniones con Cihuatl y Henry nos confirmaron algo que no nos gustó en absoluto. Al parecer, Harvey está intentando comprar edificios, viviendas y negocios de Carson con técnicas un poco extorsivas. Y no solo de Carson... Quiere un enorme proyecto, más aperturas de casinos y grandes complejos hoteleros. Porque quiere que Carson y Tahoe rivalicen con Las Vegas. Pero eso son tonterías. Lo que quiere es llenarse los bolsillos de millones, por supuesto. Es muy codicioso. Mucho más que Ben. Y no tiene problemas en pisotear a nadie.

—¿Cómo habéis llegado a esa conclusión? —quiso saber Karen.

—Porque intentó extorsionarme a mí con la compra venta de toda la reserva. Y yo me negué rotundamente. Y porque Henry, que siempre tuvo relación con los nuestros, estaba al tanto del acoso que la gestoría B&B imponía a los dueños de los badulaques indios de Carson y a todos aquellos a los que décadas atrás su padre les colocó en viviendas y edificios de Carson a cambio de que vendieran sus terrenos. Se estaban sacando leyes de expropiación de la

manga, y no había manera de demostrar que lo que hacían era ilegal. Estaban echando a los nuestros y dejándolos sin techo ni trabajo. Antes de que Henry y Cihuatl murieran accidentalmente en aquel maldito autocar, nos habíamos reunido para presentar una demanda contra B&B por lo que consideramos es una persecución xenófoba. El lema de Harvey en su campaña es el mismo que el de su padre Ben para senador. «Haremos limpieza». Y la quieren hacer, pero a costa de echar a todo el que no sea blanco de aquí. Aunque su prioridad son los indios. De eso no hay ninguna duda.

—¿Y por qué no presentasteis la demanda a los juzgados? —le preguntó Lonan levantándose de la silla intranquilo.

—Porque creamos un colectivo para ir a Las Vegas a presentar la demanda oficial con todos los damnificados por los Bellamy, dado que el que redactó los contratos por las compras de las viviendas de los Gunlock en Carson, fue Ben, y añadió una cláusula en letra muy pequeña que decía que esos edificios en los que vivían eran considerados centros históricos de la ciudad y como tal, propiedades reales del ayuntamiento que, si los requería para reformarlos o convertirlos en futura fuente de negocio para la ciudad, nadie podría protestar por ello. Como estaba redactado en los contratos y todos firmaron, aunque nadie lo leyó, ni siquiera el notario, que pasó las cláusulas diminutas por alto, todo cumplía la legalidad.

—Qué hijo de puta —gruñó Lonan.

—Henry era nuestra voz y el que más sabía de asuntos legales. Y Cihuatl, como una de las mayores propietarias a la que nadie quiso atender, también formaba parte del colectivo. Estábamos decididos a ir en contra de los Bellamy y que la noticia saltara a los medios nacionales. Todos los que estaban en ese autocar, iban a lo mismo. ¿Comprendéis?

Karen se quedó tan pasmada que palideció. Tragó saliva y se levantó igual que Lonan.

—¿Me estás diciendo que ese autocar estaba repleto de personas que iban a poner una demanda a Ben y Harvey Bellamy?

—Sí.

—¿Y que todos murieron?

—Sí. No hubo ni un superviviente. Solo yo —admitió acongojado—. Porque esa noche tuve la fortuna de sufrir un cólico nefrítico y tuve que quedarme en la reserva guardando reposo —se humedeció los labios temblorosos—. De lo contrario, yo también estaría muerto. Y vosotros nunca os hubierais enterado de esto.

Lonan apoyó la frente en su mano. Aquello era demasiado... incluso para él.

—Lo que os quiero decir con esto es que, Ben nos utilizó y Harvey sigue sus pasos, y ya no tenemos a nadie que nos defienda y que nos ayude a deshacer los contratos firmados treinta años atrás. Yo no firmé nada. Ni Cihuatl. Ni Henry. Y fuimos objetivos de Harvey durante mucho tiempo.

—¿Objetivos? —Karen cada vez estaba más asombrada. Ya no sabía ni qué cara poner.

—Harvey no tragaba a tu tío Henry porque sabía todo lo que estaba intentando movilizar en su contra. Él siempre protestaba contra todo lo que Harvey y sus constructoras intentaban hacer al medio ambiente. Y siempre estaba en contra de las nuevas edificaciones y de los desahucios.

Karen buscó los ojos de Lonan, pero cuando los vio, habían sido arrasados por el asco y la impotencia. La miraba como si estuviera decepcionado. Ella no sabía que Harvey era así. No tenía por qué sentirse culpable. Pero así se sentía.

—Pero al lado de Henry se alinearon muchos Gunlock. Y ahora están en apuros.

—Sí, son los mismos Gunlock que dieron la espalda a mi madre. Los mismos que nos señalaban a mis hermanos y a mí y nos tiraban piedras. Los mismos que llamaban puta a mi madre.

—Entiendo que estés dolido y sientas rencor, Lonan — Gaira suavizó su tono —, y no te estoy pidiendo ayuda. Sabemos aceptar nuestros errores. Y los Gunlock saben, ahora saben, que Ben nunca fue amigo de nadie, y menos de un indio. Esta es mi manera de darte la razón y de intentar sanar la herida que la injusticia cometida contra vosotros os provocó.

—Siempre diré que a mí me importa poco lo que me hagan —espetó hablando entre dientes, mirando de frente a Gaira—. Pero nunca perdonaré lo que hicieron a mi madre. Y nunca perdonaré a Ben ni a Harvey. Para ellos solo quiero venganza.

El Jefe espiritual del clan Gunlock no podía rebatir esas palabras ni podía menguar su ira.

—Solo os he querido hablar de Cihuatl y Henry para que sepáis en lo que estábamos metidos. Y para que entendáis que la comunidad Gunlock al completo, les estaremos agradecidos por lo que intentaron hacer. Incluso tu abuelo, el Gran Jefe, reconoció en su lecho de muerte que se había equivocado mucho y que hubiera deseado poder volver al pasado para tomar otras decisiones, cuidar de su nuera y sus nietos, y no haber dado tanto poder a Ben Bellamy.

A Lonan los ojos se le llenaron de lágrimas. Y, al ver eso, esa muestra de indefensión y de vulnerabilidad, a Karen le estalló el corazón en el pecho, y sintió mucho dolor por él, y muchísimo amor. Un amor como nunca había sentido.

—No puedo seguir aquí dentro... —susurró Lonan formando puños temblorosos con las manos—. Necesito coger aire...

—Lonan —Karen dio un paso al frente, y le sujetó la mano.

Pero él la apartó furibundo.

—No, Karen —espetó enfadado. Y salió de la cabaña a toda prisa.

Karen le pidió una disculpa a Gaira con la mirada, pero el hombre pareció comprenderla a la perfección.

—Es normal que esté así. Tranquila, sé que la cosa no va conmigo.

—Ojalá pudiera decir eso también —dijo para sí misma, temiendo que Lonan volviera a estar enfadado con ella por haber querido conocer a Harvey.

—¿Sabes? Cihuatl estaba convencida de que llegaría la mujer que les convertiría en hombres inmensamente felices. Que su atrapasueños hablaba de eso. De la necesidad de romper con el pasado, con el miedo y con las pesadillas, para amar y empezar de cero —reveló Gaira levantándose de la silla para hablarle de igual a igual—. Ella creía que la maldición les haría más fuertes y que, al final, se convertiría en una bendición para encontrar el verdadero amor.

—¿Por qué me dice esto? —dijo emocionada.

—Porque tú eres esa mujer.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dice el poso de la taza, Karen.

—Eh, no, no... —repuso Karen harta de aquellas cosas—. Mire, yo no creo en eso... no me convence...

Las cejas blancas de Gaira subieron con diversión.

—No trato de convencerte. Te digo la verdad, lo creas o no. Has roto la maldición. Ya son libres... si es que quieren serlo.

—¿Usted se está quedando conmigo?

—No. El problema está en que ni Lonan ni tú sois fáciles.

—Gaira, con todos mis respetos, no creo en maldiciones ni en brujerías ni en hechizos...

—Perfecto. Porque yo tampoco creo en ellas. Soy un Gunlock y no creemos en la magia negra. Pero sí deberías creer en las fuerzas de las emociones, y no hay nada más sobrenatural que eso. Si una maldición ha provocado todo esto, si te hace daño en el centro del pecho, es que es real. Y no la puedes ignorar.

—Pero usted ha dicho que se ha roto —dijo aún sorprendida.

—No hablo de la maldición Gunlock. Esa la has convertido en agua pasada.

—¿Entonces?

El hombre de pelo blanco y sonrisa sincera parecía incrédulo ante la ignorancia de Karen.

—A veces el amor es como una maldición, jovencita. No hay hechizo más poderoso que ese.

—Me tengo que ir —dijo Karen abruptamente, intentando hacer oídos sordos a todo lo que el jefe Espiritual le decía.

—Claro, serás bienvenida siempre, Karen —la despidió Gaira dándole espacio para que asumiera todo lo que acababan de decir ahí adentro—. ¿Te puedo pedir un último favor?

—¿Qué?

—Habla con los Kumar. Tú eres una mujer y a ti te escucharán, dado que has influido en ellos. Diles que vengan a vernos más a menudo. Al fin y al cabo, parte del terreno de esta reserva es de ellos. Les pertenece. Y me agradecería que recordaran que, aunque no lo crean o aunque no la quieran, esta es su casa.

Karen escuchó las últimas palabras de Gaira y las sintió verdaderas.

Pero quería ir tras Lonan para comprobar que estaba bien. Y que entre ellos todo estaba bien y la sombra de Harvey no lo hubiera fastidiado todo otra vez.

Al abrir la puerta, la voz de Gaira la volvió a detener.

—Creo que hay una persona que puede aportar documentación sobre los negocios turbios de los Bellamy. Y era muy amigo de tu tío.

—¿Cómo? ¿Quién?

—El señor Michaelson. Trabajaba para Ben, pero hace días que no sabemos nada de él.

—¿El señor Michaelson? —las turbinas empezaban a funcionar en la cabeza de Karen—. Fue él quien me llamó para que supiera que mi tío me había dejado una herencia.

Gaira ya lo sabía. De hecho la miró como si esperase que ella se diera cuenta de todo.

—Pero al final fue Harvey quien me atendió —dijo pensativa.

—Encuentra al señor Michaelson. Él sabía muchas cosas que no compartía por miedo a que lo echaran, dado que su familia dependía íntegramente de él.

—Pero Harvey me dijo que lo habían jubilado.

Gaira hizo negaciones con la cabeza. Si él no se creía una palabra de Harvey, ella tampoco lo haría.

—Encuentra a Michaelson, Karen. Y anímale a que él declare y diga todo lo que sabe.

—Yo no sé dónde vive este señor.

—Tenían una casita a las afueras, al Norte de la ciudad de Carson. Búscales y comprueba que esté bien. No quiero que hayan más víctimas a cargo de los Bellamy.

Ella tampoco quería creer que el señor Michaelson hubiese sufrido las consecuencias de haberla ayudado y haberse puesto en contacto con ella. Y si lo hizo, lo hizo por algún motivo.

Por Dios... cuántos frentes abiertos y cuántas ganas tenía de resolverlos todos. Pero ahora tenía otra fijación entre ceja y ceja.

Lonan.

Salió de la casita librería de la reserva y corrió a través del caminito de hierba y tierra hasta alcanzar al calavera, que estaba llegando a la moto.

Lo agarró por el antebrazo para que se diera la vuelta y la mirara, pero entonces, vio que a él se le caían las lágrimas. Y eran solo dos, lágrimas de frustración y rabia. No lloraba a mares, pero lloraba. Y a ella sí que se le cayó el mundo a los pies.

—Lonan...

—No me hables ahora, Karen —le pidió dándole la espalda.

—Pero, espera... —posó una mano sobre su espalda cubierta de la cazadora de piel y lo sintió durísimo bajo sus dedos—. Habla conmigo.

—Estoy muy cabreado ahora para hablar contigo... —contestó apretándose las sienes con los dedos.

—Pero yo...

Lonan se giró hecho una furia y la señaló a la cara con un dedo.

—¡Solo espero que se te haya quitado la tontería que tienes con ese malnacido!

Ella sabía que los tiros, en parte, iban a ir por ahí. Porque no superaba que hubiera cenado con él.

—Lonan, ya te dije que fue una cena y ya está.

—Y espero que no me la juegues, Karen —le advirtió.

—No, eso sí que no —lo reprendió ella—. No me crees, ¿verdad? No me crees cuando te digo que no tengo nada con él. ¿Por qué no confías en mí?

—¡Porque tengo ojos, joder! —refunfuñó airado—. Y vi cómo te miraba. Vi lo que él quería. Y vi cómo te reías. Y vi... ¡vi que estabas con uno de los dos hombres que más odio en el mundo! ¡Y fuiste porque te apetecía! Mira todo lo que ha dicho, Gaira. Ese cabrón... ese cabrón es bien capaz de haber provocado el accidente del autocar. ¡No me digas que ahora no lo piensas!

—¡Pues claro que lo pienso! Pero...

—¡Y le odio a él! ¡Y a su padre! ¡Y a ti por...!

—¡Lonan! —Karen se alzó de puntillas, dado que sus bambas eran planas, y le sujetó el rostro con las manos. En otro momento, se habría hartado a discutir con él y seguramente habrían peleado como fieras... pero no así, no con Lonan con sus emociones por los aires y las mejillas húmedas de sus propias lágrimas. Así no era capaz de discutir. Solo quería abrazarlo y que la viera a ella, que la escuchara, que se alejara por un momento de esa bruma roja que lo poseía—. Lonan, mírame. Está bien... lo siento. Sé que no era buena idea ir a cenar con Harvey, pero me equivoqué. Yo solo quería... estaba enfadada y era mi manera de decirte que me dejaras en paz y que no me afectabas —susurró calmándolo con los pulgares sobre sus mejillas—. No me fio de Harvey. No me gusta. Y sé a lo que juega. Nunca, jamás, volveré a quedar con él a solas. No porque tú te enfades —le aclaró—. Sino porque yo no quiero y me he dado cuenta de que no es trigo limpio. Y no me gusta.

—Es que si te llega a gustar ese saco de mierda, yo...

—Lonan... —pronunció su nombre tan dulcemente que casi se le derritió en la boca—. Por favor... —y no pudo resistirse. La dejaba sin aliento, incluso así, cuando estaba medio destruido. Y entonces lo besó. Apresó sus labios con los de ella y aplastó su boca contra la suya, de una manera tierna pero intensa. Y no paró hasta que él no le devolvió el beso y se relajó contra su cuerpo. Primero rodeándole la cintura con las manos, para después abrazarla más intensamente.

El beso fue largo y conciliador. Y a Karen la dejó sin palabras. Y a Lonan sin argumentos para seguir enfadado.

Ella lo abrazó con fuerza, para sostenerlo y darle un poco de consuelo. Porque había sido mucho. Su abuelo arrepentido, su madre dispuesta a ayudar a los Gunlock, la comunidad en deuda con ella, y todos los que iban a enfrentarse a Bellamy, muertos en un trágico accidente de tráfico. Muchos pensarían que había sido una fatal casualidad. Pero ella trabajaba para el FBI y él había formado parte de los comandos contra terroristas del Gobierno. Sabían cómo actuaban las psiques con maldad.

—Tranquilízate, nene —le susurró al oído—. Vamos a tomárnoslo con calma y a pensar bien lo que tenemos que hacer.

—No sé ni cómo me siento, Karen —le reconoció abatido.

—Es normal. No hay nada de malo en reaccionar así — le acarició la nuca y besó su mejilla rasposa—. Pero no podemos perder los nervios.

Él la agarró por la parte trasera de su cazadora y la apretó contra su pecho. Lo hacía sentirse bien y un poco más seguro. Más cabal.

—Estoy seguro que fue él. Que fueron ellos, los Bellamy —susurró—. Ese accidente...

—Yo también pienso lo mismo —poco a poco Karen se apartó de él—. Pero hay que ir con pies de plomo para poder demostrarlo. Nos movemos en aguas turbulentas...

—Te dije que Carson se regía por otras leyes —le sonrió débilmente.

—Entonces tendremos que tomarnos la ley por nuestra mano, también. Tenemos secuestrado a un tío que intentó atacarme, nos hemos metido en una partida clandestina de póker, y conocemos la autopsia real del cadáver de la piscina del Origin. Todos mentimos, Lonan. Solo que aún no saben que nosotros lo hacemos para ir en busca de la verdad. Si los Bellamy están detrás del accidente del autocar, cosa que me pone los pelos de punta, lo

descubriremos. Porque en él iba también mi tío, y no pienso dejar las cosas así, pero necesitamos pruebas. Y también descubriremos por qué Joe dejó el cadáver de Sandra ahí.

—Los quiero matar —admitió visceral—. No les quiero dar ninguna oportunidad.

—No vamos a matar a nadie —advirtió—. Ahora tranquilo, y preparémonos para hacerle la visita sorpresa a Joe.

—Sí... está bien —sorbió por la nariz—. Y Karen.

—¿Qué? —fue a coger el casco de la moto y no le dio tiempo.

Lonan le volvió a dar un beso en la boca, tan dulce y tan de azúcar, que se posicionaría pronto entre sus favoritos. Cuando abrió los ojos, Lonan la miraba con tanta intensidad que le costaba aguantar el tipo.

—¿Me dejas conducir a mí? —pidió contrito.

—¿Por qué?

—Porque es demasiado —señaló—. Que me veas soltando lagrimitas y después vaya de paquete en tu moto... Ten un poco de piedad.

Ella se echó a reír y le concedió ese deseo.

—Bueno, vale —aceptó el trato—. Pero solo por hoy. Ya sabes que en mi Ducati mando yo.

—Tú mandas en muchas más cosas de las que te imaginas —sujetó su casco y se lo puso.

En ese momento, el teléfono de Lonan sonó. Lo sacó de su bolsillo trasero del tejanos y miró quién llamaba.

Era Dasan.

Se subió a la moto y atendió la llamada poniendo el manos libres y acercándose a la boca.

—¿Qué pasa?

—Lonan, tío, ¿dónde estáis?

—En Battle Mountain. Ya nos vamos.

—Ah... ¿qué mierda haces ahí?

—Ya te contaré.

—Bueno, escucha, tengo dos cosas que decirte. La primera: ha venido Harvey saco de mierda Bellamy a hacernos una visita. Quería averiguar quiénes éramos y qué estábamos haciendo. Y, agárrate.

—¿Qué?

—Quería saber si podía negociar con nosotros para comprar el local. Que llevaba tiempo tras él pero que no sabía con quien tenía que hablar para proceder a su venta. Resulta que también está interesado en el hotelito.

Karen lo miró con asombro.

—Qué sinvergüenza —musitó—. No está perdiendo el tiempo.

—¿Os ha reconocido? —preguntó Lonan.

—No. No tiene ni idea de quiénes somos.

—Bien. Ya queda poco para que le explote todo en los morros a los Bellamy.

—Y otra cosa, Lonan.

—¿Qué más ha pasado?

—Lo acaban de sacar por las noticias. Han encontrado el cuerpo de Silvia Green. La compañera de Sandra Myers.

—No me jodas —murmuró.

—Sí.

—¿Han dicho algo más? ¿Cómo ha muerto?

—No. Lo están investigando. Pero creen que se ha suicidado. Había perdido mucho dinero, dicen, en un casino de Las Vegas.

—Suicidado. Ya... seguro —auguró Karen con desanimo—. Cómo apesta todo.

—Está bien. Esta tarde vamos a ver a Lombardo. Creo que tú y Koda deberíais quedaros en el Reino. No me gusta el cariz que está cogiendo todo y creo que debemos vigilar nuestras instalaciones. Bellamy se las sabe todas.

—A mí tampoco. Empiezo a oler a quemado y aún no sé de dónde viene el fuego.

—Sí, creo que todos pensamos igual.

—Pero no me gusta la idea de que vayáis solos.

—Vamos a estar bien. No vamos a jugar ni nada por el estilo. Sencillamente, vamos a hacerles unas cuantas preguntas a Joe. No le haré nada.

—No lo digo por ti —le aclaró con humor—. Lo digo por la mujer que tienes al lado. Mira lo que le ha hecho al ruso. Vigílala y que Joe no le toque mucho las narices o se le puede ir la mano con él.

Lonan sonrió y miró a Karen de reojo.

—Bueno, si está justificado, se lo permitiremos.

Ella puso los ojos en blanco y se colocó el casco en la cabeza.

—Te llamo luego.

—Venga, tío. Mantennos informados. Adiós.

—Adiós —cuando colgó el teléfono y se lo guardó en la chaqueta, le dijo a Karen mirándola por encima del hombro—. Agárrate, guapa. Que ahora conduzco yo.

Y Karen estaría encantada. Porque era la primera vez en toda su vida que iba de paquete. Pero rodear a ese hombre tan especial, valía la pena cualquier sacrificio.



CAPÍTULO 9

Aquel día iba a ser agotador.

La información, las emociones, los trayectos... Y tenían que estar a tiempo en El Cazador de Glenbrook para sorprender a Joe Lombardo.

Si desde Carson a Battle Mountain habían tres horas y media.

Con la Ducati y con la manera de conducir de Lonan, desde Battle Mountain a Glenbrook hubo un trayecto de tres horas, cuando lo normal cubría las cuatro.

A Lonan siempre le habían gustado las motos. Pero hacía años que no conducía una. Sin embargo, eran de esas cosas que nunca se olvidaban.

Y él no lo iba a olvidar. Porque notaba las manos de Karen acariciarle el abdomen distraídamente, o posándose sobre sus muslos y dirigiendo la punta de sus dedos a sus ingles... Y lo tenía malo.

Además, lo hacía de un modo que parecía que le salía sin querer.

Pero él sabía que no era así. Que todo en ella tenía intención.

Cuando llegaron a Glenbrook ella se quedó maravillada de lo bonito que era. Aunque allí, en Tahoe y en esa zona de Nevada, cualquier paisaje era idílico con el lago de fondo y sus aguas turquesas y transparentes.

Las casas eran hermosas, mezclaban la madera y la piedra y eran muy grandes, de varias plantas. Y casi todas miraban hacia la orilla del lago. A ella le extrañaba mucho que Joe quedara con Dolph en un lugar idílico y de montaña como aquel. Es más, ni se imaginaba que pudiera haber un club de *striptease* llamado El Cazador en aquella comunidad.

Pero sí. Lo había. Estaba escondido en un lateral de la carretera, tenía su propio parquin y era un lugar de paso obligado para todos los coches que rodeaban Tahoe. Lo habían camuflado tras la fachada de un edificio que bien podía parecer, por el exterior, una casa de diseño. Tenía una sola planta, pero muy amplia. Los techos eran altísimos y estaba acristalados, para que los clientes pudieran ver el cielo. En el parquin, los coches aparcados eran de alta gama, y el jardín que cercaba el edificio estaba perfectamente cuidado y pulcro. No era un antro desagradable de ver, eso sí le había quedado claro.

—Necesito comer algo —dijo Karen bajándose de la moto—. Vaya... este club de *striptease* no tiene tetas ni mujeres desnudas en luminosos que se vean desde París.

—No. Este es un lugar bastante residencial. De retiro. No tiene que ver con las zonas de casinos y juegos que hay en otras orillas. Pero esta carretera es la más transitada porque rodea todo el lago. Los conductores pasan por aquí forzosamente. Necesitan algo discreto y que no sea desagradable para la comunidad.

—¿Qué hacemos? ¿Entramos?

Lonan miró su reloj y acto seguido comprobó las instalaciones del club.

—Si lo queremos interrogar, tendremos que hacerlo discretamente. Queda media hora para las cinco. Entramos, comemos algo y vemos cómo lo hacemos en cuanto le avistemos.

—Me parece bien —contestó ella—. Por cierto, Lonan.

—Dime —con los cascos en la mano se dirigieron al interior del local.

—Eres un buen jinete.

—Muchas gracias.

—Ah... y otra cosa. Garia me dijo cuando me iba que el señor Michaelson, el gestor personal de mi tío Henry, estaba al tanto de todo lo que estaba

pasando con los Gunlock y la reserva. Fue él quien me llamó para anunciarme lo de la herencia. Cuando llegué a Carson pensaba que él me atendería, pero en su lugar me atendió Harvey, y me dijo textualmente que «el bueno de Michaelson se había jubilado recientemente».

—¿Y te lo crees después de todo?

—Por supuesto que no. Pero estoy hasta preocupada por él. No sé si Harvey llegaría tan lejos para extorsionarlo y para adelantarle una jubilación, pero, sea lo que sea lo que haya pasado, no me gusta. Además, me mintió en mi cara —repuso.

—¿En qué sentido?

—Me dijo que él apreciaba mucho a mi tío. Y resultó ser mentira. Resultó que mi tío era un grano en el culo para sus intereses.

—Los Bellamy y sus manipulaciones... ¿Tienes su teléfono?

—¿De quién?

—De Michaelson.

—Sí. De cuando me llamó para darme la noticia. Aunque no le llamé después de que Harvey me lo solucionara todo.

—Bien —meditó Lonan muy seriamente—. Primero Joe —sentenció—. Y cuando acabemos con Joe, iremos a por el señor Michaelson ¿de acuerdo?

—Sí. Gracias por acompañarme —Karen estaba. De verdad agradecida por su ayuda. Con él y los Calavera al lado, todo era un poco más sencillo. Un poco turbio e intenso, también, pero a ella le facilitaban las investigaciones no oficiales, porque a su lado necesitaba a personas sin muchos escrúpulos ni miramientos para llevarlas a cabo. Y los Kumar no los tenían.

—No me des las gracias. Harvey ha ido hoy al Reino para intentar comprarlo y marcar terreno, y ayer me presenté ante él y le robé a su chica y le

arrebaté su hotel.

—Bueno, tú no le robaste a nadie. Me compraste el hotel por seis millones. Cuatro millones y medio más de lo que él me ofrecía —le guiñó un ojo pizpireta.

A Lonan le gustó aquella respuesta.

—En el fondo fue un gustazo.

—Pues a mí me dejaste blanca.

—Valió la pena por verle la cara a ese estirado engañabobos. Ahora somos también sus enemigos. Lo que tenemos que descubrir es cómo de profundas son sus artimañas para conseguir lo que quiere y lo que de verdad es capaz de hacer por obtener sus beneficios —Lonan abrió la puerta y la sostuvo como un caballero para que entrara Karen—. Adelante, *mademoiselle*. Las damas primero.

Lo que comprobaron nada más entrar era que ese lugar tenía una insonorización espectacular al exterior, porque la música vibraba a muchos decibelios y desde afuera no se oía nada.

Luces de muchos colores alumbraban a un lado y al otro, a las mujeres que, en la barra americana y con una técnica envidiable, bailaban y hacían sus ejercicios en braguitas, con sus melenas al viento, disfrutando de sus movimientos que exigían muchísimo trabajo previo y mucho sacrificio. En especial, una oriental, que tenía a su mesa embobada. La joven, con una cola alta negra y ojos muy maquillados, la miró con sus pestañas postizas y le sonrió.

Karen siempre envidió la agilidad y la fuerza necesarias para practicar aquel tipo de deporte. Porque para ella era un deporte. Aunque en esos clubs lo realizaran medio desnudas para disfrute de los hombres y mujeres a quienes les gustaba ir a mirar. Aquel ambiente no era nuevo para ella. De hecho, la oscuridad y el vicio, le recordaba a Japón, a su misión de las esclavas y la

trata con el clan de Dai. Y pensar en ello, empezó a ponerla nerviosa. Y más después de que la joven bailarina le sonriera. Y no podía caer en ese lugar.

Así que se centró en las personas que había allí.

Algunos más sátiros. Otros menos.

Algunos más *voyeurs*.

Otros más salidos.

Pero todos dejaban dinero.

Y solo unos pocos, una minoría, estaban ahí, en silencio, negociando y cerrando tratos con clientes exclusivos a los que querían mimar, por una de esas reglas machistas en las que mezclar mujeres y dinero les ponía cachondos, pero no más que cerrar tratos millonarios.

Esa era el tipo de clientela que había en El Cazador.

—Mesa dieciséis —le recordó Karen a Lonan.

—Sí. Vayamos hacia allí y nos sentamos en alguna de alrededor para tener controlado a Joe.

Lonan posó su mano en la parte baja de su espalda y los guió hasta una mesa en la que encontrarían a Joe, cuando entrara, con solo mirar al lado izquierdo.

Nada más sentarse, una chica con orejas de conejita, también con ojos rasgados, pero esta era americana, les preguntó qué querían tomar.

Al ver que Karen no contestaba, Lonan fue el que encargó la bebida.

—Dos ginebras con limón, gracias —pidió Lonan.

Allí, en ese tipo de lugares, Karen había visto de todo. Cómo los hombres pagaban por las mujeres americanas. Cómo pujaban por ellas. Y también por las japonesas. Tratándolas como si fueran un trozo de carne. Todo tipo de

personajes de mafias, clanes, Yakuza y, por supuesto, invitados siempre de países extranjeros a los que les encantaba la perversión y el vicio. Hombres que hacían negocio cometiendo ilegalidades y pasándose la justicia y la moral por donde les daba la gana.

Y ellas sufrían. Siempre sufrían las mujeres. Con ellas se jugaba, eran apostadas como fichas de póker y quienes vencían en la partida, tenían el derecho de hacer con ellas lo que les viniera en gana. Si se las querían follarse, se las follaban. Si las querían para explotarlas con la prostitución, así lo hacían. Si las compraban para ahogar sus deseos fetichistas o sus ansias de castigo para con alguien, las compraban, las encerraban y les hacían de todo hasta que estuvieran rotas. Y pensar que ella huyó de eso y que su trabajo de infiltración tuvo éxito porque Dai, el jefe de la Yama japonesa, se obsesionó con ella y la quería solo para él...

—Karen... ¿qué te pasa?

Ella miró a Lonan desencajada y pálida. Mierda. Era ese lugar. Ese lugar activaba sus recuerdos y hacía que su amígdala se desbordara creyendo que estaba en Japón de nuevo. Le removía todo, le reabría las heridas y la angustia que durante meses tuvo que soportar. Incluso olía igual. A poder, a vergüenza, a sudor y a sexo podrido detrás de las cremalleras de todos esos pantalones.

—¿Qué es, nena...? —acunó su rostro mirándola con preocupación—. Joder, ¿es un ataque de pánico?

—Mierda —susurró ella intentando mantener el control. Tomó aire por la nariz y expulsó por la boca. Le empezaba a entrar ese frío en el pecho que la hacía creer que se quedaría sin aire—. Así no puedo estar aquí, Lonan...

—Eh, Karen —el Delta sabía muy bien cómo actuar en estos casos. Se trataba de actuar, de cortar esa lluvia de angustia que solo caía sobre ella y que nadie más veía. Karen tenía un nubarrón tormentoso sobre la cabeza, y él lo espantaría para que, momentáneamente, volviera a salir el sol—. Tienes que ayudarme con Joe, ¿recuerdas?

—No me acuerdo ni de respirar...

—Sí te acuerdas.

Ella cerró los ojos con fuerza, a punto de llorar. Malditos traumas que marcaban a una cuando menos se lo esperaba.

—Tengo que salir...

—No.

—Entonces, haz algo para que deje de pensar y me centre en otra cosa o...

A los dos segundos, había sentado a Karen a horcajadas encima de él, sobre su pelvis, y la obligó a besarlo con toda la necesidad que él sentía, y con la que ella reclamaba para que la alejasen de sus pesadillas. A nadie le llamaría la atención ver a una pareja dándose el lote en un lugar así.

Lonan introdujo la lengua en su boca y cuando tocó la de Karen sintió como un calambre en todo el cuerpo y en su entrepierna. Siempre sería así.

Y fue instantáneo. Inmediato. La boca de Lonan la sacó de Japón y de los clubs a los que Dai la solía llevar; la ayudó a escapar del olor a sexo no consentido y de las drogas excitadoras. Su boca y sus manos, que amasaban sus nalgas y la animaban a moverse contra él, como si estuvieran practicando un coito que no tenía lugar la despertaron y, esa conexión, ese acto, apagó el interruptor de las extorsiones y las intimidaciones y encendió el suyo, el de querer apoyarse en alguien para que la ayudara, el de querer y anhelar una conexión más profunda con otra persona. Y ese vínculo, aunque lo temía, se había creado con él. Solo con él. Era un vínculo real que nunca creyó que existiera. Era la maldición de la que le había hablado Gaira.

El amor podía serlo. Podía ser el mayor de los hechizos. Y todo eso lo saboreaba en él. Lo notaba en sus besos, en su manera de hablarle, de tocarla, de entenderla y de saber lo que tenía que hacer en cada momento.

El mayor de los Calavera era un salvavidas. No solo para su situación y todo el conflicto que tenía abierto en Nevada, sino también para su situación emocional, porque él la estaba salvando del agujero oscuro en el que estaba.

La estaba apartando de las tinieblas del dolor y el miedo que le provocó Dai; de la vergüenza y la humillación que inspiró Rob en ella. Y la estaba enseñando a quererse otra vez, como mujer y como persona.

—¿Qué ha sido? ¿Qué ha detonado esto? —preguntó Lonan moviendo sus caderas contra ella, excitándola para retirarla del pánico y del miedo que la había hecho palidecer—. ¿Quieres hablarme?

—No, por favor —le pidió colgándose de su cuello—. Ahora no... Sigue haciéndome cosas —le rogó.

Y Lonan obedeció la orden sin rechistar. Porque no quería ver a Karen indefensa y vulnerable. No la quería ver como una niña asustada, cuando había demostrado que era una gladiadora y que ni las brujas ni los magos podían con ella. Pero él quería conocer cuál era ese lugar oscuro al que Karen viajaba de vez en cuando en sus pesadillas, en sus sueños y en sus recuerdos, hasta el punto de provocarle un ataque de pánico que creía que estaba deteniendo con éxito.

Sus labios húmedos y sus ojos dilatados lo marcaban, besándolo, mirándolo a sus profundidades verdes como si nunca quisiera salir de ellos.

Y aunque Lonan la mecía muy suavemente contra él y podía notar lo duro y erecto que estaba, eran esos besos. Eran sus besos los que mejor la hacían sentir. Eran mágicos. Sedantes y rebosantes de luz. Y le encantaba cómo sabían. A Lonan. A hierbabuena por esos *Halls* negros tan bestias que solía comer. Y a hombre. Así era como quería que supiera su hombre.

Pensar así, como una mujer posesiva, la dejó tan sorprendida y descolocada que se vio como otra mujer. Como otra Karen. Había cambiado desde que estaba en Nevada.

Y él tenía la culpa. Y lo más triste era que no sentía como ella. Pero Karen no quería dejar pasar la oportunidad de experimentar la maravillosa experiencia de desear y anhelar con tanta demanda como la que sentía hacia él. Aunque al final acabara devastada porque los sentimientos no eran recíprocos. Porque a los Calavera les gustaban otras cosas. Y ella no podía cumplir sus

requisitos. Pero al menos, mientras Lonan quisiera y le dejara, viviría aquello a sabiendas de que solo acariciaba un sueño con los dedos, y de que nunca podría mantenerlo.

¿Por qué? Porque estaba enamorada. Como nunca.

—Karen... espera —le pidió él susurrando contra sus labios—. ¿Cómo te sientes?

—Bien —contestó cogiendo aire sin dejar de besarlo.

—Cuéntame qué es... cuéntame qué tuviste que hacer... qué te pasó...

Ella sacudió la cabeza.

—No. Calla. Sigue besándome.

—No —negó él deteniendo el bamboleo de su culo con las manos—. Quiero que me cuentes.

No. Eso no era justo. Porque él no le contó lo suyo con René. Ni le había hablado sobre la verdadera maldición. Ni que tenían una amante que se llamaba Jessica. Tal vez no se debían nada, pero no fue sincero. En lo único que fue sincero fue en admitir abiertamente que quería compartir a la misma mujer con sus hermanos. Pero eso no se lo tiraría en cara.

—¿Qué quieres que te cuente, Lonan? —dijo sin mucha paciencia—. ¿Quieres que me abra? ¿Por qué? No es necesario que te hable de mis miserias ni de lo mal que lo he pasado infiltrada.

—Quiero que me lo cuentes, porque quiero saber a quién tengo que matar.

Aquella respuesta no se la esperaba. Y seguramente él tampoco.

—Lonan —ella le sujetó la barbilla con ternura y acercó su boca a la suya—. No puedes hablarme así. No es justo.

—Hablo como me da la gana.

¿No se daba cuenta de que así la confundía?

—Por Dios —medio gruñó antes de besarlo—. Aclárate —pellizcó su labio inferior con los dientes y lo soltó.

Y entonces, por el rabillo del ojo, Lonan alertó un movimiento en la mesa dieciséis. Era Joe. Joe Lombardo se acababa de sentar, trajeado, con un brillante que relucía en la oreja y estirándose los puños de su camisa blanca. La misma camarera que les había atendido, se acercó a él y le pidió un whisky con hielo.

—¿Es él? ¿Está ahí? —preguntó Karen besándolo distraídamente.

—Sí —contestó Lonan.

—Bien. Me bajo de encima tuyo y nos levantamos para sentarnos con él.

—Bien —le dio una palmada en el culo—. Vamos. Dicho y hecho.

A Joe, esa visita inesperada, le tomó por sorpresa. Karen se sentó delante de él, y Lonan se ubicó a su lado.

—¿Quiénes...? —antes de formular la pregunta completa, él los reconoció—. Un momento. ¿Vosotros sois...? ¿Qué demonios hacéis aquí?

Karen sacó su pistola rápidamente, sin levantar suspicacias, y apuntó con el cañón por debajo de la mesa, dirección a la entrepierna de Joe.

—Hola, Joe.

—¿Qué es esto...? —perdido, miró a uno y a otro sin comprender nada.

—Esto es muy sencillo —le dijo Lonan con las manos encima de la mesa para que nadie sospechara—. Resulta que esta mujer tiene una nueve milímetros apuntándote directamente a los huevos.

—¿Cómo dices?

—No. Te. Muevas —le advirtió Karen—. Y no grites. Vamos a ser discretos y rápidos. Si te portas bien y eres un buen chico, no te volaré los testículos —adoraba cuando podía hablarle a los hombres de esa calaña de igual a igual. Temían más a una mujer con un arma que a un hombre—. Pero tienes que portarte bien y decirnos toda la verdad.

—No sé de qué estás hablando.

—Ah, pero yo sí... A lo mejor te refresca la memoria que dejaste una muerta en la piscina del hotel Origin.

En cuanto escuchó aquello, el rostro de Joe, acostumbrado a agrandar y a atraer gente para sus propósitos, se tornó marmóreo. Helado.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Aquí las preguntas las hacemos nosotros —le advirtió Lonan—. Aquí, guapa —Lonan advirtió a la camarera que traía las bebidas para esa zona de mesas.

Sorprendida se dirigió hacia ellos. La chica sonrió a Karen y le dijo:

—Estás bien acompañada. Habéis cambiado de mesa.

—Sí. Es un amigo —respondió Karen con naturalidad.

La joven dejó las copas sobre la mesa y Lonan le guiñó un ojo, solo para que se fijara en él y no en nada extraño en esa reunión.

Y le hizo efecto.

—Tengo vídeos de cómo dejaste a Sandra Myers en el fondo de la piscina. De cómo la lanzaste. Tenía un sello en el dedo, un trébol de cuatro hojas. Es un símbolo que se marca en la piel de los jugadores de póker que son invitados en partidas al todo o nada.

—¿Sois de la pasma? No me jodas —se sujetó la cabeza con la mano. En su expresión reflejó que su vida y su futuro se habían finiquitado—. No,

hombre...

—Sí. Quiero que me digas qué es lo que está pasando. Que me cuentes qué le pasó a Sandra y que me expliques qué tiene que ver ella en esas partidas, y cómo funcionan. Ah, y de paso, quiero que sepas que Dolph Verenco, tu amiguito ruso que se llevó la pasta, está en nuestras manos. Que intentó violarme en mi propia casa y que ya nos ha dicho que hacéis trampas para llenaros los bolsillos.

—Como yo lo veo —continuó Lonan—. Tienes dos opciones: o nos cuentas todo lo que está pasando y negociamos tu libertad. O, salimos de aquí y con toda la información que tenemos, soltamos la bomba y todos irán detrás tuyo por chivato.

—No... un momento, por favor —se humedeció los labios reseco y bebió un sorbo del whisky. Uno largo—. Dolph es un maníaco sexual con impulsos homicidas. Y un ladrón. No sabía que iba a hacer eso. Hoy teníamos que reunirnos para que hiciéramos las reparticiones del botín de la partida de Hermes. En ningún momento supe que se había fijado en ti. Lo siento mucho —parecía sincero en sus disculpas—. Yo no tengo nada que ver con eso.

—Me da igual. El dinero lo tenemos nosotros. Y a tu amigo. Y sus declaraciones. Y el vídeo donde sales tú lanzando un cadáver al agua. Así que empieza.

—No sé por dónde quieres que empiece... no sé ni qué decirte...

—Pues por el principio —Lonan sonrió afablemente. Pero en realidad quería decir «habla o te arranco los dientes».

—¿Por qué sales en el vídeo del Origin? ¿Mataste tú a Sandra?

—¿Qué?! No, no —lloriqueó—. No soy un asesino. Solo... solo soy un moroso. Un moroso que debe dinero y favores a gente muy poderosa por culpa de las partidas de Hermes.

—¿No la mataste tú?

—No. Está bien... dejadme que os lo cuente de una manera que lo podáis entender. Pero... pero no me dispaes por favor —rogó con lágrimas en los ojos.

Lonan rodó los ojos y Karen tuvo un poco más de empatía.

—Mira, estás en un lío enorme, porque te hemos pillado. ¿Qué prefieres? ¿Que te maten esos a quien dices deber favores y dinero? ¿O colaborar con nosotros a cambio de seguir vivo, pero cumplir condena en la cárcel, reducida, eso sí, si colaboras?

—Prefiero seguir vivo —contestó limpiándose las lágrimas con la manga de su americana negra.

—Bien. No tenemos todo el día. Un momento —Karen se recolocó bien la gargantilla y la encendió para que grabara todo—. Empieza.

—A mí me llama un señor que se encarga de cobrar todo lo que se acumula en las partidas de Hermes originales.

—¿Cómo originales?

—La partida en la que estuvisteis vosotros, solo es una representación ficticia de la original. Ideé ese negocio para poder ganar dinero por mi lado e ir pagándoles las deudas a los demás. Yo sé dónde se celebran esas partidas, las auténticas, porque me encargo de la mesa. Y en ellas hay un Hermes que nada tiene que ver con la chica que había en la pantalla que visteis. Los jugadores son hombres y mujeres de altísimas esferas. Y en ellas sí se apuestan vidas y cosas inimaginables. Incluso territorios.

—¿Ese Hermes era una chica? ¿Una mujer? —dijo Karen sorprendida.

—Sí... Ella trabaja para mí. Monté un equipo con *escorts*, mujeres guapas que querían dinero fácil, antiguos porteros de discoteca para que hicieran de guardaespaldas y alquilé las habitaciones más caras del Hard Rock para simular poder. Al ser el jefe de eventos del The Joint, para mí era muy fácil encontrar clientela loca que quisiera gastarse un dineral en Las Vegas. Así que,

para pagar a mis acreedores creé unas partidas paralelas al Hermes original. Unas partidas con el mismo *modus operandi* que las del auténtico Reino de Hermes.

—La del trébol de cuatro hojas, supongo —dedujo Karen—. El sello que tenía Sandra Myers en el dedo.

—Sí. Ese mismo.

—De acuerdo. ¿Qué le pasó a Sandra Myers?

—Eso no lo sé. De verdad que no lo sé. Te he dicho que a mí me llama un señor, el líder de esas partidas originales y me dice que, como le debo favores y dinero, que puedo saldarle la deuda llevando un muerto y dejándolo en un hotel de Carson City. El Origin.

—Sí. ¿Quién es ese señor?

—Solo lo conozco por el nombre de pila. Pero le llaman el Barquero. Él suele estar en los juegos. Lo hacen sentarse en un trono, viéndolo todo en directo, de primera mano. Y Hermes, Hermes suele estar en una sala colindante, dando órdenes a los jugadores.

—¿El Barquero?

—Sí. No sé nada más de él. Todo el mundo dice que es muy poderoso. Pero el más peligroso de todos es Hermes. Es como una especie de adivino...

—¿Adivino? ¿De qué hablas? ¿Ya estamos otra vez con juegucitos de magia?

—No es un juego —dijo Joe convencido—. Es de verdad. El que hace de Hermes debe leer en las personas. Debe saber todo sobre ellas. Es él quien elige quién se sienta en la mesa. Es él quien decide el destino. Es como una maldita reunión del G8. Todos llenos de dinero, disfrutando de todo lo que pase en esa mesa y de todo lo que tengan que pagar después. Hay gente

enmascarada alrededor, con caretas dantescas, que son solo observadores y que suelen... suelen...

—¿Suelen qué? —le apremió Karen.

—Suelen masturbarse cuando empiezan los castigos por perder. Castigos donde hay lágrimas, sangre y semen.

—Es una locura... —espetó Karen.

—No lo es. Esto va más allá de lo que puedas creer —le dijo Joe—. No sabéis dónde os estáis metiendo.

—Vale —asumió Lonan—. Centrémonos. Hermes sabe todo sobre las personas que juegan con él.

—Sí.

—¿Cómo funcionan esas partidas?

—Como soy el que se encarga, me avisan un día antes de adonde me tengo que dirigir para prepararles todo. El lugar donde se va a celebrar, las mesas, el catering, las fichas... Yo solo veo. No hablo. No escucho. Solo obedezco.

—Como un esclavo —murmuró Karen con desagrado—. Debes deberles mucho dinero. Debes estar muy extorsionado.

—No te diré que no, por eso tengo que ganarme la vida como pueda. Como digo... en esas partidas se baraja una cantidad de dinero insultante. Se arreglan deudas. Se pagan afrentas.

—¿Y dices que no sabes quién mató a Sandra?

—No lo sé. Pero como un acto de buena voluntad y para que veáis que quiero colaborar con vosotros, os diré que Sandra iba acompañada de otra chica, y que a ella también la mataron.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque ayer tuve que obedecer de nuevo al Barquero y preparar una escena del crimen donde representaba que la chica se había suicidado en un hotel de Las Vegas.

Lonan y Karen se miraron con evidencia y dijeron a la vez:

—Silvia Green.

—¿Sabes por qué las mataron?

—No lo sé. Solo sé que nada sucede sin el beneplácito del Barquero ni de Hermes. Y que nadie investiga esas muertes a fondo. Nada de lo que tenga que ver con el Barquero es investigado.

—¿Hermes y el Barquero trabajan juntos?

—Como Hitler trabajaba rodeado de magos que le adivinaran el futuro — contestó Joe.

Karen sacudió la cabeza desconcertada.

—De verdad, esto se me escapa de las manos...

—Joe —Lonan lo obligó a mirarlo—. ¿Sabes dónde va a ser la siguiente reunión? ¿Dónde será la siguiente partida de Hermes?

Joe se mordió las uñas. Estaba muy nervioso.

—Sí.

—Pues tienes que decírnoslo.

—Solo sé que tendrá lugar en un club especial. Esta vez no quieren hoteles ni nada parecido. Quieren un ambiente preparado para sus juegucitos. Son unos perversos. Las partidas de Hermes de verdad nada tienen que ver con lo que vivisteis en el Hard Rock. Eso solo era un patio de guardería. Ahí se puede ver de todo. Cualquier cosa.

—No me asusta el *hardcore* ni la maldad. Ya he visto mucho de eso — reconoció Karen con rabia—. Así que dime, Lombardo: ¿Dónde se celebra la siguiente partida?

—¿Me garantizáis que, si os lo digo, me protegeréis para que no acaben conmigo?

—Te podemos garantizar protección. Pero no libertad — le aclaró Karen—. Has ayudado a encubrir muchas cosas. Y organizas timbas ilegales con las que te lucras. No vas a salirte de rositas. Pero si colaboras, se puede reducir la condena.

Joe se frotó la cara con las manos. Se encontraba en una diatriba muy delicada. Pero estaba harto de deberles nada.

—Bien. Se celebra en Lake Forest Beach. En Tahoe.

—¿En el lago?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Este sábado. A las ocho.

—Pero eso es mañana mismo —dijo Karen inquieta.

—Sí. Así es. Ellos ponen la fecha y el lugar.

—¿Dónde va a ser?

—En un club llamado «El Amo».

—¿El Amo?

—Sí.

—¿Qué es? ¿Un club de dominación?

—No. No exactamente. Es un local habilitado para... para torturas. Para castigos. Solo sadomasoquismo.

—¿Y conoces a los miembros del denominado G8 que van a participar?

—No lo sé. Solo me los encuentro allí y todos van enmascarados. No sé nada de ellos.

—¿Y El Amo está abierto al público?

—Sí. Pero esa noche estará cerrada para ellos. Exclusividad para la partida.

—¿Y tú te quedabas para ver cómo tenían que pagar los perdedores? —quiso saber Karen—. ¿Tenías estómago?

—No. Yo nunca me he quedado. No sé qué pasa, porque durante el juego me echan. Pero me he quedado a escuchar. Y sí he oído gritos. Muchos. Porque en esa partida no solo hay jugadores y observadores que se tocan ante lo que ven. También hay público.

—¿Público? ¿Qué tipo de público? —aquello chirriaba mucho a Karen.

—No sé quiénes son. Solo sé que los traen. Llevan una especie de saco en la cabeza y no se les ve el rostro. Me los dejan preparados para que yo les sienta alrededor de la mesa, pero por fuera, para que rodeen a los jugadores.

—Pero... ¿qué es lo que pasa ahí exactamente? —Karen frunció el ceño.

—Yo no lo sé. Solo regreso mucho más tarde, cuando hace horas que todo ha acabado. Y me encargo que el equipo de limpieza haga su trabajo. No sé mucho más. Pero alguna vez me he quedado a escuchar... Y es como si encerraran a cien personas en una habitación con un grupo de vampiros. La gente grita asustada —explicó con la mirada perdida—. Como si se los estuvieran comiendo.



CAPÍTULO 10

Lake Forest Beach.

El Amo.

Hermes.

El Barquero.

Demasiados conceptos se aglutinaban en la cabeza de los dos, mientras volvían con la moto a la Villa de los Kumar.

Y una fecha. Un día. Una hora.

El sábado a las ocho.

Habían quedado con Joe que ellos esperarían en el club, se colarían antes para que él les metiera después en la partida, como parte de ese público misterioso que miraba a los jugadores. Y no irían solos. Tendrían refuerzos. Pero antes Karen debía hablar con su comisario sobre lo que estaba pasando y también con algunos de sus amigos, para ver si les podían echar una mano de algún modo. Aunque meterlos en algo así la hacía sentir culpable.

Por su parte, Lonan no estaba nada convencido de hacer partícipe a Karen en aquella emboscada. Pero se aseguraría de que los tres la protegieran bien. No la dejarían sola ni a sol ni a sombra.

Lo que más les urgía, y lo que les daría todas las respuestas que les faltaba era descubrir la identidad del Barquero. Él era la clave.

Hermes también era interesante, pues Joe aseguraba que sabía todo de todos, los puntos débiles, los defectos... pero era el Barquero quien lo organizaba. Y fue él quien dio la orden de llevar el cuerpo de Sandra al hotel Origin. ¿Por qué?

Y ahora, en silencio, con Joe controlado y bajo vigilancia, y a punto de hacer una redada el sábado, Karen se sentía en la obligación de dar cuenta al FBI, pero no a cualquiera, y menos de Nevada, sino a alguien de confianza. Tendría que mover a sus contactos con rapidez.

Cuando Lonan llegó a la Villa, bajó de la moto y esperó a que Karen hiciera lo mismo.

Ambos se quitaron los cascos y se miraron a los ojos.

—Ha sido un día muy movidito —le dijo Lonan.

—Sí.

—Pero, tal vez, tengas ganas de contarme lo de tu ataque de pánico... Quiero conocer tu historia. Tú sabes cosas de mí. Y yo sé muy poco de ti. Podemos cenar. Y lo que surja —se encogió de hombros.

—¿Tú y yo? ¿Solos? —se quería cerciorar de que no lo entendía mal.

—Tú y yo.

—Cenar.

—Sí. Pero con postre —se la comió con los ojos. No quería pensar demasiado en por qué su deseo hacia Karen era diferente de cualquier otro que hubiera sentido. Pero así era.

—¿Y qué ha pasado con tu necesidad? ¿Qué ha pasado con tus gustos? ¿Qué hacemos con tus hermanos?

—¿Ves que por ahora te haya pedido que nos acostemos los cuatro? ¿Lo he dicho en algún momento? —contestó algo ofendido—. Una maldición es algo que te maldice y te obliga a hacer cosas. Pero no quiere decir que no te apetezcan otras.

Ella quería creerle con todas sus fuerzas. Nada le gustaría más que pensar que Lonan la quería a ella sola. A nadie más. Sin amantes de por medio ni

exparejas salidas. Ni hermanos.

—Pasa la noche aquí. Conmigo. Solo porque te apetece. No te exijas nada más —le recomendó Lonan—. Yo no voy a exigirte nada. Solo que nos hagamos compañía. Porque me gusta estar contigo... y esto es muy raro... y solo quiero averiguar de qué se trata.

Ella lo miró enternecida. Parecía tan perdido y al mismo tiempo tan sincero, que empezó a creer que Lonan no tenía ni idea de lo que era el amor. Y que lo temía, porque lo desconocía por completo. Pero para ser franca, ella también sentía miedo.

—De acuerdo —contestó. Porque lo estaba deseando. Deseaba ese interés en Lonan. Y deseaba que él diera algún paso con decisión—. Por ahora te acepto la cena. Lo de quedarme a dormir, ya lo veré. Además, tengo que hablar con mi jefe del FBI y hablarle de todo lo que está pasando. Hay mucho que contarle y creo que para mañana por la noche, necesitaremos su colaboración. Por eso, no creo que me quede a dormir...

—Pero cenarás.

—Sí.

—Genial —Lonan sonrió abiertamente.

Y ella pensó que no había nadie más hermoso en el mundo. Y que ni él era consciente de su belleza.

—¿Tienes hambre? —le dijo metiendo la llave en la puerta de su casa—. No hemos comido nada en todo el día.

—Lo de Joe me ha cerrado el estómago, aunque ahora empiezan a rugirme las tripas.

—No sé si hay algo, si no, podemos pedir un *delivery*— contestó abriendo la puerta de par en par.

Cuando los dos entraron en el *hall* y llegaron al salón, Karen se quedó de piedra al ver a la intimidante mujer que había sentada en los taburetes de la cocina americana, entre Koda y Dasan, coqueteando con ellos mientras bebía una copa de champán. Llevaba un diminuto vestido rojo y unos zapatos de tacón muy altos de color negro. Su melena rubia y lisa estaba suelta por completo y le llegaba por los hombros. Poseía un rostro dulce y armónico. Cualquiera diría que era una monada de mujer, si no fuera porque su halo intimidante decía todo lo contrario.

Cara de ángel. Alma de diablo.

¿De dónde había salido? ¿Por qué estaba ahí?

—¿Jessica?

Cuando Lonan pronunció aquel nombre y se fue corriendo a abrazarla y a saludarla, dejándola de lado, Karen se sintió muy fuera de lugar.

Fuera de lugar porque, ante ella, tenía a la mujer a la que ellos acudían. A la que admiraban. A la que habían elegido y deseaban.

Una Dómina que se dejaba dominar por ellos tres. Que sujetaba una copa de bourbon entre las manos y permitía que Lonan la abrazara como si fuera su gatita, devolviéndole una sonrisa perfecta y una mirada cómplice que salía de unos ojos marrones claros maquillados con purpurina.

Y lo peor era que Karen la conocía. Porque sabía quiénes eran los más versados en dominación y tuvo que aprenderse sus nombres. Dios... le sentaba fatal que esa chica jugara con Lonan.

Nada tenía en contra de esa mujer. Excepto que si estaba ahí, el rol que ellos adoptaban con ella estaba claro. Y eso quería decir que Lonan podría querer aquello a lo que estaba acostumbrado. Que tal vez lo estaba esperando y lo tendría con solo un pestañeo. Con lo que Karen asumía que no quería volver a pasar por eso.

No compartía las preferencias de los Calavera, y no deseaba sufrir más.

Si se quedaba, los celos por Lonan la matarían.

—¿Y esta sorpresa? —preguntó Lonan encantado de verla.

—Me han llamado tus hermanos.

—¿La habéis llamado? —cercioró extrañado.

Karen lanzó una mirada asesina a Koda y Dasan y pareció que ellos la mirasen expectantes y divertidos, como si esperasen una reacción por su parte o una guerra antológica.

—Es por lo que hablamos —comentó Dasan sonriendo a Karen sutilmente—. Tenemos casi todas las salas listas. Pero debemos probarlas para asegurarnos de que todo está bien.

A la agente se le giró el estómago. ¿Cómo probarlas?

—El potro, la cruz, las sillas, los aros, las celdas, los arneses... —mencionó Koda—. ¿Qué mejor que una Dómina para que les dé el visto bueno?

—Estaba deseando veros —Jessica, ajena a lo que quería estar ajena, porque de hecho era muy inteligente, acarició las mejillas rasposas a Lonan—. Estás distinto... —frunció el ceño—. ¿Qué os ha pasado desde que os dejé en California, nenes? —les preguntó a todos para después mirar solo a Lonan—. Tienes hasta ojeras... No han sido ni diez días.

—Tenemos algunos conflictos en activo —contestó Lonan—. Y los vamos solucionando sobre la marcha... Pero me alegra que hayas hecho un hueco en tu agenda y estés aquí. Queremos inaugurar el Reino la semana que viene.

—Lo sé. Por eso he venido —miró a Karen con interés—. Bueno, ¿y me vais a decir quién es la pantera o lo tengo que adivinar? Qué maleducados sois...

Karen alzó una ceja altiva. ¿Pantera? ¿Ella?

—Karen, acércate. Te quiero presentar a Jessica. Es conocida en el mundo de la dominación por...

—Dómina Trix. Te conozco —educadamente, se acercó a ella y ambas se dieron la mano.

A Jessica aquello la dejó entusiasmada. Sus ojos marrones claros destellaron con asombro y agrado.

—¿Me conoces? ¿Eres bedesemera?

—No —contestó honestamente—. No me disgusta el BDSM —aclaró— y he jugado alguna vez. Pero no es mi estilo de vida.

—¿Y entonces por qué me conoces?

—Porque tuve que estudiar mucho sobre tu mundo para mi trabajo.

—¿Para tu trabajo? ¿Hiciste alguna tesis universitaria, bombón?

—No. Karen tuvo que prepararse para una misión en el mundo de la dominación —explicó Lonan deseando ver la reacción de la Dómina. Además, a Karen no le gustaban los apelativos cariñosos en forma de coletilla y Jessica estaba a punto de llevarse un corte—. En las Islas Vírgenes... Es agente del FBI.

—Lonan —lo marcó Karen.

—Tranquila. Jessica es de confianza. No le incumbe y no dirá nada.

Pero a Karen no le gustaba que airearan su trabajo así como así. Le importaba bien poco que Jessica fuera su súper amiga y súper amante. Pero no tenía por qué hablarle de ella ni darle esa información.

—Oh, las Islas Vírgenes... lo que pasó ahí fue terrible — dijo la Dómina afligida.

—Mis amigos detuvieron la noche de Walpurgis que esa secta de locos quería celebrar —le informó Karen con orgullo—. Pudo haber sido todo mucho peor.

—No lo dudo. Aquello estigmatizó nuestro mundo. Mi amiga Sharon estuvo ahí —señaló.

—La Reina de las Arañas.

Jessica se cruzó de brazos complacida.

—Pues sí que aprendiste mucho. Eres muy buena estudiante. ¿Llegaste a practicar de verdad? —preguntó con interés.

—Sí —contestó.

—¿Y no te enganchaste? —elevó su ceja rubia—. Cuando lo prueban con la persona adecuada, todos se enganchan.

—Me gustó. Por supuesto. Y me mostró cosas de mí que no sabía —explicó—. Pero no me gustan las parafilias ni el sado y no necesito muchos objetos de castigo... Conmigo y unas esposas me sobro y me basto.

—Vaya. No eres Dómina pero eres dominante. No eres Ama pero te gusta controlar —su mirada se tornó respetuosa—. Una Alfa sin parafernalia... ¿Te gustan los castigos?

—Si no me dan una razón de peso para ello y, si no me apetece, no. Los *spankings* son divertidos, pero me gusta el poder del hombre. Si tengo que castigar, prefiero una batalla de cuerpo a cuerpo.

—¿Has jugado con mujeres?

—En un par de ocasiones.

—¿Y?

—Me gustó también. Pero prefiero a los hombres.

—Qué pena —Jessica abrió la boca complacida—. Debes de ser un espectáculo en la intimidad. Toda una gladiadora.

Karen no contestó a eso, solo calló y otorgó. Pero a Lonan los ojos verdes se le oscurecieron al embeberse de ella. Porque ambos se habían acostado pero él no le permitió que ella se saliese con la suya, y ella tampoco puso mucha resistencia. Señal de que confiaba en él mucho más de lo que se merecía.

—Yo instruyo para ser Dómina. Para ser de las mejores —le explicó Jessica—. Si quieres, un día puedo enseñarte —se ofreció con un tono dulce y conciliador.

—Gracias, Jessica. Pero no. Me gusta el BDSM y lo que aprendí sobre la dominación y la sumisión. Pero no tengo la paciencia que hay que tener para alargar los castigos. Quiero lo mío inmediatamente —reconoció con valentía.

—Me gusta —dibujó una sonrisa de reconocimiento en sus labios.

Los tres hermanos no se sorprendieron por ello.

—Ven con nosotros al Reino de la Noche. Ahora —le pidió Jessica dejando la copa de Bourbon sobre la mesa del salón—. Podríamos pasárnoslo muy bien. Los cinco. El sexo es liberador cuando no prohíbes nada y lo practicas con consenso —le guiñó un ojo. Y alargó el brazo para acariciar la barbilla de Lonan que no le quitaba los ojos de encima a Karen.

Y Karen no soportaba que la mirase así y no le dijera nada. Porque esos ojos hablaban, pero ella no oía ni una palabra. No obstante, no era adivina, así que nunca sabría lo que pensaba Lonan de ella. Lo que quería en realidad de ella.

—Míralo —Jessica torció la cabeza de Lonan para mostrarle su rostro a Karen—. Míralo bien, chica. Este hombre con esta cara puede hacerte sentir muy muy bien... ¿lo sabías? ¿Sabes en qué es experto?

—Me lo puedo imaginar —musitó ella con la boca seca. No se le olvidaba. Jessica no tenía ni idea de que ellos habían compartido más que palabras y miraditas.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Y no lo quieres probar? Eres Preciosa, Karen —reconoció—. Acompáñanos al Reino y juguemos con ellos en todas sus salas. Les gustas mucho a los tres —señaló—. A los tres Calavera —lo pronunció como si fuera un regalo divino—. No hace falta decírtelo, ¿no? Les complace tu presencia y contigo se sienten ellos mismos. ¿Te das cuenta?

Karen los miró uno a uno, con el corazón encogido, y al final centró sus ojos en Lonan.

—Nos caemos bien. ¿No, Lonan?

—Sí —afirmó violento.

—Eres una mujer inteligente y sabes cuándo gustas y cuándo no. Y a mí también me gustas —insistió Jessica — Karen alzó el mentón con algo de acedía—. Además, no soy una mujer celosa. Y los puedo compartir contigo. Será una noche que nunca olvidarás —la provocó a conciencia.

Jessica era atractiva y tenía ese punto intimidante y magnético que despertaba admiración en quienes la veían. Tenía los labios gruesos y los ojos un poco achinados. Y hablaba de ellos tres como si fueran suyos. Pero en ese pack había algo que Karen quería. Y odiaba que se lo apropiasen. No. Lo que odiaba era que se lo quitasen en su cara y que él, su objeto de deseo, quien le tenía el corazón estrujado en un puño, no dijera que no.

Habría aceptado. Habría ido al Reino a pasar una noche loca con esa Dómina y esos tres hombres tan guapos y habría vivido la experiencia, como vivió muchas otras. Si no tuviera emociones y solo quisiera follar.

Pero no podía. No podía porque no quería compartir a Lonan. Y dado que nunca había montado una escena de celos y ellos dos solo se habían acostado la noche anterior, no podía reclamarle nada y no tendría las narices de hacerlo, porque no quería parecer la ridícula mujer enamorada y posesiva que era. Ella nunca perdió los papeles así y empezaba a sentir que el control se le escapaba de la punta de los dedos.

Simplemente, daría un paso atrás y se retiraría, antes que volver a pasar por lo que pasó la noche del The Joint.

Sencillamente, no se veía capaz.

Ella no compartía al hombre de quien estaba enamorada. Punto y final.

—Me siento muy halagada, Dómina. Pero declino la oferta—carraspeó, porque empezaba a dolerle la garganta por aguantar la decepción y el llanto.

—Oh... —espetó controlando a Lonan por el rabillo del ojo con disimulo—. No tienes que temer al deseo de tres hombres versados como ellos. Ni el de una mujer como yo. No te haremos daño. Bueno... solo un poquito —sonrió divertida—. Pero después —cerró los ojos y permitió que Koda la rodeara con los brazos para que le besara el cuello—. Jamás en tu vida disfrutarás tanto.

Lonan apretaba la mandíbula, incómodo con la situación, y estudiaba todos los gestos de Karen. Pero si en algún rincón de su mente, él esperaba que ella aceptase, iba muy equivocado.

—¿Te vas a ir, Karen? —preguntó Lonan al leer su rostro.

—¿Tú qué crees? —impugnó con mal humor—. No me voy a quedar —contestó forzando una sonrisa. Le hizo ver con su actitud que si se quedaba con la Dómina no iba a abrirle la puerta nunca más—. Disculpadme, pero estoy cansada. Y prefiero daros la intimidad que necesitáis —esas palabras le cortaron hasta la lengua.

Lonan no dijo nada más. Ella esperaba que la detuviera. Pero eso nunca pasó. El mayor de los Kumar se quedó en la Villa, con sus hermanos y su amante, porque siempre había hecho lo mismo, esa era su manera de follar, sin emociones, sin nada, y lo prefería a arriesgarse por alguien especial. Alguien que podría cambiar su mundo.

Y sin embargo, Lonan no quería cambiar nada. Se lo acababa de demostrar.

Fue entonces cuando supo que debía modificar su manera de pensar y de esperar cosas. Que debía dejar de sentir lo que sentía porque una historia con él era imposible.

Estaba tan harta de sentirse así. Tan enfadada consigo misma por exponerse tanto ante un hombre así, que en vez de llorar, como en otras ocasiones, solo sintió un arrebato de cólera que le duró su trayecto en moto hasta Tahoe. Y que ni siquiera en la mansa paz de su nueva casa, desaparecía.

Qué horrible era no ser suficiente.

El Reino de la Noche

No era que no quisiera estar ahí.

No era que no sintiera el Reino como su parque de atracciones particular. Ese era su sueño. Su venganza personal. El infierno que quería imponer en Carson por todo lo que les habían hecho pasar.

Aquello era algo que tenían que hacer, que debían probar. Las instalaciones eran nuevas. Las salas estaban perfectamente ambientadas. Algunas estilo mazmorras, otras inspiradas en otros ambientes más aventureros, por si las paredes cementadas les agobiaban. Aquello sería el paraíso del sexo y la dominación. Donde estarían los mejores para ofrecer las más increíbles experiencias.

Jessica estaba en la cruz de San Andrés, desnuda por completo. Dasan y Koda no habían tardado en ponerse manos a la obra con ella. Ya habían compartido besos calientes, y se habían sobado lo suficiente como para encenderse y empezar a jugar. Pero él, en cambio, se mantenía quieto, como un

eunuco. Mirándola, apreciando lo bonita que era, pero siendo incapaz de dar un paso hacia ella.

Jessica tiraba de las cadenas De la Cruz de San Andrés para comprobar si los tobillos y las muñecas estaban bien sujetos y el cuero de las muñequeras y las tobilleras no le irritaba la piel. Lo probaría todo con ellos, por tal de que ofrecieran lo mejor. Porque Jessica era una obsesa de la seguridad, y siempre se cercioraba de que las herramientas de un bedesemero, sus juguetitos, fueran perfectos. Porque odiaba hacer daño sin querer. Eso era una torpeza.

—Lonan, guapo —le dijo Jessica mirándolo intensamente, atada de pies y manos a la cruz—. ¿Cuándo piensas acercarte y darme tu atención?

Él, a dos metros de la cruz, era el único que aún permanecía vestido de pies a cabeza. Sus hermanos estaban en calzoncillos, acariciando el cuerpo de la Dómina, divertidos y emocionados por tenerla.

La Dómina tenía tanto poder que, incluso estando atada, seguía siendo poderosa. Su esencia era autoritaria y recia. Unos grilletes de cuero no le iban a quitar nada de aquello. Ella dejó caer la cabeza a un lado y esperó una respuesta.

—¿Qué te pasa? Estás... distinto. Algo ha cambiado en ti.

Koda, que pasaba las manos por el pecho de Jessica, besó el hombro de la mujer y tentó a su hermano para que se acercara.

—¿Vienes o no?

—Eso, Lonan —Jessica movió las caderas y sonrió—. ¿Vienes?

Lonan se quedó mirando el tatuaje de la Dómina, grabado en el centro de su vientre, tres dedos por debajo de su ombligo. Era el bombín de una cerradura. Como si alguien tuviera que meter una llave imaginaria para abrir a Jessica.

A él siempre le encantó Jessica. Era amiga. Amante. Y su cuerpo y su presencia siempre lo hicieron sentir a gusto. Pero todo había cambiado.

—Oh, joder... —dijo ella estupefacta—. Te pasa algo de verdad. ¿Qué es?

—Venga, hermanito —Dasan pellizcó un pezón de Jessica—. Con ella tenemos lo que queremos. Con ella no hay riesgo de nada.

—Es la pantera. La alfa. Te gusta... —arqueó sus cejas rubias y esperó la confirmación en la respuesta silenciosa de sus hermanos.

—No le gusta —lo provocó Koda—. Si le gustara no estaría aquí, pensando si mojar el churro o no. ¿Verdad, Lonan? Estás deseando meterte en Jessica —mordió el lateral del cuello de la joven Ama—. Karen no es para ti. Lo sabes. Quítatelo de la cabeza. Ella... será de otro y podrá disfrutar con otro y hacerle todas las cosas que seguro sabe hacer.

—Cállate, Koda.

El pequeño se echó a reír y le dirigió una mirada desdeñosa.

—Ha roto la maldición —dijo en voz baja— y tú sigues aquí. Habéis pasado la noche juntos, la fuiste a buscar a La Dama y te mostraste ante Bellamy por ella. ¿Y al día siguiente qué haces? te quedas con tus Calaveras para estar con Jessica.

¿Era decepción lo que había en las profundidades amarillas de Koda?

Los orificios de la nariz de Lonan se dilataron. Sus rostro entre sombras, con la poca luz de la mazmorra, parecía tallado en piedra. Solo sus ojos verdes daban la nota de color entre tanta oscuridad.

—Es una pena, porque si yo hubiera sido el elegido, no me sacaban de dentro de ella en toda la noche —espetó Dasan acariciando a Jessica entre las piernas—. Pero me quedo con mi Dómina —besó la punta de la nariz de ella con suavidad—. Ella me da lo que necesito.

—Estás enamorado de Karen —comprendió Jessica inmune a las caricias de los hermanos—. ¿Es eso lo que te pasa? ¿Por eso estás tan perdido?

—Yo no estoy perdido —respondió Lonan.

—Claro, y yo no estoy esposada a una Cruz de San Andrés. ¿A quién quieres tomarle el pelo? —preguntó desdeñosa—. En todo este tiempo que nos acostamos, nunca me has mirado a mí como la miras a ella. Dasan y Koda la miran como alguien a quien aprecian, pero tú... —negó maravillada, como si no se lo pudiera creer—. Tú, que siempre fuiste el más rígido y el más duro de todos, parecías un perro pidiendo mimos. ¿Y qué haces aquí, si se puede saber? ¿Por qué nos has acompañado y has dejado que ella se fuera?

¿Por qué? Lonan no estaba seguro de responderle.

Tal vez porque necesitaba comprobar que sus sensaciones ya no eran las mismas ante la posibilidad de hacer un cuarteto con Jessica. Antes siempre lo agradecía y lo esperaba, pero en ese momento, ya no sentía nada al ver a la increíble belleza rubia y dominante desnuda ante él.

Era Karen. Karen lo había convertido en un eunuco. Que él mirase a Jessica y no se empalmara, quería decir que la agente lo había jodido bien.

Ya nada podría ser como antes. ¿En qué lo convertía todo aquello?

Él era un Calavera. Un dominante experto en *gang bangs* con sus hermanos.

—Da miedo, ¿verdad? —le preguntó Jessica de manera confidente—. Da miedo perder tu control. Asusta quedarte descubierto y que te vean, ¿verdad, Calavera? Da tanto miedo que a veces prefieres mantenerte oculto debajo del caparazón porque temes que te lastimen si no tienes la armadura.

Lonan oyó esas palabras en boca de la Dómina y se sintió tan reflejado que fue como una bofetada.

Porque era verdad. Su falta de coraje lo humilló.

—Está bien sentir miedo, Lonan —le dijo una magnánima Jessica, más comprensiva y más asertiva que nunca—. Todos estamos aterrados en el fondo. En un rincón que no enseñamos y al que no permitimos que nadie se

asome —y lo decía ella, una mujer atada y reducida frente a tres tíos que la doblaban en tamaño.

Jessica era valiente. Increíblemente valiente.

—Pero tienes que saber qué hacer con el miedo, antes de que te coma y te haga vivir una vida que no es la tuya. O te enfrentas a él y caminas a pesar de él. O dejas que te abrace y te encierre. Tú decides. Y decídelo ahora, porque esto es una mazmorra —Jessica oteó la sala divertida—. Si te quedas, ya sabes lo que significa.

—Joder —murmuró Lonan mirando la puerta gris y enrejada de salida.

—Y Karen no te va a esperar esta vez —le aseguró Koda esperando la reacción de su hermano mayor—. Te ha llegado el momento. Asúmelo, y llévalo de la mejor manera. Ninguno de los Calavera está preparado para eso, para el amor. Pero Karen ha sido una bendición. Y las bendiciones no se alejan.

—¿A quién le vas a dar la llave de tu mazmorra, Lonan? —preguntó Jessica metafóricamente—. ¿La dejas aquí para siempre o de lo contrario se la vas a entregar a ella?

Lonan no sabía cómo ir a por Karen. En ese momento se sentía sobrepasado y también enfadado. Ella le había removido su mundo. Lo había desubicado. Ya no podría encajar en él nunca más.

Pero si no lo probaba, si no lo intentaba, no sabría si el mundo de Karen era el que lo haría sentir en casa. Y se lo iba a exigir. Él dejaría atrás su miedo, sus supersticiones y sus maldiciones, por ella: pero ella tendría que hacerse cargo de sus represalias. Porque Lonan no sabía cómo cargar con todo ese torrente emocional que lo dejaba sin aire.

—¿Qué harás? —lo instó Dasan—. Dímelo, porque si no vas tú, voy yo. Y te aseguro que daré lo mejor de mí para consolarla.

Aquello a Lonan le gustó muy poco. Pero no era tonto. Conocía las artimañas de su hermano mediano para sacarlo de sus casillas y hacerlo reaccionar.

—Que te follen, Dasan. Me largo.

Acto seguido, salió corriendo de las mazmorras del Reino para pedirle explicaciones a Karen. Porque después de haberse acostado la noche anterior sobre el capó del Hummer, ya no podía sentirse bien ni feliz si ella no estaba con él. Tenía tanta necesidad de estar con ella que sería capaz de tirar la puerta abajo de su casa y secuestrarla.

Cuando Lonan salió de allí, Dasan y Koda se miraban complacidos y satisfechos con el trabajo bien hecho. Era lo que querían. Que Lonan reaccionara.

—Mi hermano tiene razón —susurró Dasan acariciando a Jessica entre las piernas—. Lo mejor será que me calle y me follen.

Jessica dejó atrás la seriedad y sus palabras certeras, para reaccionar a sus estímulos y sonreír abiertamente a Dasan.

—Cállate y concéntrate —le ordenó.

Koda se rio y Dasan contestó.

—Sí, Mistress.



CAPÍTULO 11

Como agente del FBI a la que le gustaba abordar misiones distintas y desarrollar investigaciones, aquel viaje a Nevada era de lo más productivo e interesante. Secretos, asesinatos, dinero negro de por medio, ilegalidades, drogas... Era oscuro y emocionante y no veía muy bien lo que escondía esa punta del iceberg que ya habían tocado.

Como persona, ese viaje, ese tiempo de descanso, le había hecho ganar una fortuna en una abrir y cerrar de ojos, una propiedad en un lugar idílico como el Tahoe, y un tío que, aunque ya fallecido, le había demostrado que se preocupó de ella, que estaba orgulloso, y que pensó en ella hasta su último día de vida. Y eso era algo positivo, algo que había ganado en Carson.

Pero como mujer que había salido de dos relaciones en un corto plazo de tiempo, una real y otra falsa, pero las dos tóxicas, haber conocido a Lonan y a los Calavera, era lo peor que le había pasado. Porque su incapacidad para que la quisieran era alarmante.

Rob se aprovechó, la puso en peligro, la humilló y finalmente no la eligió.

Dai se obsesionó y veía algo en ella que no existía. El resultado de todo aquel ciclo destructivo fue que él ya estaba bajo tierra. Y gracias a Dios, porque era un individuo muy peligroso.

Pero con Lonan... le había hecho falta conocerle para entender que nada de lo que había sentido antes había sido ni la mitad de poderoso de lo que sentía por él. Y sin embargo, no iba a pelear, no iba a luchar por hacerle cambiar de opinión y que la eligiera. Si le gustaba, si la deseaba, si se había enamorado tan explosivamente como le había pasado a ella, era bien fácil. Tenía que jugar a la K de Karen. Y en vez de eso, cuando tuvo la oportunidad de plantarse ante sus hermanos y superar ese miedo ridículo a su maldición, no movió un dedo por ella y se quedó con Jessica.

Maldito fuera, cuánto había dolido aquello. Ella nunca creyó en ese tipo de amor y de dependencia. No sabía que existía. Pero ojalá nunca lo hubiera experimentado, porque dolía no poder tenerlo. Dolía físicamente, incluso en el centro del pecho.

Había pedido Sushi y algo de postre y de desayuno para el día siguiente, porque aún no había ido a comprar para llenar la nevera, pero tenía el estómago cerrado, y no dejaba de dar vueltas por el salón de un lado al otro, martirizándose con la imagen de la espléndida Dómina Trix, con Lonan. Porque en su imaginación no salían ni Koda ni Dasan. Solo salía él, el Calavera mayor, el jugador perdido, el Delta traicionado y el hombre supersticioso del que se había enamorado de una manera irracional y poco coherente.

Sobre la cómoda blanca del comedor había una foto de su tío Henry. Karen la tomó y la observó atentamente. ¿Qué habría pensado él sobre el amor? ¿Se había enamorado alguna vez? ¿De verdad tenía que doler tanto no ser correspondida? ¿Y qué podía hacer para sanar esa herida?

¡Por Dios! Él sí la había hechizado. ¡Eso se lo pensaba echar en cara! Porque no era normal aquella emoción tan potente. Seguro que los Kumar habían hecho algo con ella... Sorbió por la nariz y se secó las lágrimas furiosa por verse tan débil.

Eso también se lo echaría en cara. ¡No podía aparecer en su vida así y dejarla tocada y hundida! ¡¿Quién demonios se había creído?!

Ojalá Harvey Bellamy no hubiera resultado ser quien era. Ojalá no fuese el mentiroso ambicioso que parecía ser; ni el hijo de Ben Bellamy. Ni el enemigo acérrimo de Lonan. Ni el azote de los Gunlock.

Porque si Harvey no tuviera todas esas etiquetas, a Karen no le hubiera importado llamarle en esos momentos para que la hiciera sentir mejor. Para que le diera calor. Para sacarse esa rabia que sentía. Porque cualquier cosa era mejor que el despecho.

En ese aspecto no iba a mirar los sentimientos. Harvey era atractivo, y seguro que se querría acostar con ella... eso le bastaba. Pero ni siquiera podía echar mano de esa baza, porque era incluso amoral acostarse con alguien que sabías que no es buena persona del todo. Ella no quería llegar a ese extremo de réplica, porque aunque un clavo quitaba otro clavo, como vulgarmente decían, no todo valía. Y al día siguiente no se iba a sentir la mujer más honesta de todas.

Como no podía dejar de pensar en Lonan y en lo que fuera que estuvieran haciendo esos cuatro en el Reino, Karen subió al dormitorio, que ya había hecho suyo, abrió el armario de puertas de paneles diminutos blancos y sacó una bolsa de deporte negra. Ahí estaban sus armas, su placa y sus esposas. Su Glock, su Beretta y su HK.

Siempre que algo la contrariaba mucho, hacía terapia desmontándolas, limpiándolas y volviéndolas a montar, lo más rápido que podía. Bajó la bolsa al comedor, y allí, en el sofá, se puso a hacer esos ejercicios manuales y mentales que la ayudaban a alejar los pensamientos lacerantes. Como si fuera un robot, mientras las lágrimas imparable caían tristemente por su barbilla y mojaban sus armas y sus manos.

Qué patética era.

Lonan y ella conectaban. Conectaban tanto que durante los días que pasaban juntos, se hablaban incluso en los silencios, y entendían a la perfección lo que se querían decir.

Pero él había ignorado todo eso. Después de haberse dejado llevar la noche anterior, sobre su coche, bajo la luz de la luna y las estrellas, y de haberla entendido como nadie cuando estuvo a punto de entrarle un ataque de pánico en El Cazador, no dudó ni un segundo en irse con Jessica. Y eso que habían planeado cenar juntos.

—¡Deja ya de pensar en él! —se gritó a sí misma.

Estaba tan desesperada que pensó en llamar a Nick y hablarle sobre lo mal que lo estaba pasando emocionalmente. Pero aquel no era su estilo, así que

desistió y se tragó la pena y la agonía como sabía.

Llorando a moco tendido, hasta que el timbre de la puerta sonó una vez.

Agarró la glock y se levantó de un salto, como si la hubieran empujado. Iba vestida con una sudadera del FBI de Quantico. Una que le iba grande. La del equipo de Hockey de Nueva York se estaba lavando así que había optado por esa.

Descalza, sin calcetines porque la casa tenía calefacción incluso en el suelo y hacía una temperatura maravillosa, y arma en mano, miró primero por la mirilla poniéndose de puntillas, dado que no quería más sorpresas como las de Dolph.

Y se quedó sin palabras al ver quien era.

Pero la llama rabiosa que ardía en su interior, se prendió con muchísima más fuerza. Así que abrió, sin soltar el arma pero manteniendo un perfil bajo, para encararse a la única persona en el mundo que podía destruirla.

Y ya era la segunda vez que lo intentaba.

Si tenía que asustar a Lonan apuntándole para que la dejara en paz y dejara de confundirla, lo haría.

Pero en cuanto abrió la puerta y se lo encontró de frente, con las manos apoyadas en el marco de la entrada y el rostro hermoso cabizbajo y tan atractivo que la dejaba ebria al verle, supo que apuntarle no sería suficiente. Para que ese tipo se fuera de ahí y se alejara de su vida, tenía que dispararle.

Porque ella tenía que sobrevivir a sus heridas y no podía dejar que él siguiera cortándola de aquella manera. La estaba desangrando.

Él alzó los ojos y sus intensos iris verdes le dijeron mil cosas y le hablaron de mil tormentos. Todos relacionados con ella.

Pero Karen no quería saber nada de él, si venía a verla oliendo a otra mujer.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó despectivamente.

—No hacerte ningún favor —reconoció con voz ronca y arrepentida.

—¿Eh? —no estaba para tonterías—. Esto es como un *déjà vu*... vete.

—No, Karen... escucha —detuvo la puerta con la mano antes de que se la cerrara en las narices—. No es bueno para ti que yo esté obsesionado contigo —reconoció como si le advirtiera—. Y no es bueno que no haya tenido una relación con ninguna mujer porque te aseguro que no sé cómo me puedo comportar con ella. Porque no sé cómo soy con alguien que me importa y me gusta de verdad. Porque soy excesivamente protector con los míos y yo...

—Mira, Lonan —Karen hizo algo impensable. Levantó el arma y lo apuntó—. Si te crees que puedes marearme, tocarme y meterte dentro de mí como hiciste ayer noche y, al día siguiente, a la primera oportunidad que tienes de practicar el sexo que te gusta, cojas y te vayas con la primera Dómina o mujer que se te cruce, entonces es que tienes razón: no eres bueno para mí. Porque no lo voy a permitir. Dices que tienes una maldición. Pues ¿adivina qué? Contigo he aprendido que yo también estoy maldita —su voz se rompía a tragos—. No puedo querer a alguien y que esa persona me quiera de la misma manera. Es mi puta mala suerte. Elijo mal.

Las lágrimas que Karen no se esforzaba en ocultar fueron como puñales para Lonan. Y lo hirieron de muerte, y de vergüenza, por ser él el estúpido bruto que le había hecho daño.

—Así que no vamos a hablar de esto más. Vete —le repitió.

Karen intentó cerrar la puerta con más fuerza, pero el pie de Lonan se lo impidió. Y entró en el *hall* de la casa, en la entrada, como un toro.

—Pues no me pienso ir. Esta vez no —le aseguró cerniéndose sobre ella.

—Tengo un arma encima —continuó apuntándolo y posó el cañón sobre el pecho de Lonan.

—¿Te crees que me das miedo con eso, Karen? —presionó el pecho contra la pistola—. Nada me da miedo, excepto lo que me haces sentir. Contra eso no sé qué hacer... porque no sabía que era capaz de ilusionarme con alguien como me ilusionas tú. Y estoy muy jodido, y no sé cómo sobrellevarlo... así que ahora no te quejes si soy intenso o no. Porque si me quieres, aquí me tienes, pero asume las consecuencias.

Karen agarró a Lonan por la pechera de la camiseta y con la fuerza suficiente que tenía, lo empujó hasta empotrarlo contra la pared blanca. Echaba chispas por los ojos.

—¿Cómo tienes tanta cara de venir aquí y decirme esto cuando te has vuelto a follar a otra mujer con tus hermanitos? A mí no me vas a tocar ahora.

Lonan se quedó callado. Y la miró entre sus espesas pestañas, orgulloso de haberse ido del Reino sin tocar a Jessica.

—No me he acostado con Jessica. Ni siquiera la he besado. No he podido.

—¿Y te tengo que creer? —deseaba tanto que eso fuera cierto. Porque si era verdad, esa noche podría volver a acostarse con él y marcarlo como quería. Podría besarle porque sus labios no habían sido de otra. Porque su piel no había sido tocada por otra.

—Me tienes que creer —le ordenó él—. Porque por tu culpa estoy echado a perder. Todavía tengo el tacto de tu lengua en la mía, y estoy semiduro desde ayer noche. No quiero estar con Jessica. Quiero estar contigo... y vengo a pedirte responsabilidades.

La enmudeció. La dejó sin palabras. Y se enfadó al pensar que él pudiera decirle esas cosas para que después todo fuera mentira. Pero al mismo tiempo, deseaba creerlo con todas sus fuerzas porque era en lo único en lo que pensaba. En él. Y en cómo sentía hacia él.

—Ahora mismo, no sabes cómo te odio... —se le rompió la voz definitivamente pero agarró a Lonan por la cabeza y estampó sus labios contra

los de él. Estaba tan enrabiada por haberle dado tanto poder a Lonan, que ahora quería quitárselo.

—¿Quieres hacerme daño? —la tanteó entre beso y beso.

—Sí, maldito.

—Entonces, nena, fóllame con rabia —Lonan metió las manos por debajo de la larga sudadera del FBI y la cogió por el trasero para levantarla y apretarla contra él. No pudo evitar gemir al sentir las prietas nalgas de la agente contra sus manos. Momento en que Karen cortó el beso que le estaba dando y se bajó de él de un salto.

Mirándolo fijamente, dejó el arma lentamente en el suelo y se alejó de él, caminando de espaldas, hasta llegar al salón. Lonan la persiguió deseoso de volverla a tener entre los brazos, mirándola como un cazador.

—Ven aquí —le ordenó.

Karen sonrió sardónicamente y contestó:

—No. Ven tú —lo retó sentándose en el sofá. Retiró las esposas y la Beretta que había estado montando y desmontando metódicamente y se estiró, abriéndose de piernas ligeramente, mostrando sus braguitas fucsias.

A Lonan le ardieron las venas, y cuando llegó al sofá, Karen se colocó de rodillas y le atrajo por la cintura, subiéndole la camiseta con manos apremiantes. Hasta conseguir sacársela por la cabeza.

Su boca resiguió exigentemente su duro y marcado pectoral y su cuello, y justo cuando Lonan intentó sacarle la suya para dejarla desnuda, Karen hizo algo inconcebible. Una maniobra que un tío especializado como él habría detenido en otro momento de no haber estado con la guardia baja.

Había sido tan rápida que no la vio venir. La agente, de alguna manera, logró inmovilizarlo, esposando sus muñecas a su espalda.

Él miró hacia atrás antes de oír el click de los cierres metálicos.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Karen lo tomó de la barbilla, satisfecha y con una sensación de victoria que solo acababa de empezar para ella. Se puso de pie sobre el sofá, para sacarle un palmo de altura, y le contestó con ojos dominantes y aún enfadados.

—Lo que te dije que pasaría si nos volvíamos a acostar —arañó suavemente su nuca con las uñas hasta ponerle la piel de gallina—. Voy a mandar yo. Porque por mucho que seas tú quien viene a buscarme ahora, yo tengo que decidir si estás a mi altura. Puede que una mujer sea mucho para ti —le dio un beso castigador en los labios y buscó algo que poder usar para sus juegos, en aquel salón. De hecho, no tenía ni ganas de jugar. Solo quería torturarlo. Él decía que no sabía lidiar con aquellas emociones. Ella tampoco. Y tenía una mezcla de sensaciones contradictorias que iban desde el extremo de pegarle, hasta el de hacerle el amor.

No le pegaría. Pero tampoco le haría el amor. Le iba a demostrar quién era ella y qué hacía con los hombres que de verdad la volvían loca.

—Sabes que no duraré mucho con las esposas, ¿no? — espetó algo rabioso—. Que en cuanto me las quites, haré contigo lo que quiera.

—Hasta que llegue ese momento —Karen se encogió de hombros—. Estás en mis manos. Y no soy nada compasiva.

Los ojos verdes de Lonan titilaron dándose por enterados. Aunque en el fondo había una promesa de venganza que consumiría sin ninguna duda. Porque Karen iba a agotarse intentando hacerle someterse, y entonces, él se levantaría, y le haría lo que le diera la gana.

Porque ella aún no se lo creía. Pero Lonan iba a reclamarla como suya, como parte de él. Y no le importaba si era o no era demasiado. Lo que quería era... era... la quería a ella. Toda ella, maldición.

Así que se preparó para lo que fuera que Karen tenía pensado. Él aguantaría. Era un experto en aguantar. De hecho, había tolerado una maldición que no deseaba toda su vida.

Unas horas a manos de esa diosa morena iba a requerir paciencia y concentración. Y estaba deseoso de que empezara. Aunque no le gustaba nada que lo esposaran.

Ya se encargaría de demostrárselo después. Cuando llegara su turno.

Karen era hábil. Y una mujer decidida y hábil conseguía muchas cosas. Como dejar indefenso a un hombre altísimo y repleto de músculos como Lonan.

Lo miró de arriba abajo y pensó en todo lo que podía hacer con él. Pasó las manos por su pecho y acarició sus tetillas con los pulgares.

—Nunca te había podido tocar así. Las veces que hemos intimado... —le explicó apresando un pezón entre sus dientes y tirando levemente de él.

—Ah, Karen... —gruñó él.

—... nunca te quitaste ni la ropa. Qué poco considerado —Estaba esculpido por un artista. Por uno que supiera de anatomías de guerreros y de perfección. Después le desabrochó los pantalones, se los bajó hasta los tobillos arrastrando sus calzoncillos con ellos, le dio la vuelta y lo empujó para que quedara sentado en el sofá. Ella desvió la atención a su pene erecto y sonrió malvadamente—. Vas a tener que durar mucho.

—No me puedes hacer esto. No me gusta que me impidan. No soy sumiso.

—Ah... —Karen frunció el ceño cómicamente—. ¿Y por qué crees que yo sí? Te recuerdo que me tuviste con las manos por encima de la cabeza durante un buen rato sobre el coche.

—Haz lo que te dé la gana —su rostro endurecido y excitado la miraba a caballo entre la diversión y la desconfianza.

—Por supuesto que lo haré, nene. Dices que no sabes qué hacer con una sola mujer... —Karen se sacó la sudadera por la cabeza y la tiró a un lado. Coló sus pulgares por la costura de sus braguitas y se las sacó suavemente, deslizándolas por sus torneadas piernas.

—Joder... Karen —murmuró como si fuera un rezo—. Eres... no eres de la tierra —se la comía con la mirada. Y entonces, ahora que podía verla bien, ahora que no podía moverse, detectó una herida en su cadera. Una cicatriz. Era una herida de bala, él lo sabía—. ¿Quién te disparó?

—Chist —le puso un dedo sobre los labios y lo hizo callar. Fue a por su bolso, que estaba colgado en la entrada, y sacó un paquete de *Halls* negros y algo que Lonan sabía perfectamente lo que era, porque lo habían usado alguna vez, sobre todo en locales de dominación.

—¿Para quién es eso?

—¿Conoces la canción de *El anillo pa cuándo?* Pues eso, Lonan —lo manipuló con sus dedos—. ¿Y el anillo *pa cuándo?*

—No me vas a hacer esto.

—¿No? —Después se sentó a horcajadas lentamente encima de él y dejó un hueco entre ellos para poder colocarle el anillo en la base del pene. Pero era tan grueso que le costó manipularlo. No obstante el material era de goma dura, transparente, y tenía rugosidades para que a ella también le estimulara el roce en el clítoris. Lo pudo estirar bien para metérselo hasta la base—. Así...

Lonan siseó y negó con la cabeza, frustrado por lo que la agente le iba a hacer. Nadie lo había dominado. Él nunca lo permitió.

—¿Desde cuándo lo tienes? ¿Lo llevas en el bolso siempre?

—No —se rio—. Lo compré en el sex shop de Carson, pensando en que un día te lo pondría —lo miró de soslayo y se humedeció los labios.

Lonan nunca había estado en el otro lado. No creía que pudiera sentirse bien impelido. Pero quería estar en manos de esa mujer, de eso sí estaba seguro, y estaba convencido de que era lo que tenía que hacer, demostrarle que podía confiar en él y que él podía rendirse solo para ella. Mierda, el anillo constrictor le apretaba y le hinchaba más la erección, se la hacía más grande.

—¿Tienes preservativos? Seguro que sí —dijo zahiriente—. Los Calavera siempre vais preparados...

—En el pantalón —le indicó—. En el bolsillo de atrás. No me mires así, no tenía pensado usarlos con Jessica. Siempre llevo.

Aunque a Karen no le convenció la respuesta, poco le importó.

Hizo un barrido general del cuerpo de Lonan, desnudo, esposado en el sofá, y se le secó la boca al verlo.

Tan moreno, con la piel tan tersa y bonita, tan musculoso... el tatuaje de su madre era hermoso. Y deseó estudiarlo más de cerca, pero tenía hambre de él, y quería castigarlo, someterlo y hacerle sentir tan expuesto y débil como ella se sentía con él y con toda la situación vivida. Le quitó el papel al *Halls* y se lo llevó a la boca.

—Esos caramelos son muy fuertes... —indicó Lonan.

—Lo sé —los compraba desde que veía al Calavera comerlos. Desde que olía su aliento siempre fresco y delicioso. Pero había tenido una idea maligna y la iba a poner en práctica.

Ella se dejó caer al suelo y se colocó entre sus piernas abiertas. Le pasó las uñas por los cuádriceps delineados por encima del vello negro y le agarró los testículos con la mano mientras le mostraba el caramelo entre los dientes.

—¿Sabes lo que te va a pasar?

Él apretó los dientes al ver cómo la boca de Karen se acercaba a su pene.

—Eres malísima.

—Cállate —levantó la mano libre y lo amordazó con ella. Después abrió los labios y se llevó su miembro a la boca. Introduciéndolo suavemente y azotándolo con la lengua.

La sensación del frío del caramelo, tan poderosa, hizo efecto inmediato. Karen succionaba con cuidado de no tragarse el *Halls*, y Lonan gemía contra su mano.

Casi no le cabía en la boca, tan hinchado como estaba, pero le dio igual. Ella le estrujó los huevos y acto seguido la introdujo lo más hondo que pudo. Ella odiaba los ruidos asquerosos, y más odiaba ahogarse o que le entraran arcadas, pero procuró darle todo el placer que él pudiera encontrar en una masturbación oral como esa.

Lonan no dejaba de mirarla, hipnotizado por su estampa. Su largo pelo negro a un lado, los rizos sobre uno de sus muslos, y su preciosa boca vertiendo sus atenciones en su polla. Era fascinante. Pero el anillo no le dejaba correrse. No se lo permitiría.

Se le llenó el cuello de sudor y poco a poco, durante aquella tortura que duro un buen rato, la piel se perló de una capa brillante y salada. Necesitaba paz. Un respiro. Pero no iba a claudicar ante ella. Él no era ningún debilucho. Él podría con aquello.

La dominante, la alfa iba a marcar muy bien su terreno y a demostrarle que podía mandar en él. Y Lonan debía soportarlo, y no hacer el ridículo.

No supo cuánto duró, excepto que sentía la piel helada, que le ardía y que le dolía de las ganas que tenía de eyacular. Pero entonces lo soltó dándole un beso en el prepucio. Uno cariñoso al tiempo que le decía: «buen chico».

Y eso lo enervó.

—No soy buen chico —contestó—. Me tienes inmovilizado, no lo olvides. Y me has puesto un anillo que me está destrozando... estás demasiado enfadada, alfa, como para pasártelo bien.

Karen lo escuchaba con diversión. Iba muy perdido si creía que la iba a engatusar con esa psicología invertida. Lo estaba disfrutando.

—¿Ya has acabado? —le replicó echándose el pelo hacia atrás para enseñarle el pecho desnudo con altivez.

Lonan se mordió el labio airoso. Pero se quedó sin palabras ante su visión.

—No gastes fuerza en meterte conmigo por esto, Calavera —atrajo su rostro y le dio un beso en los labios, hasta que acabó dando un tirón en su labio inferior.

—Me quema —le reprochó saboreando la menta helada en su boca. Aunque él se refería a su entrepierna. La menta lo estimulaba demasiado.

—Ese es el plan. Ahora —agarró un condón de los de máxima sensibilidad, lo abrió y se lo colocó con las dos manos a Lonan, dejando un poco de aire en la punta.

Karen pasó su pierna por encima de él, y sujetó su erección con la mano para adecuarla a la inclinación perfecta y guiarla hasta dentro de su vagina.

—Por favor... —susurró Karen cerrando los ojos hasta que consiguió meterse toda la erección dentro, hasta el límite de los testículos. Cuando abrió los ojos, rodeó a Lonan con los brazos y unió su nariz a la de él.

—Llegas tan adentro de mí, que me parece irreal.

A Lonan aquella dulzura lo dejó fuera de juego. Ya se había extraviado en sus ojos negros antes, pero nunca como en ese momento. Le hubiera gustado abrazarla. Pero no se lo permitía.

Y entonces, Karen empezó a moverse encima de él, afianzando los pies en el sofá, a cada lado de sus caderas desnudas, subiendo poco a poco y cayendo con más fuerza.

Era complicado relajarse con una invasión tan poderosa, pero ella se limitó a disfrutarla. A que Lonan sintiera el helor y el ardor del caramelo en su piel, tal y como ella lo notaba en su interior.

—Ahora mírame bien —le ordenó ella autoritaria.

A él que le hablaran así no era santo de su devoción, pero que lo hiciera Karen, lo hacía sentirse afortunado. Se vengaría, sí. Pero estaba viendo a esa mujer en su salsa, en su hábitat, dominando y mandando solo con sus palabras y con su actitud. Sin fustas, sin *spankings*, sin látigos, sin herramientas ni juguetes. Solo ella y su capacidad para afectarle, para gobernarle, usando un tono dulce y al mismo tiempo impositivo, solo porque en el sexo, en la cama y en la intimidad, aquella era su naturaleza. ¡Y cómo le gustaba a él tener a una fiera como Karen encima!

—Te miro —le dijo él volviéndose loco con el modo que tenía de abrazarlo en su interior. Sus ojos cayeron justo en el punto en el que sus cuerpos se unían y se mimetizaban en uno. La visión lo sobrecogía. Ella era perfecta. Bonita, suave, pequeña... Pero dura si se lo proponía.

Ella mordió el lóbulo de su oreja y pegó su torso al de él, bamboleando las caderas en círculo para masajearlo y para darse placer a sí misma.

—¿Sabes lo que te estoy haciendo?

—Me estás follando.

—No —lo corrigió ella con una medio sonrisa—. Te estoy enseñando tu vida hasta ahora. Así, sin poder abrazarme, inmóvil, buscando besos que si yo quiero no te doy, así... —gimió al notar la cabeza roma de Lonan contra su cérvix— así es como has vivido. A medio gas en el amor. Tenías a las mujeres por partes. No podías amarlas en su totalidad —le explicó besando sus labios—. Así, disfrutando solo de una parte de ella, esperando tu turno, esperando la

ocasión perfecta... pidiendo permiso a otros. Sin poder mirarla a los ojos y ver lo que esa persona tenía solo para ti, porque también era de otros.

Lonan miraba a Karen sin parpadear. Totalmente absorto en sus palabras y en su bello rostro. Tenía ganas de correrse desde hacía rato, pero ni el anillo ni ella se lo permitían.

—La impotencia de no poder elegir a quien quieres — introdujo su lengua en su boca y lo abrazó sin dejarse de mover—. De no poder escoger cómo la quieres. De no poder pedir por dónde la quieres —le espetó subiendo y bajando de golpe hasta la empuñadura—. Porque esos lugares de su cuerpo ya están ocupados. Y ahora... en mis manos —murmuró a punto de llegar al orgasmo— te voy a enseñar lo que es tener la atención plena de una sola mujer, Lonan. Solo esta noche, para que lo pruebes y veas todo lo que te has perdido —le recordó.

—Joder...

Ella dejó caer la frente contra la suya, lo meció más profundamente y cogió aire para decirle:

—Me voy a correr...

Él no se quiso perder ni un detalle de sus expresiones al correrse. Cerró los ojos, hizo un mohín como si estuviera a punto de echarse a llorar, y entonces dejó ir un gemido de placer inconfundible que le hizo estremecerse y clavar bien los pies en el suelo, porque él se habría corrido con ella, pero la constricción no le dejaba. Y en cambio, sentía cada milímetro de su útero a su alrededor, y sentía que quería correrse continuamente. Sin éxito. ¿Así iba a ser todo el rato?

—Nena... —le pidió apretando los dientes y echando la cabeza hacia atrás—. Sácame las esposas y la boa de la polla, y yo te enseñaré lo que podías haberte evitado.

Karen negó de un lado al otro, todavía temblando por el orgasmo y añadió:

—No. No te voy a soltar hasta que a mí me dé la gana. Recién hemos empezado.

—¿De verdad vas a tener el valor de hacer eso, agente? —le recriminó.

Ella asintió con seguridad.

—Por supuesto.

—No me voy a poder correr.

—Lo sé.

—Y tú sí.

—Sí —le acarició la barbilla—. Pero sé que puedes soportarlo. Como yo soporté que te tiraras a otra en mi cara, o que hoy te hayas ido con Jessica al Reino mientras yo me quedaba pensando en lo que le ibas a hacer... —musitó enfadándose al recordarlo—. Así que, sí, nene —volvió a moverse encima de él, y esta vez todo era más resbaladizo y mejor—. Creo que puedes soportarlo.

Sus ojos verdes y desafiantes se llenaron de promesas de castigo. Karen lo advirtió y pensó que ya tendría tiempo de lidiar con ellas, pero ahora, Lonan era suyo e iba a hacer con él lo que deseaba.

Lo quería deshacer. Lo quería enloquecer.

Para que cuando acabara con él, y le quitara el anillo del pene, explotara en sus manos y se cerciorase de que ella también era poderosa y también lo podía dominar.

—Haz lo que quieras —Lonan se impulsó hacia adelante y capturó sus labios—. Pero como me quites las esposas después... nadie te va a salvar de mí.

Ella se encogió de hombros y asumió las consecuencias.

—Está bien —le cubrió la boca con la mano y lo miró a los ojos volviéndolo a cabalgar—. Pero aquí y ahora mando yo.

Era su ley.



CAPÍTULO 12

Y sí. Mandó ella.

Durante una hora interminable en la que se corrió cinco veces y él ninguna. Donde él solo podía aguantar estoico el placer sin liberación, y el huracán que ella provocaba a su alrededor, constriñéndolo más que el propio anillo.

Su cuerpo estaba cubierto por una fina capa de sudor. Todo entero.

Igual que el de Karen.

Pero ella respiraba agotada encima de él, ensartada en él, abrazándolo y besando sus hombros y el tatuaje de su madre. A quien tenía que darle las gracias por haber hecho un hombre como él. Reposaba así desde hacía unos minutos, en silencio.

Cuando alzó la cabeza de nuevo, los ojos de Lonan la esperaban con una furia ciega y un deseo que ella no podía ignorar. Como si hubiera despertado a la bestia en él y ahora nadie podía encerrarla. Parecía agotado de aguantar.

Ella se sintió orgullosa de él y un poco culpable por haberlo hecho sufrir tanto. Pero se lo merecía. Necesitaba sacarse esa espinita profundamente clavada en su orgullo.

No obstante, ahora debía asumir su provocación. Y el Calavera no era un hombre que fuera misericordioso. Prueba de ello era que había regresado a la ciudad que más odiaba para vengarse de todos.

Karen supuso que también se vengaría de ella, y que lo haría a conciencia.

Le dio un beso en los labios, uno dulce que pedía perdón, mientras le acariciaba el cuello y las mejillas.

—¿Estás bien?

—No me calmes ahora.

—¿Por qué no? —rio nerviosamente.

—Porque que seas dulce y considerada no va a hacer que me olvide de lo que tengo ganas de hacerte. Libérame —ordenó.

Ella tragó saliva, clavó bien las rodillas para medio levantarse y poder sacar a Lonan de su interior. Ella estaba cansada, inflamada y él parecía un mástil.

—Por Dios... —susurró Karen algo arrepentida al ver lo que le había hecho.

—Deja de llamar a Dios —respondió él—, y sácame las esposas.

Karen se echó la larga melena hacia atrás y se bajó del sofá.

Lonan se levantó con violencia y se encaró a ella, mirándola como si se la fuera a comer. Tenía el ceño fruncido y su cuerpo se estremecía.

Ella sabía que la quería arredrar. Pero a ella el sexo duro no le daba miedo, es más, le gustaba. Le dio la vuelta y besó su columna vertebral. Ella era una mujer de estatura normal, pero en cambio, era bajita en comparación con él. Pasó los brazos por delante de su cintura y le acarició el abdomen para después, posar las dos manos sobre su erección.

—¿Me dejas que te lo quite yo? —le preguntó en voz baja.

Lonan apretó los dientes y no contestó. Y Karen se lo tomó como un sí.

Le sacó el anillo de silicona, que como ya sabía, resultó ser el tamaño perfecto para él, porque no le cortaba la circulación pero tampoco le iba grande. Aunque ahora estuviera muy hinchado y con las bolsas llenas.

Escuchó con agrado el siseo de Lonan y después su gemido al notar cómo dejaban de constreñirle.

Y sujetó su vara, como si lo quisiera masturbar con las manos.

—No me toques ahora, por favor —le rogó—. Sácame las esposas.

—¿Y si quiero hacer que te corras ahora? No podrías hacer nada... —le mordió la espalda juguetona y notó el increíble peso de ese hombre en sus manos, y el modo poderoso en que palpitaba. Era un toro.

—Tú sigue, Karen —le retó. Tenía tantas ganas de pillarla que debería esforzarse mucho para controlarse—. A ver qué pasa...

Ella se echó a reír contra su espalda y apoyó la frente entre sus homoplatos.

—Eres muy gracioso cuando estás rabioso...

A él se le escapó media sonrisa, pero ella no la vio.

—Ahora tienes miedo. Típico de las dominantes —murmuró disfrutando de sus mimos pero sin exteriorizarlo demasiado—. Te llevan al límite y después te llenan de caricias y cariños como si eso pudiera hacerte olvidar que no ha dejado que te corras en todo el trayecto.

Ella volvió a reír, pero lo disimuló.

—¿Te estás oyendo? Eres como un niño enfurruñado. Pobre bebé... —agarró sus testículos con tiento.

—Y tú eres una cagona.

—No —replicó ella—. No me da miedo nada de lo que me puedas hacer.

—Demuéstramelo. Sácame las esposas. Y corre.

—¿Que corra? —arqueó las cejas negras—. Yo no huyo nunca. Espera, no te muevas de aquí —lo dejó a regañadientes y cogió la llave de las esposas, que la había dejado encima de la mesa. La metió en la cerradura pero antes de darle la vuelta, dijo en un susurro—: Me alegra mucho que hayas venido a por mí esta noche —reconoció—. Si hubieras tardado más, no te habría abierto la puerta nunca jamás —carraspeó por la emoción. Lonan la hacía sentirse como una tonta debilucha y sentimental—. Al menos, no la de mi cuerpo —cuando la

llave hizo click, Karen dio un paso atrás, apartándose de él, como si fuera material inflamable. Madre mía, tenía un culo increíble.

Lonan rotó los hombros y se crugió el cuello. Acto seguido, la miró por encima del hombro y se dio la vuelta a cámara lenta.

—Corre —le ordenó.

Pero Karen no se movió del sitio. Muy al contrario y para sorpresa de Lonan, dio un paso al frente, el que había dejado de hacer antes, y desnuda como él, se acercó hasta el punto que su vientre acunó su pene duro.

—Tus amenazas no me afectan. ¿Me quieres? —sus ojos negros brillaban en la oscuridad.

—Sí —gruñó.

—Entonces, tómame. Aquí me tienes.

Lonan se pasó la lengua por el labio inferior, alzó las manos y hundió los dedos en sus rizos negros, tan largos que le acariciaban los antebrazos. La avasalló con su cuerpo, y besó sus labios con una necesidad que a Karen le llegó al corazón.

—Ya no te vas a escapar nunca más. Eres mía.

—¿Qué quiere decir eso? —quiso saber ella. Dado que tenía muchos significados.

—Lo que quiere decir.

Y después de eso, le dio la vuelta y caminó con ella hasta la mesa del salón, colocándola en la misma posición en la que Dolph la colocó cuando intentó agredirla. Pero Karen estaba muy lejos de sentir miedo o asco. Al contrario, eso le serviría para sanar esa herida, ese recuerdo, esa cicatriz en aquel lugar de su nueva casa.

Con una mano, Lonan le empujó un poco la espalda para que apoyara los

pechos sobre la mesa. Ella se colocó de puntillas y se agarró a los laterales de madera, preparada para lo que iba a venir.

Lonan no sabía por dónde empezar. Bueno, sí lo sabía. Pero le parecía increíble poder disponer de aquella espectacular hembra, de aquella agente excepcional y de esa apasionante mujer, solo para su disfrute. Solo para él. Y quería marcarla. Marcarla hasta dejar su semilla en su interior. Así de posesivo se sentía. Aunque no lo haría. No sin el permiso de Karen.

Así que con el muslo le abrió bien las piernas, le agarró las caderas y la penetró para empezar a sacudirla a un ritmo constante y duro, de una manera que le gustara a los dos y que a ella no le pareciera excesivo. Aunque empezaba a sospechar que esa chica no se rompería nunca con él y que aceptaría cualquier cosa siempre que después la hiciera correrse.

Coño, estaba entusiasmado.

Mientras movía sus caderas y disfrutaba de los gemidos de Karen, pasó las manos por su hermoso tatuaje japonés y después coló los dedos entre sus nalgas. Y antes, incluso de que pudiera controlarse, nació en él aquella electricidad placentera que lo lanzaba a un orgasmo. El primero de la noche para él. Pero él quería sentir que ella también alcanzaba el éxtasis.

Se tumbó encima de Karen, le apartó el pelo de la nuca, y la mordisqueaba ahí. Al mismo tiempo, se hizo sitio entre su pelvis y la mesa, y coló su mano hasta acunar el sexo de la dominante. Y la acarició, la acarició acompasando sus estocadas con los círculos de sus dedos, hasta que escuchó que ella cogía aire con fuerza, y agarraba la madera de la mesa como si quisiera arrancarla.

—Ahora, nena —le dijo colándole la lengua en el oído.

Karen se corrió con él, sollozando todo lo que duró su orgasmo. Lonan lo disfrutó como nunca había disfrutado un orgasmo en esa posición.

Le besó la mejilla con dedicación, pero sin salirse de ella, confesó:

—Te voy a convertir en gelatina. Solo acabo de empezar. Ella no contestó. Intentaba recuperarse de la fuerza de su éxtasis. Pero ya todo le daba igual. O mejor, todo estaba bien. Ya estaba deshecha.

—¿Dónde está tu habitación?

Ella señaló la parte de arriba con el dedo.

Lonan la cargó en brazos y la subió por las escaleras.

—¿Cuál?

—La primera a la izquierda —dijo ella.

Cuando entró en la habitación, Lonan se asombró al ver lo rápido que Karen había dejado su impronta en aquel lugar. Toda la casa olía muy bien, a ella. A su perfume y en según qué rincones, a colonia de bebé. Era un lugar amplio, con armarios empotrados a la pared, y un balconcito que daba a la terraza superior de madera.

La cama era alta, estaba bien hecha, pero a Lonan no le importó retirar todos los cojines de un manotazo y apartar la colcha para dejar el cuerpo desnudo de Karen encima de la sábana blanca.

Y allí, la cogió de los tobillos, la acercó al final del colchón, donde él estaba y la colocó de lado. Le abrió un poco los labios exteriores de la vagina, y volvió a penetrarla así.

Karen sujetó la sábana arrugándola entre los dedos, hundiendo el rostro en la cama. Aquello quemaba. A Lonan le quemaba por el efecto del *Halls*. Pero a ella también. Y pensó que, si con el condón aquella sensación lo traspasaba, ¿qué no habría estado sintiendo Lonan durante su pequeña sumisión? Qué locura...

—Me tienes loco perdido... Totalmente descontrolado — le clavó los dedos en la carne de los muslos mientras seguía poseyéndola.

Ella no iba a luchar contra aquella posesión. Estaba encantada. Incluso las penetraciones dolorosas siempre venían acompañadas de un sublime placer. Y Lonan sabía lo que hacía. Era duro, pero certero. No torpe como otros que pretendían ir de folladores natos y fallaban más que una escopeta de feria. Lonan no.

Cuando consiguió que ella se corriera otra vez, cayó encima de su cuerpo, mojado y con la piel sonrosada por el esfuerzo.

Él conocía el cuerpo femenino. Y ahora se estaba haciendo a su cuerpo. Al suyo.

Con ese pensamiento, Karen hizo una maniobra para salir de esa posición, y se quedó boca arriba completamente. Lonan se incorporó en los codos para mirarla sorprendido, mientras se hacía hueco entre sus piernas. La miró como si fuera una maravilla y le rodeó la cabeza con las manos, como si la acunara.

—Quiero más.

—Está bien —dijo ella posando sus dedos sobre sus labios. Lonan abrió la boca y succionó su dedo de un modo excitante.

Y Karen supo que ya no había vuelta atrás. Lonan la miraba como si fuera suya, y nada la podía hacer más feliz. Porque ella estaba enamorada de él.

—Lonan...

Él se impulsó de nuevo en su interior y la dejó sin palabras.

—Chist... ¿te duele? ¿Te hago daño? ¿Paro? —preguntó preocupado.

—No —contestó ella reclamando sus besos—. No quiero que pares.

Él se mordió el labio inferior y se impulsó hasta el fondo, sin dejar de acunar su rostro.

—¿De dónde has salido tú? —le preguntó sin esperar respuesta. A continuación, la agarró por debajo de las rodillas y colgó sus piernas por encima de sus antebrazos, para abrirla más. Se colocó de rodillas, y empezó a moverse en su interior sin pausa. Cayó sobre ella para conquistar su boca hasta que ella llegara a un nuevo orgasmo.

La estaba poseyendo en cuerpo y en alma.

Aunque Karen no necesitaba todo aquel maratón de sexo para darse cuenta de que ella ya era de él desde el primer instante en que sus ojos se cruzaron.

Lo único que quería era que Lonan llegara a la misma conclusión.

Cuando juntos llegaron al clímax, a ella se le saltaron las lágrimas mientras lo abrazaba y permitía que su cuerpo fuera su cuna. Una cama en la que reposar. Una cueva en la que permanecer.

Un lugar al que pertenecer para siempre.

Y mientras sus cuerpos se estremecían de vez en cuando, uno dentro de la otra, y se prodigaban besos calmantes, su conciencia se entregó al abandono, tan dulcemente, que ninguno de los dos recordaría a la mañana siguiente quién se había dormido primero.

O si, en el secreto y la confianza de la noche, alguno se dijo «te quiero».

A la mañana siguiente

Siempre que le tocaban la cicatriz de la cadera, era como si sintiera un pequeño calambrazo incómodo. Por eso se despertó al percibir aquella sensación desprevenida.

Cuando abrió los ojos, negros, relajados y satisfechos, se encontró con Lonan de frente, con una mirada intensa hacia ese lugar en el que recibió un balazo. Ella tenía su pierna derecha encima de su cadera izquierda. Era él quien le tocaba la marca circular como si sus dedos fueran una goma de borrar.

—Eh... —carraspeó perezosa—. Buenos días.

—Buenos días, preciosa.

Sus alientos seguían oliendo a ese fuertísimo caramelo mentolado. Era una maravilla. Lonan parecía cariacontecido, sumido en un lugar oscuro y vengativo.

—¿Sigue vivo? —preguntó sin más.

Ella entendió que se refería a la persona que le disparó.

—No. Ya no —contestó suavemente—. ¿Por qué lo quieres saber?

—Porque de estarlo, yo acabaría con él —reconoció sin dejar de acariciarle la cadera—. ¿Quién fue?

Ella no estaba segura de querer hablar de ese episodio de su vida.

—Karen —rodeó un dedo con uno de sus rizos y tironeó con gracia—. Quiero que me hables de eso. Me gustaría saberlo. Yo no te voy a juzgar...

—Ya lo sé —contestó ella—. Es solo que me cuesta...

—Ya, nena. Pero quiero saber de ti. Lo que hiciste y por lo que pasaste. Sé que te has infiltrado. Y quiero comprender en qué mundo te metiste. Lo que te pasó en La Dama ayer...

—Me metí en un mundo malo. Los agentes investigamos asesinatos, mafias, corrupción, terrorismo, proxenetas, tratas, tráfico de drogas... sea cual sea la misión en la que estemos involucrados, es mala.

—Muy bien —dijo esperando más información—. Cuéntamela.

—Oye —retiró el rostro para verle bien la cara—. Tú eres de los cabezones, ¿verdad?

—Solo con las cosas que me importan.

Ella dibujó una sonrisa en su rostro que le iluminaron los ojos.

—¿Te importo?

—Sí. Joder, sí.

—Uy... señor Kumar... tenga cuidado no se vaya a enamorar de mí —bromeó, soñando con una respuesta afirmativa que no llegaría. Aunque no la tendría en cuenta.

—Karen, en serio —le acarició el muslo—. Quiero saberlo. Creo que así podré entenderte mejor. Ya sabes que soy muy nuevo en esto.

—¿En qué? —dijo incrédula.

—En tener a una mujer toda para mí —sonrió como un cara dura.

Ella volteó los ojos.

—Ya, claro...

—¡Venga! —la apremió dándole un azote muy suave en la nalga desnuda—. Háblame, mujer.

—Aish... —se frotó la nalga—. Vale. Está bien. Fue en Japón. Estuve un larga temporada en la trata de mujeres del clan Yama.

—¿La Yakuza? —dijo espeluznado.

—Sí.

—¿Cómo entraste ahí?

—Estábamos investigando las desapariciones de algunas mujeres norteamericanas. Descubrimos que las vendían en el mercado asiático como esclavas, para los líderes sibaritas de los clanes de la Yakuza. El caso lo llevaba la Interpol en colaboración con el FBI. Así que me metieron en la venta mediante uno de los colaboradores nuestros, que tenían contacto con la Yama. Sorprendentemente, me compraron.

—¿Sorprendentemente? ¿Qué dices? Lo normal era que te compraran la primera. ¿Te has visto? No ibas a pasar desapercibida...

—Bueno. Me compró la Yama. Su líder, Dai, estaba obsesionado con las mujeres norteamericanas de piel pálida y ojos occidentales. Él las disfrutaba y después las vendía. Yo llegué a convivir con esas chicas...

—¿Qué cabrón... ¿te llegó a tocar a ti?

Karen negó abruptamente. Le tranquilizaba hablar de ello mientras tocaba el tatuaje de Lonan.

—No. No me tocaba, porque me tenía considerada su favorita. Y me quería pura. A su lado. Estaba como una cabra... Pero entonces, un día nos tocó destapar toda la operación en una subasta de chicas. Fue culpa de Rob, que decidió entrar en acción antes de lo previsto...

—¿Rob? ¿Quién es Rob? —preguntó con interés.

—Rob Brando. De la Interpol. Siempre se preocupaba tanto cuando estaba con Dai... siempre pendiente de mis movimientos, de no perderme de vista. Pero se precipitó en sus decisiones en la intervención. Y eso provocó que yo acabara sola con Dai en su *suite*. Él estaba desesperado porque lo habían descubierto y porque yo era del FBI. Así que vino a por mí, dispuesto a mutilarme, a matarme y a hacerme todo lo que me prometió que no me haría, porque yo era especial. Me disparó y me dejó malherida —agarró la mano de Lonan y la dejó sobre su balazo—, pero cuando estaba encima de mí, en el suelo, cogí mi pistola y le rematé. Le volé los sesos...

Lonan no se imaginaba los nervios que debió pasar Karen. Porque por muy brava que fuera, todas las personas pasaban miedo.

—Me dejas fascinado. Creo que eres increíblemente valiente. Que en Japón tuviste muchísimo coraje, la que más — le dejó claro—. Pero tuviste la mala suerte de estar en manos de un gilipollas irresponsable como ese tal Rob. Espero que le dieras una patada en el culo. O que, al menos, le echaran del cuerpo o lo degradaran de posición. Puso tu vida y la de las chicas en peligro. Pero sobre todo la tuya. Conociéndote como te conozco ahora —Lonan posó su manaza en su vientre y después la llevó a uno de sus pechos, justo donde le latía el corazón—. No entiendo cómo no fuiste a por él a pedirle explicaciones.

Nada humillaba más a Karen que reconocer que había sido una estúpida con los hombres. Y que había confiado en quien no debía. Que había creído enamorarse de alguien así...

—Le pedí explicaciones a Rob y la verdad es que no acabamos nada bien. Yo... —intentaba decírselo de la manera menos hiriente para ella, pero no encontraba el camino correcto para ello, así que optó por ser sincera—. En Japón, tuve una relación con Rob Brando.

Aquello no gustó nada a Lonan, que de repente, se envaró un poco, como si estuviera en terreno pantanoso.

—Yo llegué a una ciudad que no conocía, en una misión muy complicada, y necesitaba algún tipo de apoyo... alguien que me guiara y me hablara de la forma de proceder de la Yakuza y del negocio de las tratas. Rob me enseñó todo en ese aspecto. Él me preparó para entrar. E iniciamos una relación — se encogió de hombros como si no hubiera tenido otra posibilidad—. Yo creía que iba en serio conmigo. Creía que de verdad le importaba. Pero cuando la misión acabó y yo me recuperaba de mis heridas en el hospital, me enteré de que Rob tenía esposa. Todos los del equipo lo sabían, menos yo. Y había estado haciendo el ridículo todo ese tiempo. Y ¿sabes qué es lo más vergonzoso de todo?

—¿Qué? —Lonan estaba inmerso en la historia de Karen.

—Que cuando lo volví a ver, él quería seguir viéndome, pero sin dejar a su mujer. Aunque yo no lo hubiera permitido, porque no soy una rompeparejas, ¿entiendes? Así que, ya ves, Lonan. Esa es mi historia y el origen de mis ataques y mis traumas. Japón me dejó heridas físicas y emocionales, y ahora, si las personas me fallan, ya no perdono. Y me cuesta dar segundas oportunidades. Además, no tengo ganas de perder el tiempo con gente que no valga la pena.

—Entiendo... Entonces, la herida es... es bastante reciente —adujo Lonan con pesar, acariciando el pecho de Karen con ternura.

—Sí. Todo es bastante reciente —contestó ella con resignación.

—¿Te digo algo? —La miró entre sus pestañas negras.

—Qué.

—Si tú me lo pides, Karen, me presento en Japón y le jodo la vida a ese memo de Rob. Porque tú no serás una rompeparejas, pero yo sí soy un romnehuevos. Y odio las infidelidades. Ese tío se merece un castigo.

Que Lonan quisiera dar la cara por ella, le llenó el corazón de luz y agradecimiento. Pero en aquel momento, en aquella cama con él, Japón le parecía lejano e irreal. Nada de lo que hubiera allí valía la pena. Lonan la atrajo y tiró de ella hasta colocarla encima de su cuerpo. Apoyó bien la cabeza en la almohada y la miró desde abajo, risueño.

—¿Crees que yo soy también un gilipollas como Dai y como Rob?

—Como Dai no. Porque él era un proxeneta y un sociópata. Pero he estado a esto —se tocó la punta del pulgar con el índice— de ponerte en el mismo saco que Rob.

—¿Y ahora ya no piensas así? —los ojos verdes de Lonan memorizaban su rostro como si fuera un artista.

—Estás en pruebas —concluyó ella—. Pero has dado un paso enorme al ignorar una maldición en la que creías toda tu vida solo para venir a por mí —lo besó y rozó su nariz con la de él—. Eso ha estado bien —reconoció. Eso había sido mucho más de lo que ella esperaba, pero no iba a hacerse ilusiones. Y menos cuando ella sí estaba loca por él.

—¿Quieres volver a tu trabajo? —quiso saber Lonan sujetando los largos rizos de su melena que caían sobre su cara.

—¿Al FBI? La verdad es que no lo sé... Ahora puedo vivir sin trabajar. No obstante, tengo vocación. En algún momento me apetecería volver... Mírame —se señaló como si no tuviera remedio—. Se supone que estoy descansando en Nevada, y esta noche nos vamos a meter de lleno en esa partida de locos para desenmascarar a los asesinos de Sandra y Sílvia y entender la trama que hay montada alrededor de esas timbas clandestinas e ilegales.

—Escucha... sobre lo de esta noche en El Amo...

—No me sueltes la misma perorata de que va a ser peligroso y todo lo demás...

—No. No —le sujetó los labios con los dedos, como si la reprendiera por ser una bocazas—. No iba a decirte eso. Vamos a necesitar refuerzos. Mis hermanos y yo no seremos suficientes. Si hay gente poderosa en esa partida, la zona estará protegida por sus guardaespaldas. Joe dijo que nos metería, pero...

—Sí. Por eso no te preocupes. Ayer noche, cuando llegué a casa, lo primero que hice fue llamar directamente a Montgomery, el jefe del FBI de Quántico. Tengo muy buena relación con él. Le expliqué lo que estaba pasando en Carson y en Nevada, y le di todos los datos que habíamos recopilado sobre las partidas, y las muertes de las dos chicas.

—¿Sabe que tenemos a un rehén en mi casa?

—Sí.

Lonan hizo un mohín.

—¿Tomará represalias?

—No. Si todo sale bien, no. Ellos se apuntarán las medallas y listos. Al fin y al cabo, yo no estoy de servicio —se encogió de hombros—. Él me dijo que hoy vendrían a ayudarme. Tienen la localización exacta de El Amo, y saben a qué hora empieza todo. Nick se encargará de coordinarlo vía satélite. Necesitaremos intercomunicadores.

—Tenemos miles de juguetes de los Delta. Trajimos una maleta llena de cosas. Por eso no te preocupes.

—Tengo que decirte otra cosa que Bellamy me dijo cuando cené con él, y puede que os pueda ayudar en un futuro con el tema de los Gunlock y de tu madre.

—Bellamy no nos puede ayudar en nada... Solo estando entre rejas o bajo tierra. Y creo que me gusta más lo segundo.

—Cálmate, ya lo sé. Pero me dio una información muy sospechosa. Que su madre vivía lejos de su padre y que hacía años que se tomaba pastillas contra la depresión. Que se odian a muerte, y que solo se mantuvieron juntos por él. Si eso es así, tal vez Marlene sea una baza importante para desenmascarar a Ben y Harvey y sus negocios turbios.

—¿Marlene odia a Ben después de haber puesto la mano en el fuego por él?
—Lonan no se lo creía.

—Para que veas. La puso y se quemó. Y ahora ya no tienen ninguna relación. Creo que si alguien hablase con ella, podría testificar en contra del futuro senador por lo que le hizo a tu madre.

—Bueno. Es bueno saberlo —asumió Lonan aún impresionado—. ¿Y del notario? ¿Del señor Michaelson, qué sabemos? ¿El que supuestamente estaba al día de todo lo que tenía Harvey entre manos?

—Quisiera poder hablar con él. Gaira me dijo que vivía en el Norte de Carson. ¿Crees que hoy podríamos hacerle una visita?

—Si nos queda tiempo para prepararnos e ir a El Amo, sí —contestó él—. Pero antes tenemos que hacer algo más — dijo misterioso, levantando la parte superior del tronco y quedándose sentado en la cama con Karen a horcajadas encima de él.

—¿Qué mas tenemos que hacer? Los días no tienen tantas horas... —lo observó feliz, admirando su preciosa cara curtida.

—Lo sé. Pero quiero darte los buenos días bien. Como una gladiadora como tú, merece.

—¿Ah, sí? —soltó una carcajada cuando Lonan la tumbó en la cama y se colocó entre sus piernas—. ¿Y qué merezco?

—Mereces las dos «ces».

—¿Las dos ces? ¿Qué es eso?

—Comida y cuidada. Que te coman y te cuiden todos los días.

Lonan descendió por su cuerpo y detuvo su cabeza entre sus piernas a un palmo de su sexo desnudo.

—Abre bien las piernas, Mistress —le pidió Lonan como un dominante.

Ella obedeció y se incorporó sobre los codos porque no quería perder detalle.

Lonan se relamió los labios y antes de dejar caer la boca sobre su raja húmeda y ya excitada, clavó los ojos verdes en los suyos y murmuró:

—Esto es todo para ti —canturreó.

En el primer lametazo, Karen se dejó caer en la cama y cerró los ojos para abandonarse a esas sensaciones mágicas y lascivas.

Lonan era un amante atento, inmenso, duro y perverso.

Y le encantaba.



CAPÍTULO 13

Norte de Carson

Aunque la actividad de Carson se concentraba siempre en el centro, como en todas las ciudades, la parte Norte, en las afueras, estaba repleta de casitas bajas y antiguas, que habían pertenecido a anteriores generaciones. Era una zona tranquila, sin mucho movimiento y tenía aspecto de pueblecito.

Karen no pudo contactar con el teléfono de Michaelson, pero encontró su dirección en la guía telefónica, dado que en Carson solo habían dos personas que se llamaran así. Él y su mujer.

Así que dejaron el Hummer aparcado y se dispusieron a hacer una visita al que fuera el gestor del tío Henry.

Pero ningún hombre abrió la puerta. Al contrario, fue su mujer, Adele Michaelson quien los recibió. La mujer no tenía muy buen aspecto. Sus ojeras eran profundas y negras, y sus ojos azules no tenían luz. Había descuidado su pelo corto y entrecano, y llevaba ropas oscuras, como si estuviera de luto. Aquello no fue una buena señal.

—Buenos días —la saludó educadamente Karen—. ¿Vive aquí el señor Michaelson?

—Sí. Aquí es. ¿Quién pregunta por él?

Bueno. Al menos, parecía que seguía vivo.

—Soy Karen Robinson. El señor Michaelson me llamó hace un par de semanas para darme parte de la muerte de mi tío Henry. Él tenía que llevarme todo el papeleo. Quedé con él en B&B Asociados pero nunca apareció. En su

lugar, fue Harvey Bellamy quien me puso al día con la herencia que legó mi tío.

Adele se llevó una mano temblorosa a los labios, y los miró con desconfianza.

—¿Eres la sobrina de Henry?

—Sí, señora —contestó Karen. Quería transmitirle confianza, pero Adele no dejaba de mirar a todos lados, al exterior, como si se sintiera perseguida—. Me gustaría poder hablar con su marido. ¿Es posible?

La señora se acongojó y entonces, se pasó el chal oscuro por encima de los hombros para abrigarse con él, tomó a Karen por el brazo y la invitó a entrar en su casa.

—Pasad. Deprisa.

Una vez dentro, los llevó hasta el salón. No era muy grande. Tenía dos ventanas que daban a pie de calle y por las que entraba mucha luz: una mesita redonda con un tapete blanco y cuatro sillas de roble alrededor. Dos sofás Chester de piel marrón desgastada y un mueble bar que sería una reliquia, empotrado a la pared y que iba de punta a punta. Y un par de plantas de interior. Una sobre la mesita de centro entre los sofás, y la otra en una esquina, al lado del televisor.

—No sé si hago bien... —susurró nerviosa colocándose en frente de ellos dos.

—¿Qué sucede, señora Michaelson? —preguntó Lonan—. Puede contárnoslo.

—Es mi marido.

—¿Su marido? ¿Está bien?

La señora mayor no supo contestarles. Su expresión se tiñó de pena y de nerviosismo, todo al mismo tiempo.

—No les sé decir... Solo sé que no hablo con él desde hace más de diez días.

Lonan y Karen se dirigieron una mirada llena de sospechas.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Se suponía que tenía que hacer un viaje a Las Vegas para contactar con varias personas que recibían también herencias por el desgraciado accidente del autocar. El señor Bellamy...

—¿Harvey?

—Sí. Lo llamó con carácter urgente para que se preparara de un día para el otro y se fuera a la ciudad, y no regresara hasta que todos estuvieran informados y los testamentos leídos. Él suele viajar —explicó buscando algo a lo que aferrarse—. Pero nunca me hace esto. Siempre me llama... Y ahora solo me envía mensajes de texto. Me dice que está bien. Que no me preocupe, que tiene mucho trabajo y que pronto vendrá a casa. Pero él no es de escribir. Prefiere las llamadas... Tal vez esté exagerando, tal vez sea una paranoica, pero conozco muy bien a mi marido... y eso no es propio de él.

—¿Cuál es su número de teléfono? No el de la empresa, el personal —aclaró—. ¿Me lo puede dar? —preguntó Karen.

—Sí. Ahora se lo apunto.

Adele buscó un lápiz y un papel en uno de los cajones del armario. Se apoyó en la mesa redonda y escribió el número de móvil.

—Estoy muy preocupada por él —reconoció sin poder evitar que las lágrimas se le cayeran por las mejillas. Era una mujer asustada, a la que le faltaba su marido—. No he querido llamar a la policía porque no quiero hacer el ridículo... Además, llamé a Harvey y él me tranquilizó. Pero aun así, hay algo que no me deja dormir.

—¿Harvey le habló? —Karen abrió los ojos de par en par.

—Sí —contestó—. Le pregunté si sabía algo de mi marido. Y él me dijo que estaba en Las Vegas y que estaba bien. Que tenía mucho trabajo y que lo sentía por haberle enviado a él, pero era el mejor en estos casos —narró sin estar persuadida del todo—. Que pronto llegaría...

—Adele —Karen la tomó de los brazos y se mordió la lengua por tal de no decirle todo lo que ella ya sabía. Como por ejemplo, que Harvey le dijo que habían jubilado a Michaelson y que esa información era totalmente contraria a la que daba la mujer—. Vamos a intentar contactar con su marido, ¿de acuerdo?

—Ay, sí, gracias, querida... me harías un gran favor. No puedo dormir por las noches y estoy asustada. Tal vez sea por la edad... pero mi marido era un hombre que sabía muchas cosas. Muchísimas sobre los Bellamy, sus negocios y sus terrenos... Y era muy amigo de tu tío —le recordó—. De hecho, formaba parte del grupo de preservación de propiedades de los Gunlock y del cuidado de la reserva... Y estaba de su parte. No estaba a favor de los Bellamy.

La agente entendió perfectamente lo que Adele no se atrevía a decirle. Que tenía miedo de que a su marido le hubiera pasado algo por ir en contra de los Bellamy. Al menos, sabía que Harvey le había mentado en la cara. Y no se mentía a una agente del FBI.

En ese momento, en el televisor de Adele, salía la noticia de la llegada a Carson del futuro senador en campaña de Nevada. Karen y Lonan volcaron toda su atención en esas imágenes. Lonan se tensó al ver a Ben Bellamy, con sus canas perfectamente pintadas y sus dientes blancos, sonreírle al mundo como si fuera justo y legal. Cuando él sabía que era un violador y un extorsionador. A su lado, Harvey adoptaba su misma pose, sabedor de que algún día, él se quedaría su silla.

—¿Ben Bellamy está en Carson? —preguntó Lonan entre dientes.

—Eso parece... —musitó Karen sorprendida.

—Viene a dar un discurso en el pabellón Sur sobre la necesidad de crear nación y trabajo. Su hijo Harvey lo secundará y hará campaña sobre lo mucho que hace B&B por Carson — explicó Adele sorbiendo por la nariz.

Karen y Lonan parecían figuras de hielo mirando la imagen de la pantalla.

La agente podía sentir las oleadas de furia y desdén que recorrían el cuerpo de Lonan. Y a ella... a ella Harvey no le iba a tomar más el pelo. Veía muchos puntos oscuros en él, y la mentira sobre Michaelson lo ponían en un hilo directo de una investigación.

Demasiados frentes abiertos en esa ciudad.

Por un lado, la venganza de los Kumar.

Por otro, la guerra de la comunidad Gunlock contra los Bellamy.

Un accidente de autocar muy sospechoso.

Y en otro lugar las muertes de Sandra y Silvia en unas partidas clandestinas. Y todavía quería saber por qué dejaron el cuerpo en el hotel de su tío. Aunque, en ese momento, empezaba a atar cabos. Solo necesitaba comprobar que la loca tesis que sostenía su cabeza, podía ser cierta.

—Vámonos —ordenó Lonan malhumorado por ver a Ben.

—Sí —Karen sonrió a Adele y se disculpó por irse tan deprisa—. Voy a intentar ponerme en contacto con su marido.

—¿De verdad?

—Se lo prometo. Vamos a aclarar todo esto.

—Gracias. No sé cómo agradeceréte...

—No me tiene que agradecer nada. Es mi trabajo — dijo sujetando con sus dos manos la mano más vieja de Adele.

—Que Dios os bendiga a los dos.

Los ojos azules de Adele observaron a Lonan sin ningún tipo de prejuicio, solo con una gratitud inmensa.

—A ti también, muchacho.

Lonan se detuvo antes de abrir la puerta de la casa y miró a la mujer de soslayo, agradecido y extrañado por aquellas palabras.

—No hay de qué, señora.

Dicho esto, cuando él y Karen salieron de la casa de los Michaelson, Lonan agarró a Karen de la mano y la llevó hasta el coche, donde la apoyó contra la carrocería y con cara de pocos amigos la señaló con el dedo.

—Dime que no sigues confiando en Harvey —le advirtió—. Porque para mí está más que claro. Apesta y creo que está metido hasta las rodillas.

—Guárdate el dedito —le pidió rodeándolo con los dedos y bajándoselo de golpe—. Y no. No confío en él. De hecho, creo que tienes razón. A mí me ha engañado —le explicó—. Me dijo que le habían dado la jubilación anticipada a Michaelson y era mentira. Harvey es un mal bicho. Lo que me preocupa es que tengamos tantas investigaciones abiertas y que en última instancia, todas tengan relación. Y si es así —sacudió la cabeza sobrecogida— esto es demasiado grande y se nos puede escapar de las manos.

—A mí no se me va a escapar nada —aseguró rotundo—. El poder está repleto de mierda y corrupción y tarde o temprano debe explotarles en la cara. Esta es nuestra oportunidad de poner a los Bellamy en su lugar. Todo depende de lo que suceda en El Amo. Eso lo detonará todo.

—¿Tú ya tienes tu veredicto?

—Igual que tú, rizo —la tomó de las caderas—. Veremos quién se lleva el gato al agua —la acercó a él y la apretó contra su cuerpo—. ¿Cómo puede ser que metidos en lo que estamos, solo pueda pensar en llevarte otra vez a la

cama? Tengo la cabeza hecha papilla por tu culpa —reconoció con ojos atónitos.

Para ella, esas palabras eran música, y se parecían en mucho a lo que de verdad quería oír. Le acarició la mejilla y unió su frente a la de él, poniéndose de puntillas.

—¿Qué se siente, Lonan?

—¿Qué se siente de qué, bombón?

—¿Qué se siente cuando te miran como un héroe? ¿Viste cómo te miró la señora Adele? Como si hubieras caído del cielo —lo besó en los labios y le acarició los pómulos con los pulgares—. En Carson no todos te mirarán mal. La gente olvidará. La gente se arrepentirá —le juró.

Los músculos de la mandíbula de Lonan se movieron compulsivamente, pero su manera de mirarla, le hablaba de felicidad y emoción.

—Sigo queriendo venganza, Karen —admitió—. Sigo queriendo darle una lección. No soy capaz de olvidar.

—En algún momento hay que mirar hacia adelante, Lonan. Las heridas cicatrizarán y...

—No. No será así, nena. Soy rencoroso. No olvido —se llevó la mano de Karen a la boca y le mordió los nudillos—. Yo nunca seré un héroe. Tú sí. Tú eres la que está aquí dando la cara por los demás, por personas y etnias que ni te van ni te vienen. Y para mí, para los Kumar, incluso para los Gunlock —le juró obligándola a ponerse de puntillas— tú siempre serás ese ángel caído del cielo. Un ángel justiciero.

—¿Sabes? —ella le acarició el pelo corto y rasurado, tan negro que parecía el pelo de una pantera—. Ojalá mi padre, alguna vez, me hubiera hablado como tú lo has hecho ahora. Ojalá hubiera reconocido mi valía —no sabía por qué le estaba contando eso en aquel momento, pero necesitaba decírselo.

—¿No os llevabais bien tú y él?

—Sí —dijo ella, riendo con tristeza—. Sí nos llevábamos bien. Pero él no quería que yo llevara armas. No quería que me pusiera en peligro, como él.

—¿Es policía?

—Sí. Aunque le queda poco para la jubilación. Él... no encajó bien que me fuera a Quántico. Porque deseaba tenerme bajo su ala, protegiéndome constantemente. Él era el hombre, ¿sabes? Él cuidaría de mi madre y de mí. Sería el jefe —reconoció con tristeza—. Para él fue una traición que yo me graduara y consiguiera más galones de los que él tenía.

—No recuerdo nada de mi padre, Karen —contestó él—. Solo un paseo por el terreno de Tahoe y poco más... Pero si algo he aprendido todos estos años, es que no siempre tienen razón, y muchas veces se equivocan. Nunca estuve de acuerdo con la manera de actuar de mi madre Cihuatl. Esa sumisión tan acatadora, tan servicial hacia los Gunlock y hacia la sociedad, me remueve las tripas. Pero sé que la echo de menos y que siempre la querré, y daría lo que fuera porque estuviera aquí con nosotros. Daría lo que fuera porque estuviera viva. Puedes llevarte mal con tus padres o no estar de acuerdo con ellos, pero no por eso hay que dejar de verles como lo que son. Son padres. Siempre creerán que tienen potestad sobre sus hijos. Siempre creerán que tienen razón. Tú estás a tiempo de recuperar la relación con tu padre. Yo ya no tengo a ninguno de los dos — asumió sin inquina—. Siempre estás a tiempo de hacer las paces con él. Seguro que lo está deseando.

Ella sonrió con tristeza y le echó las manos al cuello para abrazarlo. Olió la piel de su garganta y le susurró:

—Dime, Lonan Kumar, ¿desde cuándo te has hecho tan sabio?

—Soy sabio, nena —contestó apartándose para mirarla—. Soy Gunlock y Calavera.

Cuando él la besó, sintió que volaba y que los polos del mundo se movían a su alrededor. Era irreal. Era imposible sentir tanto amor. El miedo amenazaba

con paralizarla, por alejarse... pero ese dominante guapo y vengativo la había atado a él.

Por la tarde tenían una cita con la justicia. Y debían prepararse a conciencia para coordinarlo todo.

Karen no quería perder en nada.

Quería resolver ese caso. Y quería a Lonan para ella.

A ella la habían educado para que entendiera que, en la vida, no se podía tener todo. Pero sería rebelde y desafiaría esa lección inculcada, porque esta vez, sí quería llevarse todo el paquete.

Tahoe

El Amo

—Agente Robinson.

Montgomery le hablaba a través del comunicador de su oreja. Lonan oía todo a través del suyo, y estaba de pie, a su lado, radiografiando el perímetro.

Koda y Dasan, habían llegado andando después de dejar el Hummer aparcado a un kilómetro de distancia, para no levantar sospechas.

Karen y Lonan hacía media hora que habían llegado en la Ducati a aquel *pub* a la orilla del Tahoe. No había llegado ningún coche todavía. Dejaron la moto oculta entre los árboles y esperaron a la llamada de Montgomery. Nick les había puesto en contacto a todos. Su amigo, su Tigretón loco, era un enlace perfecto para ayudar en una misión como aquella.

—Señor —contestó Karen.

—Deme su posición ahora mismo.

A Karen le hacía feliz ver que Montgomery había recuperado todas sus facultades para el habla durante los largos meses de inacción que pasó por culpa del coma que sufrió meses atrás en otra misión con la mafia rusa de por medio. Él era el único superior del FBI de quien se fiaba.

—Estamos en el exterior Norte de El Amo.

—Bien. Vamos un dispositivo de ocho personas al lugar. Queda tres cuartos de hora para que sea la hora convenida.

—Lo sé, señor —Karen se sujetó bien el pinganillo para oírle mejor.

—¿Por qué se ha metido en este lío? —le preguntó a modo de confidencia.

Karen se lo imaginó poniendo los ojos en blanco, como siempre hacía.

—A mí los problemas me encuentran, señor, no los busco.

—¿Sabe que estamos pasando por encima de la jurisdicción del FBI de Nevada por usted? Es como si nos pisoteáramos los unos a los otros.

—Lo sé. Pero es lo que deben hacer, señor. Creo que hay altos cargos involucrados y corruptos.

—No lo dudo, a tenor del informe que nos ha facilitado y las pruebas que ha descubierto sobre los asesinatos de Sandra Myers y Silvia Green. No obstante, espero que no todo sea tan oscuro como preveemos.

—Espere sentado.

Montgomery rio en voz baja.

—Siempre tan impertinente, agente Robinson.

—Lo siento —contestó falsamente.

—No se disculpe. No le creo. ¿Lleva su cámara?

Karen sujetó su colgante y asintió.

—Sí, señor.

—Bien. Agente, no está de más decirle que no arriesgue más de la cuenta. Dicen que asisten a esa partida como público, que el tal Lombardo les va a meter en ella. Pero no puede entrar ahí desarmada.

—Lo sé, señor. Llevaremos un arma oculta.

—¿Cuántos entran con usted?

—Somos cuatro, señor —contestó ella—. Tres Deltas amigos míos y yo.

—Los Kumar, ¿verdad?

—Sí, señor —Karen frunció el ceño extrañada y miró a los Calavera.

—No se sorprenda. Nick Summers me ha puesto al día de todo. ¿Están con usted ya?

—Sí, señor. Los tengo aquí conmigo.

—Entonces, estoy convencido de que no permitirán que le pase nada. Ahora bien, los Delta suelen entrar en acción como elefantes en cacharrerías. Sería importante que mantuvieran todo bajo control, porque no queremos bajas inesperadas. No sabemos quiénes hay ahí ni qué tienen pensado hacer... Aún no comprendemos el funcionamiento de esas partidas ni los motivos de esas reuniones. Esperen hasta que encuentren el momento adecuado para intervenir.

—Sí, señor —contestaron los tres Kumar.

—Bien. Les dejo. Estaremos en contacto. Hagan bien su trabajo.

—Sí, señor.

Cuando cortó la comunicación, fue Nick quien entró en línea.

—Eh, guapa, pst...

Ella sonrió feliz de oírle.

—Mira, no sé cómo haces para que Montgomery te hable así, como si tuviera azúcar en la boca...

—Corta el rollo —Karen sujetó su Beretta, se aseguró de que estuviera bien cargada, y la guardó en su arnés, a un lado de sus costillas.

—Es verdad... Eres su favorita.

—No. Y para ya. Tenemos que concentrarnos.

—Sí... oye, voy a controlar el perímetro de El Amo vía satélite. Os informaré de lo que va llegando por el intercomunicador. Mantén la cámara recta, Robinson. Y graba todo lo que puedas y más. Las imágenes se pasarán a mi portátil inmediatamente. Se va a grabar todo.

—¿Cómo...? ¿Has *hackeado* mi cámara otra vez? —Nick tenía una mala costumbre de hacer lo que le diera la gana.

—Nah... solo un poco. Pero tranquila, no había nada guarro... solo una cena con Bellamy, donde él babeaba y tú, prácticamente, le decías a todo que no y le mentías.

Lonan carraspeó y buscó los ojos de Karen. Ella le miró y él entrecerró los párpados con diversión, como si se la jurara, pero en broma.

—Está bien. Te tenemos que dejar, delincuente —le dijo a Nick—. Es hora de entrar.

—Eh, tú.

—¿Qué?

—Ten muchísimo cuidado. No quiero que mi hija se quede sin tía. Y dile a los indios que van contigo que no te quiten ojo.

A Karen aquello le enterneció. Pero se obligó a endurecerse. No iba a entrar a un lugar como aquel con los ojos brillantes, pensando en una niña rubia con coquitos y ojos azules.

Maldito Nick Summers. Cómo le quería y qué buen amigo era.

—Adiós, Nick. Hablamos.

—Sí, adiós, Nick —le dijo Koda a través de su comunicador—. Estaremos encantados de que vengas un día a casa, montes búfalos y caces ciervos con nosotros... Ah —espetó divertido—. Y haremos diana con tu culo.

—Paz, hermano. Paz —contestó Nick tomándoles el pelo.

—Vamos —Karen agarró a Koda y a Dasan y los hizo andar delante de ella, para que dejaran de seguirle el juego a Nick. Qué fácil era provocarles.

—Quédate tranquilo, tigretón —contestó Lonan finalmente—. No vamos a dejar que le pase nada.

Dasan y Koda se echaron a reír al oír su apodo.

Y Karen acabó regañando a Lonan por su insolencia.

—Lonan...

—No pasa nada —él le pasó un brazo por encima de los hombros y le plantó un beso en la boca—. Pero hay que marcar límites —le guiñó un ojo.

Límites. En los límites pensaba Karen minutos antes de entrar en El Amo.

¿Qué límites pondrían si tuvieran que salvarse la vida en ese lugar?

No lo sabía.

Ella no tuvo oportunidad de vivir la misión de Amos y Mazmorras, y supo que fue una carnicería.

Pero sí vivió la misión del clan Yama de Japón, y a punto estuvieron de hacer una tabla de carne con ella.

Ahora, en Tahoe, en El Amo, una pregunta rondaba su mente.

Sería un día de caza. Pero ¿quién sería el cazador y quién el cazado?

Una vez dentro del club, todo de madera al entrar y con una sala central enorme vacía, con una mesa circular de piedra solo en su interior, la cual estaba rodeada de taburetes metálicos, un desencajado Joe les recibió pálido y sudoroso.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Lonan con tono dominante—. Relájate, joder. No quiero que sospechen nada.

—Estoy muy nervioso —los miró de arriba abajo. Parecían militares, los cuatro vestidos de negro, con botas, y armas pegadas al cuerpo—. Si descubren que...

—Lo van a descubrir —aseguró Lonan cerniéndose sobre él—. Pero cuando lo hagan, tú estarás protegido por la policía. Sobrevivirás.

Lombardo se frotó la sien con los dedos y decidió creer en la palabra de Lonan, aunque eso no le calmara los nervios.

—Danos lo que nos tienes que dar para pasar desapercibidos —lo apremió Karen.

—S-sí... —tartamudeó Joe. Abrió una caja de cartón y sacó cuatro túnicas negras con máscaras marrones de animales. Eran cerdos—. Poneos las túnicas y las máscaras.

—¿Cerdos? —preguntó Dasan incrédulo—. ¿Qué demonios hacen aquí? ¿Están locos?

—Ponéoslas. Todos irán igual. Una furgoneta me dejará al público de esta partida y yo los colocaré a vuestro alrededor, orbitando la mesa. Los jugadores irán vestidos con túnicas rojas y máscaras doradas.

—¿Y Hermes? —preguntó Karen colocándose la túnica por encima del cuerpo. Como era holgada, nadie podría adivinar que bajo la tela llevaba un verdadero arsenal.

—Hermes estará sentado ahí —señaló un trono de hierro pegado a la pared, en frente—. No estará en ninguna sala colindante esta vez.

—¿Y el Barquero?

—Caminará por la sala, entre la gente, y rodeará a los jugadores y al público, a los observadores y a los que no lo son. Ahora, vosotros quedaos aquí. Tenéis que colocaros en posición de sumisión. Rodillas al suelo, y ojos mirando hacia abajo. Ni a Hermes ni al Barquero les gusta que les miren a los ojos directamente. No lo toleran.

—No tolerarán nada de lo que les pase hoy —recalcó Koda cubriendo su rostro moreno con aquella máscara de cerdo.

—Nunca pensé que iríamos de los tres cerditos —dijo Dasan divertido.

—No os queda nada mal la ropa —les dijo Nick desde el comunicador.

—No hablo con Phoskitos —contestó Dasan.

—No entiendo lo que decís —Joe estaba perdido. No dejaba de sudar y se agarraba las manos compulsivamente.

—¿Dónde nos quedamos? ¿Aquí? —preguntó Karen.

—Sí —Joe les guió hasta colocarlos a dos metros de la mesa de juego—. Yo traeré a los demás y os mezclaré.

—¿Y no les extrañará que estemos antes que ellos?

Joe sacudió la cabeza negativamente.

—Eso es imposible. Los drogan. No se enteran de nada... Yo me encargo de recibir al público y ubicarlos. Quince minutos después llegan los jugadores, Hermes y el Barquero. Yo me voy, cierro la puerta, y se juega.

Qué asco. Qué terrorífico era todo eso.

Lonan se colocó al lado de Karen, y Koda y Dasan detrás de ellos, de rodillas.

—¿Estás bien? —Lonan le ofreció la mano boca arriba y Karen entrelazó los dedos con lo de él.

—Sí.

—Va a salir todo bien. Koda ha hecho un conjuro...

—¿Un conjuro? —Karen miró a Koda girando la cabeza hacia atrás.

—Sí —asintió Koda.

—¿En serio? Un conjuro no nos va a...

Lonan dejó ir una risita, besó el dorso de su mano y miró al frente en silencio.

—Es broma, ¿verdad? —le recriminó.

Él dejó caer la cabeza de cerdo a un lado y respondió:

—Oing, oing —asintiendo afirmativamente.

Que Lonan pudiera bromear en un momento así hablaba de sus distintas preparaciones y del modo en que él se tomaba la vida. La enmudeció y le sacó

una sonrisa, llena de admiración, respeto y amor, que él nunca vería, porque las máscaras les cubrían la cara.

—Hemos entrado aquí vivos —sentenció Lonan sin dejar de mirarla—. Te doy mi palabra que saldremos de aquí los cuatro vivos.

Ella no le iba a llevar la contraria en eso.

No iba a permitir ni una baja.



CAPÍTULO 14

Nada podía haber más aterrador que aquel silencio.

Joe había hecho entrar al resto del público, y los había colocado por toda la sala. Karen contó unas treinta personas, hombres y mujeres.

Se tambaleaban de un lado al otro y no daba la impresión de que estuvieran conscientes. De hecho, no lo estaban, dado que Lombardo les había dejado claro que se los entregaban drogados.

«Han llegado cuatro coches negros», les informó Nick por el intercomunicador. «Han salido diez personas de ahí. Llevan túnicas rojas y máscaras doradas. Excepto uno, cuya túnica es lila, como la de un sacerdote. No los podemos identificar así... Van a entrar. Estad preparados».

Las instrucciones eran claras. Necesitaban contención para no intervenir en un momento inadecuado y echar esa corta infiltración por tierra.

Lonan fue consciente del momento exacto en que los ocho jugadores entraron y se sentaron alrededor de esa mesa de piedra.

«No levantéis la cabeza», les iba diciendo Nick. «La cámara de Karen lo está viendo todo. Yo os iré diciendo lo que pasa».

«Bien, han entrado los dos últimos. El de la túnica lila se va a sentar en el trono de acero. Su máscara solo tiene ojos. Ni boca ni nariz. Y es toda dorada. El otro, que entraba con él, tiene una máscara especial, como la de un demonio, pero también es dorada. Y sostiene una vara».

—Bienvenidos al mundo de Hermes. El dueño del juego de la vida, lector del azar y dador de destino. Hermes —señaló al del trono— ha visto vuestro futuro, pero permite que estos jugadores de la mesa —señaló a los ocho enmascarados— os den la oportunidad de ser redimidos o perdonados. Se jugarán vuestra vida.

A Lonan y a Karen aquello les sonaba a asesinato en masa. No les gustaba el cariz que tomaba la partida.

—Yo soy el Barquero y conozco vuestras faltas y vuestros pecados. Una vez acabe, decidiré quiénes cruzan mis aguas y quiénes no. Decidiré a quiénes perdonaremos y a quiénes no.

«Bien. Atentos. El Barquero es el de la túnica roja con máscara de demonio».

Karen percibía al Barquero justo delante de ella. Tenía ganas de dispararle al pie, pero aún era demasiado pronto.

—Jugadores —se dirigió a los ocho—. Las reglas están claras. Hermes os ha traído lo que pedíais. Cada uno de los miembros del público aquí presentes, son escollos para vuestros propósitos. Tenemos a cuatro indios de la reserva de Mojave, que no quieren vender sus tierras para vuestros casinos. A dos propietarios de casinos indios de los que más facturan, dispuestos a morir para haceros un favor y que recuperaréis vuestros beneficios. Tenemos al gestor del juego de apuestas de la comunidad india de Las Vegas, y a cuatro Piauxtes que residían en California y que son testigos de un juicio contra uno de vosotros. Tenemos al principal supervisor del acta regulatoria del Juego Indio, que no cede al chantaje de uno de nuestros jugadores. También se encuentra entre el público, un traidor que ha decidido posicionarse de parte de los Gunlock en la lucha por los terrenos y los antiguos contratos de compra venta. Además, tenemos a un agente de la policía de Carson que no quiere hacer la vista gorda con nuestros asuntos. Y por último, hemos encontrado a un nuevo espía de nuestros sistemas de juego que quiere denunciarnos por estafa. Ahora haced la apuesta y pagad a Hermes por daros la oportunidad de quitaros lastre de encima.

Karen lo comprendió a la perfección. En la partida nadie se jugaba nada en realidad. Era una excusa para pagar la deuda a Hermes por traerles a todas esas personas que molestaba a los ocho jugadores respecto a sus negocios y aspiraciones. Hermes se los traía para que hicieran con ellos lo que quisieran, como en un sacrificio. A cambio, el Barquero y Hermes se llenaban los

bolsillos. Era un clan. Una secta. Donde se reunían para matar y limpiar su mundo perfecto de imperfecciones. La partida de póker era simbólica, y el sello del trébol de cuatro hojas solo era una marca. Una marca del diablo para señalar a los que debían morir. Los jugadores, los ocho, llevaban el sello en el dedo corazón... Desconocía si los del público también tenían esa marca, porque no les veía las manos, dado que las mangas holgadas las cubrían.

—La apuesta empieza en cinco millones de dólares — anunció el Barquero —. Jugad. Ofreced el bote a Hermes y después, gane quien gane, torturad a estos indeseables como os plazca. Tenéis salas de castigo y tortura en la planta inferior, con todo tipo de objetos lacerantes. Cuando acabéis, dejad los cuerpos en su lugar. Nos encargaremos de ellos.

Cinco millones de dólares era lo que los jugadores tenían que pagar a Hermes y al Barquero para que se diera lugar esa partida y les trajeran a las víctimas que deseaban.

Se le iba la sangre de las venas al imaginar lo fácil que era para esas personas comercializar con vidas ajenas, extorsionar, engañar... y si nada de eso les funcionaba, entonces mataban.

«Karen. No podéis tardar en actuar, ¿me oyes? En cuanto acabe la partida, eso se va a convertir en un matadero. En una tercena humana».

—¡A jugar! —exclamó el Barquero.

Lonan hizo un movimiento extraño con la cabeza, mientras los jugadores empezaban a hacer sus apuestas, sin perder de vista al público, que era su verdadero objeto de deseo.

Karen oteó a Lonan y vio que volvió a hacer el mismo gesto.

«Tenéis dos hombres armados con metralletas en la puerta principal. Y uno detrás de vosotros y otro detrás de la mesa. Cubren los cuatro costados».

—Un momento —irrumpió la voz de Hermes.

El Barquero lo miró con sospecha. Hermes se levantó del trono de acero y caminó, como si se creyera un dios, hasta colocarse al lado de su segundo al mando.

—¿Qué sucede?

—He contado a quince ofrendas. Pero aquí en esta sala hay diecinueve.

Ofrendas. Así llamaba Hermes a las personas que iban a asesinar. Las ofrendas tenían máscaras de cerdo. El público normal llevaban máscaras de lobos.

—¿Cómo? —el Barquero miró al frente y contó a los presentes—. No puede ser... Son todos los que...

—Ahora, Karen —susurró Lonan.

Lonan estaba afirmando. Decía que sí. Era el momento.

Entonces, los cuatro se levantaron a la vez. Koda y Dasan dispararon a las rodillas de los miembros de seguridad que esperaban en la puerta.

Los otros dos guardaespaldas también abrieron fuego, pero Lonan y Karen fueron más rápidos y los hicieron caer primero.

Hermes empujó al Barquero encima de Lonan y los dos cayeron al suelo. Aquel batiburrillo sirvió para que un miembro de los ocho jugadores también huyera.

—¡Alto! —Karen se fue corriendo detrás de Hermes.

Koda y Dasan apuntaban a los jugadores. Se habían levantado corriendo para alejar las armas de los guardaespaldas y ahora todas estaban en su poder. Escucharon un disparo en el exterior y Dasan le dio permiso a su hermano Koda para que fuera a ver. Porque Karen estaba en juego y no la podían perder.

En ese momento entraron en escena Montgomery y su equipo, y detuvieron a

los jugadores y a los guardaespaldas, pero Lonan sabía que Karen había ido tras Hermes y no iba a quedarse ahí inmovilizando al Barquero mientras su chica salía disparada en busca de los otros.

Sí. Era su chica. Y esperaba que cuando acabara todo aquello lo tuviera bien presente.

—¿Dónde está la agente Robinson? —preguntó Montgomery, de cuyo rostro solo se le veía la perilla. Llevaba un casco con unas gafas transparentes parecidas a las de tiro, y su cuerpo estaba envuelto en un equipo antibalas.

—Ha ido a por Hermes.

—Ve a por ella. Corre. Tú y tú —ordenó a dos de su pelotón—. Acompañadlos. Nos hacemos cargo de todo esto.

Lonan no esperó más orden que esa. Salió disparado de la sala siguiendo la dirección que había tomado Karen. Tenía el corazón en un puño.

Por el camino, en la salida trasera de El Amo, que daba a la zona más espesa de bosque y colindaba con el lago, se encontró a su hermano Koda arrodillado frente a Joe Lombardo. Le habían pegado un tiro en la garganta. Koda intentaba detener la hemorragia sin éxito.

—¡Ve a por Karen! —le gritó Koda.

—¿Por dónde ha ido?

—Por ahí —señaló un camino de tierra que serpenteaba entre los pinos. Estaba oscuro y no se veía nada.

Lonan corrió como si el demonio le persiguiera. Y no era el demonio el que lo perseguía, era el miedo atroz de perder aquello que le había devuelto la capacidad de amar.

Su corazón.

Mientras tanto, Koda quería salvar la vida de Joe, pero al ver que no era

capaz, se acercó a su rostro y le preguntó:

—Escúchame bien, Lombardo. La chica que hacía de Hermes para ti...

—Qué...

—¿Quién es? ¿Dónde la puedo encontrar?

—Es... No puedes tocarla. Dicen que... nació del fuego de las brujas. Es...

—Dime su nombre. Su nombre, Lombardo —exigió saber Koda con los dientes apretados y la vena del cuello hinchada.

—Se llama... Sky... Sky es su nombre. Sky... —cerró los ojos paulatinamente. Su piel se tornó cerúlea y sus pulmones dejaron de robar aire que ya no les pertenecía.

Joe Lombardo murió acompañado de Koda. Y la última palabra que pronunció, se convertiría en la primera piedra en el camino del pequeño de los Kumar.

Al menos, esos ojos violetas, tenían un nombre. Y ahora ya sabía que era real.

Y que podía ir a por ella.

Porque se lo debía a todos.

Karen salió hasta la carretera. Había perdido de vista a Hermes.

Hacía rato que se había quitado la máscara y la túnica, que había dejado tirada por el camino. Luchaba por coger aire sin dejar de mirar a su alrededor, para ver si veía un maldito destello de túnica morada. Pero no veía nada. Nada en absoluto.

—Karen. Tira el arma.

La voz fue muy conocida, pero dado que no la ubicaba ahí, la tomó por sorpresa y se dio la vuelta con la guardia baja.

Era Harvey. Harvey con una túnica roja. Sin máscara. Harvey apuntándola con una pistola.

Estaba tan sorprendido como ella de verla ahí.

—Tira el arma —le repitió.

Karen dejó caer su Beretta al suelo mientras pronunciaba todo tipo de improperios.

—¿Qué significa esto?

Ella no necesitó un croquis. Harvey formaba parte de esos ocho de la partida. Era un jugador. De repente todo empezaba a encajar de manera precipitada.

«También se encuentra entre el público, un traidor que ha decidido posicionarse de parte de los Gunlock en la lucha por los terrenos y los antiguos contratos de compra venta», había dicho el Barquero. Y lo supo. Supo que ese traidor era Michaelson. Que el señor Michaelson estaba entre el público a exterminar. Y que Bellamy se iba a encargar de ello.

—Vamos, no me jodas... —murmuró Karen.

—¿Eres policía? —dijo el moreno con cara de loco.

—Soy agente del FBI —contestó.

—¿Me has estado investigando desde que llegaste a Nevada? —inquirió dando un paso hasta ella.

—No. Nada más lejos de la realidad. Llegué a Nevada para descansar y pasar unas pequeñas vacaciones. Pero encontrar un cadáver en la piscina de

mi tío me reventó todos los planes.

Los ojos negros de Harvey se volvieron fríos y vacíos. Acababan de darse cuenta de que lo habían pillado.

—El cadáver de Sandra Myers —sentenció—. ¿Por qué debías meter las narices ahí?

—Porque no soy tonta. Lo mandé investigar por mi parte y descubrí que el atestado de la policía mentía.

—Camina —le ordenó agarrándole fuertemente de la melena—. No es bueno que una chica sea tan lista... Y menos una chica guapa como tú. Camina hacia adelante. Hay un coche más arriba esperándonos

—No hay nada, Harvey. No puedes salir de esta.

—Claro que sí. No me subestimes.

—¿Por qué dejasteis el cadáver de Sandra ahí?

—Porque mi constructora quería esa parte del terreno de Carson para construir mi casino. Dejando un cadáver, el hotel quedaría estigmatizado y perdería el valor. Yo podría comprarlo a precio de ganga... pero resultó que tus vecinos, Kadal Asociados, te lo compraron antes.

—Eso es tan retorcido —gruñó a desgana—. ¿Sabes qué creo? Que los ocho jugadores que estáis ahí tenéis negocios en común, y sois unos racistas. Odiáis a los indios. Creo que os lucráis con los casinos de Tahoe, los cuales, según investigué, la mayoría son tuyos y de tu papaíto, y con lo que sacáis de ahí, os pagáis vuestras campañas políticas. Pero es dinero corrupto. Porque vuestros casinos hacen trampas, y siempre acaba ganando la banca. Por eso os investigaban Silvia y Sandra. Ellas lo descubrieron y entonces, las metisteis en una de vuestras partidas sádicas para acabar con sus vidas. Después movilizasteis los cadáveres. Uno lo enviasteis a Carson. A mi hotel —espetó con inquina mientras avanzaba a través de la espesura del bosque— para que hiciera carambola con tus objetivos de ampliación de casinos. Y el otro lo

llevasteis a Las Vegas, para que nadie sospechara. ¿Cuántos tenéis huntados con vuestros negocios? Deben de ser tantos...

—Muchos. Se necesita a mucha gente para llegar donde estoy ahora.

—¿Y dónde estás ahora? A punto de ir a la cárcel. El autocar donde murió tanta gente, según tú, miembros ejemplares de Carson, estaban en contra de los intereses de tu padre y tuyos respecto a la expropiación de terrenos indios y su posterior venta para constructoras de casinos y otros negocios en los que, siempre, mira por dónde, salíais vosotros como principales benefactores. Los matasteis.

—¿Y qué?! —exclamó con los nervios a flor de piel y la cordura totalmente extraviada—. ¡Hay que hacer sacrificios siempre, Karen! ¿Dónde crees que vas a llegar tú con esa honestidad? A que te metan un tiro entre ceja y ceja, como haré yo —le espetó rabioso.

—Tu supuesto interés por mí eran mis propiedades. Las de Tahoe y las de Carson. Quieres esos terrenos para tus negocios.

—Por supuesto.

—Pero como yo no quería vender, tú insistías...

—Me quería meter en tus bragas, pero eres una estrecha. En la siguiente partida, seguramente, habrías estado tú como sacrificio —arguyó con malicia.

—¡Mataste a mi tío Henry! ¡Mataste a Cihuatl, la madre de los Kumar!

—Grita tanto como quieras, Karen. Aquí nadie te puede oír.

Qué equivocado estaba.

—¿Sabías que tu padre la violó cuando ella se quedó viuda?! ¡¿Sabías que tienes un hermanastro?! —lo provocó.

—Lo que mi padre hizo, hace y hará, me deja estar donde estoy hoy. Somos la punta de la pirámide en la cadena alimenticia. El pez grande se come al

pequeño. Siempre pasa, bonita.

—Pues deberías saber que los Kumar son los dueños del Reino de la Noche. Y que ha sido a ellos a quienes he vendido mi hotel.

Aquello sí espoleó a Bellamy, que no podía creerse que esos mestizos le hubieran ganado la partida.

—Mientes.

Karen se echó a reír y negó eufórica.

—No miento, capullo.

—¿Te has acostado con alguno de ellos? ¡Son indios! — gritó como si eso no fuera posible.

—Y tú solo eres un clasista asesino y xenófobo —Karen impulsó la cabeza hacia atrás y le rompió la nariz a Harvey.

Seguramente, el golpe le habría abierto una brecha en la cabeza, pero le dio igual. Harvey volvió a apuntarla, esta vez, con la cara chorreando de sangre y la mirada perdida. Se sacó de la cinturilla del pantalón la navaja tipo mariposa que su tío tenía en su casa, y cortó a Harvey en el brazo. El acto reflejo de él hizo que disparara y que la bala impactara en Karen, a la altura de la clavícula, justo donde el traje antibalas no le cubría.

Lonan apareció en escena como un salvaje, como un león hambriento. Placó a Harvey y le agarró de la muñeca para que soltase la pistola. Cuando lo hizo, se la partió con un movimiento de aikido. Harvey gritó asustado, y Lonan aprovechó para golpearlo una y otra vez en la cara. Le dio tan fuerte que se le pelaron los nudillos, hasta que alcanzaba el hueso. Lo dejó desfigurado. Y aun así, continuaba...

—¡Lonan! —Karen le llamó la atención desde el suelo.

Cuando el Calavera advirtió que estaba herida, dejó el cuerpo inerte de Harvey en el suelo y corrió a socorrerla.

—¿Karen? ¡Te ha dado!

Ella intentaba sujetar la herida. Luchaba por taponarla, pero le era imposible porque estaba convencida de que la había alcanzado alguna arteria.

Se estaba desangrando.

—Lonan —dijo Nick a través del comunicador—. Deja a Harvey en el sitio. No se moverá de ahí. Montgomery os está buscando. Lleva a Karen a un hospital y date prisa.

Lonan la cargó en brazos y obedeció a Nick como si le hablara un Dios.

Sentía que se le escapaba el corazón por la boca al ver así a la agente. Ella era consciente de que la herida era grave y él también.

—¡Aguanta! —le pidió.

Montgomery dio con ellos a medio camino.

—Súbela. La llevaremos al hospital. Seremos más rápidos que las ambulancias.

El Land Rover se metió dentro del bosque para que Lonan dejara a Karen en la parte de atrás. Se la sentó encima, prácticamente, y ordenó al conductor del todoterreno que arrancara.

—Montgomery, Harvey Bellamy está... —a Karen se le nublaba la vista, pero todavía tenía fuerzas para ser profesional y dar el parte a su superior.

—Ya sé dónde está. Los chicos están recogiendo los pedazos que el Delta ha dejado de él —contestó malhumorado.

Pero a Lonan le importaba un comino que el jefe del FBI estuviera enfadado por sus procedimientos. Ese tío había disparado a su mujer.

Tenía que pagar por ello.

—¿Quién es el Barquero? —quiso saber Lonan, aunque ya lo sospechaba. Donde había una mierda, siempre podía haber otra.

—Es Ben Bellamy —contestó dirigiéndole una mirada inteligente a Lonan—. Esto va a ser un caso de Estado. El que se postulaba para futuro senador de Nevada es un violador, extorsionador, racista, mafioso... Y los jugadores no se quedan atrás. Empresarios importantes del país, directores de bancos, político, gestores, abogados, jueces... Coño con Karen —murmuró vigilando que la joven no se desmayara—. Tiene un puto imán para los casos gordos.

—Y siempre los resuelve ella, por lo visto —le echó en cara a Montgomery.

El jefe lo marcó con sus ojos azules claros, pero no le replicó.

—La reconoceremos como es debido.

—No quiere reconocimientos —espetó Lonan con voz mortífera—. Quiere vivir. Así que dile a tu chico que apriete el acelerador o lo encañono aquí mismo.

—Smith —Montgomery llamó la atención al conductor—. Tiene la puta razón. No estamos de paseo. Espabila o te degrado.

El trayecto desde El Amo al Hospital quedaría marcado por las gomas quemadas del Land Rover en la carretera.

Dasan y Koda miraban a su alrededor y solo veían a personas drogadas y confundidas por el tiempo que habían estado bajo el yugo de esos malnacidos.

A los jugadores esposados y con cara de no poder creérselo, y a uno en particular. Ben Bellamy no podía comprender qué había salido mal. Estaban

acostumbrados a hacer estas reuniones, y nunca tuvieron problemas. Y de repente... cuatro del público se alzaron y todo voló por los aires.

Los dos hermanos Kumar se dirigieron al expolítico y futuro presidiario, y se plantaron delante de él, mirándolo con soberbia.

—Deberíamos matarte.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—Yo. Soy. Tu. Hijo —contestó Koda con voz de Darth Vader. No se tomaba nada en serio a ese hombre. No significaba nada para él. Lo único bueno que había hecho por él fue poner su semillita. Lo peor, que tuvo que hacer daño a su madre para lograrlo.

Dasan se rio del chiste de su hermano.

—Somos los Kumar. Violaste a nuestra madre, mamón —Koda vigiló que no los miraran y entonces le dio un puñetazo en los testículos, tan fuerte, que Ben palideció y tuvo arcadas del dolor—. Cihuatl, ¿la recuerdas? Y luego provocaste que le hicieran el vacío y no le dieran asesoramiento legal. Debería hacerte lo que hace Karen con los violadores. Pero creo que con el golpe que te he dado, ya no podrás ni empalmarte —susurró lleno de odio hacia él.

—Vamos a devolver a Carson la gloria de sus tradiciones y el brillo de sus tierras —le dijo Koda—. Vamos a ser los nuevos dueños. Haremos pagar a quienes se lo merezcan. No somos héroes, pero es momento de que los Gunlock dejen de tener miedo, dejen de vivir en sus propios casinos y de tener entradas prohibidas a todo lo demás. Carson no será racista. Porque los Bellamy van a desaparecer del mapa. Y porque su estado no tendrá un senador que lo es. Se os ha acabado la bicoca.

Bellamy estaba rojo como un tomate y escupía baba por la boca.— Ha sido un placer charlar contigo —dijo Dasan apartándose al ver que venían los del FBI a llevárselo.

—¿Qué le habéis hecho? —preguntó el oficial.

—Creo que tiene una indigestión. Ya es mayor... ya sabes —contestó Koda sin inmutarse.

Cuando se llevaron al político a rastras, Koda y Dasan se chocaron la mano con satisfacción.

—Es posible que le haya reventado el escroto —murmuró Dasan como si tal cosa.

—Es posible —Koda se encogió de hombros—. Vamos a coger el Hummer. Tenemos que ir al hospital para ver cómo está Karen.

Dicho y hecho.

La operación había salido bien, excepto por su amiga, la pareja de su hermano, que había resultado herida en su enfrentamiento con Bellamy.

Koda rezó a los ancestros, y lo hizo mentalmente, para que Karen saliera de peligro y se recuperase. La cordura de Lonan dependía de ello.



CAPÍTULO 15

Tres días después

—El sistema vascular reaccionó y dejó de enviar sangre a las extremidades para enviarla a los órganos vitales. La bala alcanzó pero no seccionó la arteria de debajo de la clavícula. Entró y salió, con lo que la herida, ya después de haber pasado el peligro, es limpia. Estarás en casa mañana mismo —era Shia la que había ido a ver a Karen al enterarse de lo sucedido y le explicaba cómo evolucionaba su herida—. Aún siguen hablando de vuestra intervención en las noticias, ¿sabes? Los vídeos que grabaste con tu colgante salen en todos los *prime time*... las caras de Ben y Harvey Bellamy se han estampado en todos los periódicos y se han convertido en los más odiados de Estados Unidos. Su exmujer, Marlene, habla en los programas de máxima audiencia y no deja de entonar el *mea culpa* en el tema de la violación y de pedir perdón a la familia Kumar. Más de treinta detenidos, Karen, en un caso de corrupción y racismo como pocos: jueces, abogados, directores de bancos, empresarios, políticos...

—¿Ah sí? —preguntó sin mucha energía.

—Sí. ¡Eres una heroína, nena! —la felicitó—. Quieren que te presentes en Carson para hacer carrera política.

—No voy a hacer eso. Solo quiero que me dejen tranquila y vivir en paz.

—Me temo que ese tal Montgomery no quiere que dejes el FBI. Ha pasado por aquí varias veces para ver cómo estás. Iba con una chica de pelo rojo y ojos muy verdes y otra morena de ojos azules helados. Parecían hermanas...

—Las Connelly —no tenía ninguna duda. Eran ellas. Celebrities del FBI que llevaban un tiempo retiradas. Aunque esas dos eran como ella. Nunca

desconectaban del todo—. Pero me da igual. No quiero volver todavía —y eso si volvía.

—Karen... ¡ánimate. Te esperan con los brazos abiertos. El Reino de la Noche se inaugura el viernes con una megafiesta del mundo de la dominación, ¿sabías? —le preguntó emocionada subiéndose las gafas por la nariz—. El señor Michaelson y su esposa te envían flores cada día. Y te agradecen que les salvaras. Fíjate —admiró la habitación, que parecía un jardín botánico—. Tanta gente quiere darte las gracias... Incluso Ely. El agente de policía que también salvaste, el que te informó del atestado —explicó—. El pobre sospechó que había algo que no cuadraba y por investigar por su propia cuenta y riesgo, lo metieron en el ajo. Creo que está enamorado de ti —sonrió nerviosa.

Sin embargo, la agente miraba a través de la ventana, ausente, pensando solo en su duda más existencial. Y no era que su padre la había estado llamando y le había dejado un mensaje en el contestador con un claro y emotivo: «ojalá el tiempo me permita arreglarlo y conseguir que un día tú te sientas tan orgullosa de mí como yo lo estoy de ti». Karen quería arreglar las cosas con él, y eso haría.

Pero en el fondo, lo único que le importaba eran los ojos verdes de ese dominante. Él.

—¿Dónde está Lonan?

—Estuvo contigo hasta que te despertaste —contestó Shia posando su mano sobre su rodilla.

Pero eso no era suficiente. Karen tenía necesidad de él, de su complicidad, de su presencia... lo quería ver a él porque lo quería. Y si Lonan no estaba ahí con ella, ¿qué quería decir? Exactamente eso. Que no sentía lo mismo por ella.

—¿Dónde está ahora? —exigió saber desanimada.

Shia se mordió el labio inferior, incómoda por no poder decirle la verdad.

—Él está muy ocupado.

—¿Ocupado? —arrugó la sábana en su puño—. ¡¿Ocupado?! Han venido Dasan y Koda y él no.

—Pero mira —se levantó a coger su bolso y sacó de su interior un sobre rojo—. Me ha dicho que te entregue esto personalmente.

Karen atendió al sobre. Lo abrió y extrajo una tarjeta invitación con una Calavera estampada.

—Léelo en voz alta —pidió Shia.

—Querida Mistress, el Reino reclama tu presencia. Ven preparada para imponer tu ley. Todos hincaremos la rodilla por ti —ella guardó la tarjeta otra vez en el sobre y se quedó pensativa—. ¿Qué es esto?

—Vaya... A mí esta manera de hablar rollo Amo y Ama me pone mogollón —confesó sin ningún pudor.

Karen sonrió ante el comentario.

—Es de aquí dos días.

—Sí. En la inauguración. Ya estarás bien. La herida cicatriza de maravilla y podrás asistir sin problemas.

—Necesitaré ropa porque pienso dejar boquiabierto a ese zoquete —señaló.

—Soy muy fetichista —le explicó Shia sentándose en la cama con cuidado de no hacerle daño—. Conozco muchas tiendas. ¿Qué necesitas? Compraré lo que quieras. Tú pide por esa boquita.

Karen no sabía qué tipo de invitación era esa. Pero fuera la que fuese, asistiría para decirle unas cuantas cosas a la cara a Lonan y admitir que la había decepcionado por no estar con ella.

—Entonces, ¿en serio que no lo podré ver hasta el viernes?

—En serio —sentenció Shia—. Lonan está muy seguro de lo que hace. Y está convencido de que te molestaría en el hospital. Quiere que te recuperes y después que vayas al Reino.

—Es un mentecato —cerró los ojos frustrada.

—Lo es. Todos los Kumar lo son. Aunque luego nos sorprendan y nos dejen sin palabras.

—¿Cuándo irás tú a por tu Calavera, Shia? —se lo preguntó delicadamente, sin pretender meter el dedo en ninguna llaga.

—Fácil, agente —contestó Shia tan natural—. Cuando él me vea de verdad. Pero no hablemos de mí porque tú eres la protagonista —sacó su móvil y abrió las tiendas de ropa de dominación que conocía—. ¿De qué color quieres ir? ¿Qué compramos?

Karen sabía perfectamente lo que tenía que ponerse. Y se iba a asegurar de que Lonan babeara al verla para después poder decirle que no a la cara. Darse el gustazo, al menos, de ser ella la que le deje. Y no al revés.

El Reino de la Noche

Inauguración

Lonan observaba su obra.

El Reino era un paraíso de dominación y sumisión, de erotismo y placer, de consenso y seguridad. Todas las salas estaban llenas de dómines y sumisos, algunos ya muy conocidos dentro de la noche. Y otros, amigos directos de Karen que esperarían saludarla y fundirse en un abrazo con ella en cuanto la vieran. Pero no antes de jugar él su última mano.

En una sala, jugando al spanking, Lion Romano ponía el culo como un tomate a Cleo Connely, que no dejaba de insultarlo y desafiarlo ante las risas sardónicas del moreno.

En otra sala, en la cruz de San Andrés, eran Leslie Connelly y Markus Lébedev quienes disfrutaban del goce de estar a la merced del otro. El de la cresta sonreía ante la osadía de la morena de ojos verdes con la fusta.

Sobre el potro, en un rincón de la sala principal, Sophie Cicceroni con su increíble tatuaje japonés y su flequillo recto aceptaba las dulces maniobras del rubísimo Nick Summers con el *flogger*.

Y en uno de los escenarios principales, vitoreados por todos, eran La Reina de las Arañas y el Príncipe de las Tinieblas quienes intentaban dominarse el uno al otro. Aunque todos sabían que Sharon ganaría siempre. Porque ella era la emperatriz de las dóminas. La beldad por la que todos se rendían. Y Prince era el primero en aceptarlo, dado que siempre sería su esclavo.

Pero no él. Él no se rendía por ninguna de esas mujeres. Solo se rendía por una.

Koda y Dasan se colocaron a cada lado de su cuerpo y miraron el panorama con la misma mezcla de orgullo y fascinación que él.

—Y el pecado llegó a la tierra —murmuró Dasan.

Los tres iban vestidos de negro. Llevaban una hombrera metálica cruzada con una tira de cuero al pecho. Los pantalones de piel negra y las botas con tachuelas les daban aspecto de gladiadores y moteros del Infierno.

Y no podía ser menos.

—Sabéis lo que tenéis que hacer cuando ella llegue, ¿verdad?

—Sí. Nos lo has dicho treinta veces ya —le recordó Koda—. Va a salir todo bien, tranquilo.

—Va a estar cabreadísima —opinó Dasan—. Te la va a cortar en público. No quiero ver esa humillación.

—Vete a la mierda, Dasan —refunfuñó Lonan.

Aunque le hizo gracia el humor negro de su hermano.

—Lo hemos conseguido —se felicitó Koda—. Karen nos ha liberado. Esta es una noche para celebrar muchas cosas. Disfrutemos, hermanos.

—Sí. Disfrutemos —Dasan fijó sus ojos entre la multitud, y se alejó de sus hermanos dejándolos tirados—. Ahora vengo.

Lonan, que siempre fue seguro de sí mismo y decidido, sentía que sus emociones pendían de un hilo. Como un muchacho de no más de quince años ante su primer gran amor.

—Vale tío. Está ahí —anunció Koda silbando anonadado.

Cuando Lonan se dio la vuelta y sus ojos verdes la contemplaron, se le secó la boca y se le paró el corazón.

—Hostia puta...

—Venga —lo animó Koda—. Vete a tu sitio. Dasan y yo vamos a por ella.

Karen miró a un lado y al otro.

Se había vestido solo para dejar a Lonan sin palabras, pero no pensó que llamaría tanto la atención de los demás.

Llevaba un vestido de cuero corto, de tirantes, de color negro brillante. Y unas botas con tachuelas, tacón de aguja y plataforma. Se había recogido el pelo con un diadema de brillantitos que le apartaba los salvajes rizos negros

de la cara, pero se los dejaba alrededor de la cabeza y del óvalo de su rostro. Tenía el pelo muy largo y muy vivo. Bien cuidado.

Se humedeció los labios rojos y no bajó la mirada ante el escrutinio que los Amos y sumisos le dedicaban sin cortarse un pelo. Tenía la mirada ahumada de negro y gris con purpurina, y se había rasgado los ojos, dándole el aspecto de una pantera.

En ese momento, Koda y Dasan, que parecía confuso y nervioso, la fueron a buscar.

Qué guapos eran los condenados y que sexis estaban así vestidos, y con los ojos maquillados. Sobre todo Koda, cuyos *piercings* relucían.

Los dos hermanos Kumar le ofrecieron sus manos, como si se tratara de la realeza. Y en el momento que ella las tomó, empezó a sonar la canción de Jennifer López: El anillo pa cuando.

Karen sabía que ellos no iban a responder a sus preguntas, así que se ahorró hacerlas. Pero en cuanto la guiaron hasta una pasarela que cruzaba toda la sala y daba a un escenario pequeño, pero el más alto de todos, se puso muy nerviosa.

La música sonaba alta, casi igual que el bombeo de su corazón. El cual estuvo a punto de explotar cuando apareció en ese escenario, como un gladiador con capa negra, Lonan.

Se le hizo la boca agua al verle así. Pero no olvidaba que estaba enfadada con él. Por Dios... ¿por qué era tan demoledor físicamente? Sin desmerecer a sus hermanos. Pero es que él... él... él le había robado el alma.

Me tratas como una princesa, me das lo que pido.

Tú tienes el bate y la fuerza que yo necesito...

La gente aplaudía y gritaba como si estuvieran en un concierto de su estrella favorita. Y solo eran ellos dos en un escenario. Pero tenía que reconocer que

la puesta en escena era espectacular.

Dasan y Koda dejaron a Karen sola, ante Lonan.

Los dos hermanos besaron la mano a la agente y le sonrieron.

—Bienvenida a casa, hermanita —la saludó Koda haciendo una reverencia.

—Siempre te arrepentirás de no haberme elegido a mí — aseguró Dasan alejándose con otra reverencia.

—Karen.

Ella, algo superada por la situación, se quedó mirando a Lonan como si viniera de otro mundo, aunque pronto recordó que la había dejado sola en el hospital y cambió la expresión.

—Sé que estás enfadada.

—No te haces una idea...

—Pero no podía verte postrada en la camilla. Y me daba miedo hacerte daño al tocarte. Tu herida y mi necesidad no son buenas amigas. Así que decidí concentrarme en organizarte esto lo antes posible.

—No me hacen falta fiestas, Lonan. Solo quería una cosa, y tú has hecho que...

Lonan dio un paso al frente y le robó un beso frente a todo el mundo. La rodeó con sus brazos y la abrazó fuerte, para que ella sintiera lo mucho que la necesitaba.

—Karen, cállate...

—Vas a mandar callar a tu...

Él escondió una sonrisa y el público rio con él y lo silbó.

—Karen —la mantuvo apretada contra él—. Quiero proponerte algo.

Ella le echó una mirada desconfiada.

—¿Aquí? ¿Ante toda esta gente? Estás loco...

—Sí. ¡Estoy locamente enamorado de ti!

—Oooohhhh —exclamaron todos alzando sus copas por él.

Los ojos negros de Karen se llenaron de lágrimas y de nervios. ¿Lo había dicho de verdad? ¿En serio? ¿Estaba enamorado de ella?

—Nunca creí en el flechazo hasta que te vi, Karen. Nunca creí en un amor pleno, hasta que te conocí.

—Dios mío —murmuró ella permaneciendo estoica. La amaba.

—Te propongo una vida siendo tu esclavo en la cama y tu igual en el camino. No necesito vivir ni dos semanas ni un mes ni un año contigo para saber que te deseo y te quiero a mi lado para siempre. Te propongo cientos de desayunos y cenas entre sábanas. Te propongo una compañía leal y divertida en el viaje, y renovar los muebles cada año porque los hemos dejado destrozados. Eres la mujer que ha hecho que dejara de sentirme maldito, para convertirme en alguien bendecido por tu amor. Si las maldiciones no afectan a las brujas, tú eres la bruja de mi vida. Y quiero que me dejes estar contigo.

*Nunca había sentido algo tan grande,
Y me vuelve loca tu lado salvaje.*

—Porque voy a asegurarte que me esforzaré para que me ames, aunque sea, una pequeña parte de lo que yo te amo a ti. He caído subyugado a ti y a tu hechizo.

Lonan se arrodilló contemplándola como si fuera una diosa.

*Tú me has dado tanto que he estado pensando...
Ya lo tengo todo, pero ¿y el anillo pa cuando?*

—Cásate conmigo, Karen Robinson. Hagamos una locura. Espósame a ti y no me sueltes nunca —le enseñó una alianza sencilla y bonita, con un brillante.

Las lágrimas de Karen, por suerte, no corrieron su maquillaje, pero brillaban al reflejo de los focos multicolores y enternecieron a todos los *voyeurs* de aquel momento tan íntimo.

Karen no fue capaz de pronunciar una sola palabra, pero afirmó moviendo los graciosos rizos arriba y abajo.

Lonan se levantó de un salto y la cogió en brazos, alzando el puño al cielo como si fuera un campeón, dando vueltas con ella sobre su eje. Parecía que había ganado el mayor combate de todos. Y así era.

—Tonto... —sollozó ella contra su cuello—. Me he sentido muy sola. Pensaba que no querías verme...

—Nunca, bombón —le aseguró—. Eso nunca. Lo que no quiero es pasarme un día más de mi vida sin ver tu cara, agente Robinson. ¿Vas a ser la esposa de este Calavera?

Ella acunó su rostro con las manos y lo besó entusiasmada.

—Sí. ¿Y tú el marido de esta gladiadora?

—Seré lo que tú quieras —juró él—. Ven —la guió a través de la pasarela, aunque la gente continuaba aplaudiéndoles.

—¿Adónde vamos?

—¿Tienes bien la herida?

—Sí —ella se echó a reír.

—Pues vamos a probar una de las salas.

—¿Para qué?

—Para que el anillo me lo pongas tú.

Lonan le guiñó uno de sus increíbles ojos verdes y ella dejó de luchar contra lo que sentía.

Había almas afines, almas destinadas a estar juntas.

Había relaciones de una noche o de una década.

Había la posibilidad de enamorarse con una sola mirada o de hacerlo al cabo de los meses.

Había bodas, bodas de plata, de oro y de platino.

Y luego estaban ellos; personas que eran de las que se enamoraban por primera vez y también por última. Lonan sería la primera y la última vez de Karen.

Y Karen sería la de Lonan.

Porque había amores múltiples, y múltiples formas de amar.

Pero la magia estaba en descubrir al verdadero amor cuando venía de frente, viniera en la forma que viniese.

Como hacían Karen y Lonan a pesar del miedo.

Ellos decidieron atraparlo. Como se atrapaban los sueños.

Soñando. Luchando. Y amando.

Para siempre.

FIN

Haces bien en esperar más libros. Las historias de Dasan y Koda continuarán en las siguientes entregas de la saga. Este es el mundo de Amos y Mazmorras. La villanía no descansa. Pero la pasión y el amor tampoco lo hacen.

DICCIONARIO Bedesemero

Dice la WIKIPEDIA:

24/7: la relación que se establece de forma permanente -y en ciertos casos con pretensión de irrevocabilidad-, 24 horas al día, siete días a la semana.

adult baby: (ingl.) juego de rol en el que una de las partes adopta el papel de un bebé, que debe ser mimado, vestido, limpiado, educado....

age play: (ingl.) termino genérico para todos los juegos de rol en los que se establece la fantasía de que una de las partes es de edad infantil o adolescente.

algolagia: (lat.) También se usa el término algolagnia. Es una de las definiciones paramédicas del erotismo relacionador con el dolor, y puede ser pasiva o activa, según dicho erotismo lo despierte la recepción del dolor o el ejércelo sobre otros-as.

Amo/a: Es una más de las acepciones con que se designa al dominante en una relación D/s -en las relaciones S/M no es tan usual, aunque también se utiliza. En los juegos de rol, especialmente en la escena angloamericana, se habla de top. Otras referencias son Maestro, Dueño, Señor o Master.

Animal Training : (ingl.) entrenamiento de mascotas humanas, en las que la parte pasiva juega el papel de mascota (perro-a, pony, etc.).

Anillo de O: Una referencia al clásico contemporáneo de la literatura de BDSM, "Historia de O" , de Pauline Réage (publicado en 1954). Se trata del anillo que mostraban en la película (realizada en 1974) las sumisas que eran llevadas al Club por sus Dueños para su adiestramiento y/o iniciación, como muestra de su estado de sumisión a los varones "socios" del Club. Es un anillo de plata, con un pequeño aro en su frontal. Recientemente ha comenzado a

llevarse también por parte del Dueño de una sumisa, pero este lo llevará en la izquierda, mientras que aquella lo hace en la derecha. En realidad, el anillo referenciado en la película no era el que figura en la novela original de Pauline Réage, basado en los símbolos celtas y que carecía de aro frontal.

animal play: (ingl.) ver mascota, juegos de

arnés de poni: complementos de cuero, metal o combinados, que se colocan a la sumisa para escenificar su rol como pony. Pueden ser de cuerpo, de cabeza, de cintura, etc.

arnés, *bondage* de: un tipo de bondage , que se acopla a todo el cuerpo de la sumisa, incluyendo senos, vientre, brazos y piernas. En el bondage japonés tipo (shibari), recibe el nombre de Karada.

arnés, de cuerpo o corporal: un tipo de prenda , muy usada y apreciada en escenarios S/M y D/s, consistente en tiras de cuero y/o metal que enlazan el torso, con ciertas reminiscencias de la imagen que se tiene de los gladiadores romanos y de un atuendo "esclavista". Se basa en enlazados de cuero y cadenas finas de metal, que dejan libre los senos. Los varones sumisos también los suelen usar, con algunas variantes. En su versión "gladiador romano", es muy celebrado en la escena S/M homosexual masculina.

Auto-bondage: Atamientos con cuerda (bondage) o con plásticos anchos (momificación) o cintas de caucho (cinching) por parte de una persona sobre su propio cuerpo. Puede tener variadas motivaciones: como practica sensorialmente placentera en sí misma, similar a quien se da un masaje en los pies, por ejemplo. En esta forma, está sumamente difundida en Estados Unidos. También como recurso en casos de relaciones a distancia, siguiendo las instrucciones del dominante -por teléfono, por irc, por mensajería electrónica, por notas , etc. Igualmente, como recurso en periodos de ausencia de relaciones estables, o como autoaprendizaje del propio cuerpo y sus reacciones, por parte de una sumisa que desea progresar en la entrega y la comprensión de dicha entrega. Finalmente, como actividad erótica, enlazada o no, previa o no a otras actividades autoeróticas. Debido a sus especiales

características, debe practicarse con suma prevención, siendo siempre una práctica de riesgo.

auto-axfisia: práctica erótica de alto riesgo, consistente en dificultarse a sí mismo-a por propia voluntad la respiración hasta alcanzar el éxtasis sexual. Registra un elevadísimo número de muertes accidentales y es desaconsejada por casi todas las organizaciones y personalidades del BDSM.

azotes: golpear con la mano y por extensión con algún instrumento específico -fusta, gato de colas, látigo, paleta, etc.-o bien de uso cotidiano, - zapatillas, paleta de tenis de mesa, regla, vara, etc.- una parte del cuerpo de la persona sumisa, como castigo por una acción impropia, como parte de la relación de ambos, o como juego de preparación sexual. Los puristas interpretan que el spanking, solo es aquél que se propina con la mano sobre las nalgas desnudas de la persona sumisa, recibiendo las demás variantes otros nombres (canning, a los azotes con canne, o vara vegetal, flogging, para los azotes con *flogger* o gato de colas suaves, etc.). El azote se usa indistintamente en la D/s y en la S/M, aunque con diferentes motivaciones y rituales. Puede llegar a alcanzar una carga erótica singularmente alta, y no es infrecuente que el dominante deba regular el ritmo y la intensidad de los mismos, para evitar un orgasmo inesperado por parte de la persona sumisa.

bastinado:(lat.) Castigo con un bastón rígido, preferentemente en las plantas de los pies.

bastoneado, bastonear: acción de administrar un castigo de bastinado.

BB: (ingl.) abreviatura inglesa para los bondages o atamientos de pechos.

B&D: (abrv.) abreviatura para Bondage y Disciplina, una fórmula que se usó para diferenciarse del S/M, y que paradójicamente formó luego la base del concepto genérico BDSM.

BDSM: (abrv.) acrónimo para la comunidad que practica una sexualidad no convencional y para los estilos de vida con intercambio de poder (EPE), entre otros. Su significado viene a ser Bondage y Disciplina, Dominación y Sumisión, Sadismo y Masoquismo.

bizarr: (ingl.) bizarro, relativo al sexo extremo o actividades extremas de BDSM, por extensión y en ciertas partes del mundo anglosajón, todo lo relativo a la sexualidad no convencional, incluyendo el BDSM.

bondage: (ingl.) juegos de ataduras o inmovilizaciones, que pueden hacerse con cuerdas, cintas de cuero, seda, pañuelos, cadenas, etc., con un propósito estético, o para inmovilizar a la sumisa durante una sesión o durante su uso sexual.

bottom: (ingl.) Pasivo, sumiso, sumisa.

branding: (ingl.) marcas y señales practicadas por medio del fuego, utensilios calentados al rojo, etc.

breath control: (ingl.) control de respiración.

caída post-sesión: un estado similar a la depresión, que puede sobrevenir a la persona sumisa tras una sesión, especialmente si en esta se han alcanzado niveles notables de sensaciones. Es recomendable reposo temporal, tranquilidad y quietud. Suele desaparecer en poco tiempo y por sí solo.

cane: (ingl.) término usado para designar varas de bambú o fresno, con las que antiguamente se practicaban los castigos en las escuelas victorianas.

caning: (ingl.) Azotes practicados con una caña de alma de bambú, fresno flexible o similar.

castigo: En la escena D/s, esta palabra tiene múltiples significados, no siempre coincidentes. En general, es una de esas palabras que en cada relación tiene un significado distinto y muchas veces opuesto. Puede referirse a la acción de un dominante sobre la persona sometida, para penar una falta de aquella o simplemente por placer de este, o incluso provocada por la sumisa, en la busca de su propio placer. También es simplemente una clave verbal mutua, para denominar el punto de arranque de una actividad sexual, integrada en la relación de dominación-sumisión que ambos mantienen.

cepo: elemento de madera o hierro, imitando los antiguos instrumentos punitivos de la Edad Media, usado en juegos de restricción de movimientos en el BDSM.

cinching:(ingl.) rodear el cuerpo sometido con cinta de látex, rubber, cinta americana, etc. Ver momificación.

cinta americana: un tipo de cinta ancha adhesiva de seguridad, muy valorada en escenarios BDSM por su textura y su practicidad para fijar muñecas o tobillos, o para realizar envolvimientos parciales o totales.

codeword:(ingl.) ver palabra de seguridad

código: Conjunto de reglas impuestas en una escena de BDSM respecto al vestuario y el comportamiento.

código de vestuario: el que suele anunciarse como necesario o recomendable a la hora de asistir a una fiesta BDSM privada o pública. Suele contener el negro como color esencial, y elementos fetichistas femeninos (corsé, zapatos de tacón), así como una estética identificadora en los materiales (cuero, látex, vinilo, rubber, etc.) y en los accesorios (collares de sumisión, elementos simbólicos, etc.).

collar: de cuero o metal, simbolizan la entrega. Puede ser tremendamente sofisticado, estilizado o basto y de "castigo", destinado a su uso en sesiones íntimas o para llevar en público. Suele incluir uno o más ganchos para completarlos con un tirante-guía, que el dominante maneja o usa para inmovilizar a la sumisa o sumiso.

Collar de perlas es un término coloquial, de la jerga sexual, se refiere a un acto sexual en el cual el hombre eyacula en o cerca del cuello, el tórax o pecho de otra persona.

CNC:(abrv.) del inglés "consensual non-consent". Ver metaconsenso
consenso, consensuado-a: toda actividad enmarcada en el BDSM, debe ser, por definición, previamente pactada entre los participantes, es decir, debe estar consensuada.

consensual non-consent:(ingl.) ver metaconsenso

control de respiración: práctica considerada como extrema y de alto riesgo, consistente en controlar la respiración de la persona sometida mediante diferentes sistemas. Sin entrar a valorar la intensidad del placer sexual que pueda causar, es altamente desaconsejable. Es la práctica que fue la materia base para la película El Imperio de Los Sentidos, sobre un caso real que causó el fallecimiento del amante.

contrato de sumisión: una práctica conocida en algunos sectores minoritarios del BDSM, en los que el contenido, alcance, límites, pactos e incluso duración de la relación, se fija por escrito en un Contrato. Este tiene un carácter meramente simbólico, pues carece de efectividad legal alguna.

Cruz de San Andrés: Una cruz de madera, en forma de aspa, a cuyos brazos se atan tobillos, muñecas y otras partes del cuerpo de la persona sometida. El objetivo es dejarla expuesta e indefensa, para subrayar la entrega. Se combina con otras actividades: bondage, pinzas, azotes, etc.

Cruz (Rueda) de Wartemberg: Antiguamente usada en las mazmorras de la Edad Media, en forma de rueda de madera sobre un eje móvil, se usa en el BDSM en los juegos de dominación y/o sadomasoquismo, generalmente colocada en posición vertical. A la parte pasiva en el juego se la sujeta a la rueda por los tobillos, muñecas, antebrazos, piernas y cintura, y se gira la rueda hasta invertir la postura, a fin de magnificar la sensación de "indefensión".

clinical, clínico: (ingl.) ver escenarios médicos.

devot: (lat.) sumisa, sumiso, denominación habitual en las áreas de lengua alemana.

disciplina: Imposición de normas de comportamiento. Son elementos muy comunes en los juegos de EPE(intercambio erótico de poder) o de dominación-sumisión. Al ser infringidas imponen la necesidad de castigar a la persona sumisa.

disciplina inglesa: se suele dar esa denominación a la flagelación erótica, asumiendo de una parte el uso que durante la época victoriana se hacía de los azotes en las escuelas inglesas, y de otro su empleo actual como medio "disciplinario" en los juegos de "educación".

doma: educación en el arte de la sumisión, ejercida sobre un sumiso/ a por parte de su Ama/o.

dom: (abrv.) de Dominante

domina: se refiere a la mujer que ejerce un rol activo o dominante en una relación BDSM.

dominatrix: vocablo que suele designar a la profesional de la denominada dominación femenina, variante de la prostitución especializada. No se suele usar como sinónimo de ama no-profesional. Ver domina.

dominante: persona que ejerce de manera natural o por juego una relación de poder sobre otra u otras, que incluye –pero no necesariamente– el área sexual .

dominación: relación de tipo especial, por la que una persona "toma las decisiones" por otra, en todo, o en aquello que ambos han "pactado" (EPE). Puede ser etc.de muchos tipos: reservada exclusivamente al campo sexual, global, con o sin exclusiones, temporal (solo durante los encuentros de ambas personas), permanente (denominada 24x7), exclusiva y excluyente o de carácter polígamo, heterosexual u homosexual, ejercida en directo o a través de la distancia.

dominación a distancia: la que se ejerce en ausencia de la presencia física del dominante, usando algún sistema de comunicación a distancia, como teléfono, Internet, correo,, etc.

dominación femenina: juegos en donde la parte femenina toma el rol dominante, y la masculina el sumiso.

D&S (DS, D/s): (abrv.) siglas representativas de las relaciones de Dominación-sumisión.

Edgeplay: (ingl.) juego al borde de lo permisible, prácticas extremas donde, sin abandonar la norma esencial del consenso previo, se asumen situaciones de riesgo.

entrega: la cesión de poder (de decisión) que hace la parte sumisa ante su dominante, así como la sensación que experimenta y transmite aquélla.

EPE: (abrv.) del inglés Erotic Power Exchange

EPEIC (abrv.) del inglés Erotic Power Exchange Information Center
entrenamiento: la acción por la cual un dominante (Mentor, Master, Tutor, etc.) condiciona de forma activa la respuesta de la sumisa ante determinados estímulos. El objeto del "entrenamiento" es doble, por una parte se justifica en sí mismo como juego pactado por ambos, por otra parte se desea "modelar", igualmente de forma consensuada, el comportamiento sumiso.

Erotic Power Exchange: (ingl.) Intercambio Erótico de Poder, relaciones en las que la persona sumisa cede parte o la totalidad de su capacidad de decisión, de forma pactada, al dominante. En castellano se emplea mucho más la denominación "relaciones de dominación-sumisión" o abreviadamente, D/s.

escena: se puede referir tanto a la realidad de la comunidad BDSM en un país o ciudad concreta, como a la parte formal, escénica, de una sesión con prácticas BDSM.

escenarios médicos: juegos en un escenario "clínico", donde el dominante suele ejercer de "doctor/a" o "enfermero/a", y la/el sumisa/o de "paciente". Se complementa con objetos y muebles especiales, como sillas ginecológicas, camillas, instrumental de observación, y utensilios médicos o paramédicos, destinados a recrear una fantasía de escenografía clínica. Puede incluir enemas, agujas, masajes, inspección vaginal o anal, etc.

esclava, esclavo: en la comunidad BDSM es una de las denominaciones consensuadas para quien toma el rol pasivo o sumiso.

esclava goreana: se entiende por ese nombre la parte pasiva en un juego de rol de carácter sexual, inspirado en las novelas de la saga de Gor, escritas por

John Norman

espacio sumiso: se refiere a una situación de éxtasis, una especie de transposición corporal que a veces sobreviene a una sumisa durante una sesión de BDSM, cuando esta alcanza una notable intensidad sensorial.

estudio: denominación usual para las salas privadas, decoradas apropiadamente, donde se ejerce la prostitución especializada en escenarios BDSM. En el ambiente no profesional se suele emplear en su lugar "mazmorra" o "sala de juego".

femdom: (ingl.) Término inglés por el cual es conocida la dominación femenina.

feminización: acto consistente en la transformación de un varón sumiso en "mujer", bien con ropajes, ademanes o actuaciones apropiadas. Suele ser realizada por "mandato" de una mujer, que toma en este caso el rol dominante.

flagelación: consiste en azotar, como parte de un rol sexual, por medio de látigos o similar.

flog, flogging: (ingl.) en inglés, azotar con un gato de colas como juego sexual.

flogger: (ingl.) en inglés, gato para azotes.

fusta: Vara flexible o látigo largo y delgado que por el extremo superior tiene una trencilla de correa que se usa en equitación. La fusta de montar normal es una vara forrada en cuero con una pequeña lonja de cuero doblada al medio como azotera. Se hacen también forradas en nylon con un cordel de unos 3 cm. como azotera y suele medir alrededor de 70 centímetros. Las de salto y adiestramiento algo más de un metro. Su empleo está muy difundido tanto en el SM como en la DS, tanto como instrumento de azote erótico como usado (por el Dominante) por su valor simbólico.

gato: por extensión, cualquier tipo de látigo formado por varias tiras

gato de nueve colas: gato de tiras, látigo de entre 40 centímetros y metro y medio, con varias colas o tiras (el típico en los antiguos castigos de la marina británica, tenía nueve), al contrario que el látigo clásico, de una sola tira. Su uso es muy frecuente en la llamada flagelación erótica dentro del BDSM.

hogtied: (ingl.) una figura de atamieto o inmovilización muy practicada en juegos de BDSM, consistente en unir, enlazados entre sí por cuerdas o similar, muñecas y tobillos de la persona pasiva, como paso previo a otros juegos sexuales o como actividad propia.

Historia de 0: novela de la escritora francesa Pauline Réage (seudónimo de [[Dominique Aury) publicada en 1954. Es considerada una de las obras cumbres de la literatura BDSM contemporánea.

infantilismo: Fetichismo consistente en vestirse de bebé y usar ropas, objetos y ademanes de niños muy pequeños.

iniciación: Se trata de un espacio muy ritualizado, por el que se "consagra" la entrega de la persona sometida y la aceptación de esta por parte del dominante. Los rituales dependen de cada dominante, pero suelen comprender una especie de introducción formal en cada uno de los aspectos de la sumisión -siempre a juicio de aquél. La sumisa, bañada en aceites y rodeada de una liturgia muy especial, se desliza por una serie de cuadros oníricos y de fuerte contenido sexual.

Intercambio de Poder: ver EPE

juego: denominación usual para las actividades consensuadas dentro del BDSM.

kajira: es el nombre empleado en la saga de ficción de Gor para designar a una esclava. Se usa para identificar a la sumisa que sigue, en su relación, los rituales y prácticas descritas en dichos libros. Ver Gor .

kinky: (ingl.) palabra usada para designar cualquier tipo de actividad sexual no convencional, o para calificar una mentalidad abierta a la exploración y la experimentación de nuevas actividades.

lady: se usa, entre otras, en el BDSM para designar a una mujer dominante.

látigo: instrumento de juego sexual usado en el sadomasoquismo, pero también en otras subculturas del BDSM, como la disciplina inglesa y las relaciones D/s.

Leather Pride: (ingl.) La bandera del Orgullo del Cuero fue diseñada por el activista americano Tony DeBlase en mayo de 1988 y se ha extendido como símbolo de identidad para toda la cultura BDSM.

lord: (ingl.) Una de las denominaciones empleadas para designar a un varón dominante, poco usual en la escena española.

límites: Pacto establecido previo a la sesión, si es puntual, o a la relación, si es global, respecto a lo que las personas que lo establecen NO quieren hacer. Los límites varían entre unas y otras personas y en cada situación.

maestro: Aquel que controla un juego sexual de dominación y sumisión, que dirige un bondage o que es un afamado experto en alguna técnica BDSM. También se emplea como sinónimo de tutor, o empleado como muestra de respeto hacia un reconocido y afamado dominante.

Manifiesto Sadomasquista:

marca: la inscripción de figuras o letras en el cuerpo, que si es permanente suele realizarse mediante hierros al rojo. Las zonas preferidas son: nalgas, vientre y sexo. Si es temporal, se hace con otros instrumentos, como útiles de azote o paletas con protuberancias agudas.

mascota: término empleado en los juegos de rol donde la parte pasiva adopta los usos y comportamientos de un "animal" de compañía. El "entrenador" es representado en ese caso por la parte activa.

masoquismo: define el placer sexual relacionado con el dolor recibido. El término fue descrito por el médico alemán Kraft Ebbing, tomándolo del austríaco Leopold von Sacher-Masoch, que escribió varias obras ("La venus de las pieles" entre otras) describiendo los goces sexuales del dolor.

maso: forma coloquial para masoquista o masoquismo

master: (ingl.) maestro, usual en el escenario BDSM para denominar al dominante varón.

mazmorra: lugar habilitado para actividades dentro del BDSM o específicamente sadomasoquistas, dotados de muebles y accesorios que imitan a los que se encontraban en las antiguas mazmorras, pero diseñados para realizar juegos de rol sexual.

metaconsenso: forma específica del consenso usual en el BDSM, en la cual la parte sometida pide que se ael dominante quien juzgue la conveniencia o no de interrumpir la sesión, cuando esto sea solicitado por la parte sometida. Es un concepto contravertido en ciertas esferas del colectivo BDSM, aunque era de uso frecuente en la época pionera de la Old Guard.

momificación: Envolvimiento completo del cuerpo sometido, usando cinta americana, plástico de envolver o vestidos-monos de látex, cuero o rubber, especialmente diseñados para ello. Suele considerarse como un subgénero del bondage.

mordaza: Cualquier objeto que amortigüe el sonido procedente de la boca. Se usan como función ornativa o como complemento del juego, acentuando la privación sensorial.

mordaza de bola: accesorio consistente en una bola de silicona o similar, insertada en una banda elástica o de cuero. Se usa, introducida en la boca de persona pasiva y atada la banda a su nuca, para simular un proceso de privación sensorial.

Movimiento del Cuero: movimiento comenzado en los 50 con algunos de los soldados que volvían de la II Guerra Mundial, relacionado con la estética homosexual del cuero y las motos, y que dio paso a la época de la Old Guard, mediados de los 70, como precursora del BDSM pansexual.

negociación: proceso de consenso previo a un juego, sesión o relación de tipo BDSM, en el que se establecen los pactos que rigen extremos tales como

la intensidad, los riesgos, la palabra de seguridad, los límites, etc.

New Gard: (ingl.) A principios de los 90, comienza lo que hoy conocemos como el periodo de la New Guard (Guardia joven o nueva), que se caracteriza por la decidida apertura hacia el mundo heterosexual y de la homosexualidad femenina, la aceptación del fenómeno switch, la inclusión de elementos de sensibilidad interior (dominación psicológica, relaciones D/S sin inclusión de rasgos sadomasoquistas, etc.), la aceptación de quienes practicaban el "solo juego", y la participación activa de la mujer heterosexual en el asociacionismo BDSM. [3]

Old Gard: (ingl.) Es la época pionera del BDSM, mediados de los 70, y su libro de cabecera es *Leatherman's Handbook*. Durante este periodo, el movimiento conserva su vinculación con el mundo homosexual masculino, sin abrirse a los espacios hetero y rechazando la aceptación del fenómeno switch (es decir, quienes se confesaban cómodos en ambos roles). También rechazaban frontalmente la admisión de quienes considerasen las relaciones B/D y S/M como "solo juego". Los activistas de esa época era favorables a las relaciones de metaconsenso y muy excépticos respecto al establecimiento de límites.

Other World Kingdom: En 1997 aparece en la localidad de Cerna, a 150 kilómetros de Praga, Checoslovaquia, y es un centro de la denominada dominación femenina por pago, constituido alrededor de antiguas mansiones ducales, en las que "reina" la mujer dominante (profesional) bajo la mirada de la Reina Patricia I, y en la que todos los hombres son "esclavos" que pagan puntualmente sus "impuestos".

palabra de seguridad: La palabra-código (también así llamada) es usada por la parte sumisa para indicar de forma rápida que el grado, las circunstancias o la actividad que se está desarrollando, no es de su gusto y que desea parar. La ética del BDSM perfija que en todo momento la parte dominante respetará dicha manifestación e interrumpirá la sesión.

parafilia: término clínico empleado para designar el gusto intenso por una detgerminada práctica, generalmente relacionado con el placer sexual por

algunas actividad concreta: fetichismo, bondage, sadomasoquismo, voyeurismo, etc.

pasivo -a: designa la parte sometida o sumisa; se usa especialmente en las relaciones sadomasoquistas y con mucha menor frecuencia en las de tipo D/s.

pet play: (ingl.) juego con mascotas, juego de rol en el que la parte sumisa adopta el papel de una mascota.

poder, intercambio de: vr EPE

pony-play: la persona sometida (ponygirl, ponyboy) adopta un rol de montura equina, que puede contar con elementos enriquecedores de la estética D/s, tales como mascarar-bocado, arneses de cabeza, sillas de montar especiales, látigos de doma de caballos, etc. Pero también puede adoptar una forma lúdica, combinada con azotes, e incluso con el juego sexual.

pinzas: muy usadas en relacione D/s y S/M, se utilizan para presionar diferentes partes del cuerpo. Se usan pinzas corrientes del hogar, de madera o plástico, pinzas metálicas especiales, etc. Suelen utilizarse en pezones, áreas próximas, labios vaginales, incluido el clítoris, escroto, testículos y pene en los varones, brazos, etc.

potro: similar al potro usado en competiciones gimnásticas, con ligeras modificaciones en tamaño y altura, y con el aditamento de elementos de fijación. Se usa para inmovilizar, azotar, y muy frecuentemente para interactuar sexualmente con la persona sumisa. Proviene de la iconografía medieval de las salas de tortura.

potro de Berkley: diseñado en la mitad del siglo XIX por una dama inglesa de ese nombre, dedicada a la flagelación profesional, y destinado a inmovilizar a las personas que deseaban ser flageladas. Cobró rápidamente una gran popularidad entre los partidarios de la llamada disciplina inglesa.

privación sensorial: todo juego o actividad en la que se priva, consensuada y temporalmente, a la parte pasiva de uno o varios sentidos: el habla, la capacidad de movimiento, la vista, etc., por medio de mordazas, cuerdas,

pañuelos de seda, etc. Su objetivo en el juego es promover o acentuar la sensación de indefensión, como instrumento de excitación mutua, o como parte de una relación D/s.

Quagmyr: promotor y diseñador del triskel símbolo del BDSM mundial, entre otros.

Racsa: (abrv.) equivalencia hispana del rack, que para una parte de la comunidad BDSM ha venido a sustituir con más precisión el del SCC, como elemento definitorio del BDSM. Viene a significar riesgo asumido y consensuado para sexo alternativo (o no convencional).

rebenque: antiguo instrumento de castigo en las marinas mercantes y de guerra, usado en el BDSM hispano en juegos sadomasoquistas.

Roissy: mansión donde se desarrolla en gran parte la novela considerada como la obra cumbre del BDSM, la Historia de O.

rol, juegos de: todos aquellos en los que la persona dominante y la persona pasiva adoptan un papel consensuado y complementario, que puede tener connotaciones sexuales, pero no necesariamente. Ejemplos de ello son los juegos Amo-sumisa, Señora-esclavo, Maestro-alumna, Enfermerapaciente, etc.

rubber: (ingl.) polímero sintético que comercialmente se presenta con la apariencia de goma negra y basta, usado entre otros en la confección de artículos y ropa de tendencia fetichista. Especialmente presente en la subcultura homosexual del S/M.

[editar]de la S a la W

Sadismo, sádico-a:

Sadomaso: coloquialmente, sadomasoquista o sadomasoquismo

Sadomasoquismo, Sadomasoquista:

safeword:(ingl.) ver palabra de seguridad

sane, safe and consensual: (ingl.) sensato, seguro y consensuado : lema creado por el activista David Stein en 1983 y que para muchos activistas del BDSM identifica la manera correcta de practicarlo.

S/M : abreviatura de Sadismo/masoquismo o más habitualmente, sadomasoquismo.

sensato, seguro y consensuado: lema creado por el activista David Stein en 1983 y que para muchos activistas del BDSM identifica la manera correcta de practicarlo.

servir de criada: actuar de una forma exagerada y escénica, en una dramatización de la figura de criada, enfatizando las actividades que realizaría: limpiar, servir comida o bebida, etc.

servir de mueble: la persona sumisa se coloca en el rol de mueble, generalmente una mesa, donde se colocan platos, vasos, ceniceros, etc.

servir de WC: la persona sometida se ofrece para que el dominante utilice su cuerpo y/o sus cavidades como receptáculo de su orina y/o heces.

sesión: el espacio de tiempo dedicado a actividades BDSM específicas, que pueden incluir prácticas sexuales. Puede durar algunos minutos, horas o incluso días.

shibari: (jap.) Variedad tradicional del bondage japonés. Ver artículo principal shibari.

sir: (ingl.) un término usado para designar al dominante varón en las relaciones BDSM.

sissificación: palabra que expresa la conversión de un sumiso (excepcionalmente también una sumisa) en una forma extremadamente bucólica de doncella.

someter, sometimiento, sometido-a: todo el complejo entramado de actividades mediante las cuales un dominante establece su dominio sobre la

persona sometida: pueden ser de carácter exclusivamente sexual, o abarcar todas y cada una de las facetas de la vida (24/7).

spanking: (ingl.) azotes eróticos propinados generalmente con la mano, o con un objeto. Ver azotes.

SSC: (abrv.) abreviatura de sane, safe and consensual Ver sensato, seguro y consensuado

sub: (ingl.) sumisa, sumiso

subcultura BDSM: la identificación del BDSM como subcultura, al entender que tiene una identidad social propia y unitaria, un lenguaje interno o argot propio, y un desarrollo cultural autónomo.

subspace: (ingl.) se aplica a la situación, que para algunos tiene elementos del trance místico, a la que puede llegar una persona sumisa durante una sesión, al traspasar la barrera de las sensaciones físicas y entrar en el llamado "espacio sumiso".

suspensión: elevación y permanencia, por medio de ataduras y sin tocar el suelo, en alguna de las formas existentes (pendiendo de las muñecas, invertida, de los tobillos, de muñecas y tobillos, de la cintura, en arneses de suspensión, etc.)

sumisa, sumiso: definición adoptada para la parte pasiva en todas las relaciones en las que una de las partes desarrolla la responsabilidad sobre la acción, mientras que la otra -la pasiva- cede el control de la situación a su compañero/a. Es típica de las relaciones de dominación/sumisión, D/s, aunque no tanto en las relaciones sadomasoquistas (S/M).

sumisión: es el contrapunto a la dominación: la persona que se somete a otra, le entrega determinadas parcelas de su libre decisión, las que ambas partes acuerden.

switch: (ingl.) es quién gusta de ejercer ambos roles (sumiso y dominante), dependiendo de la circunstancia y de la otra persona.

top: (ingl.) término equivalente a activo, dominante.

tortura de pene: manipulación del pene, el glande, el escroto y los testículos, para conseguir sensaciones de dolor más o menos marcado. Se usa la mano, golpes con paletas, fustas o cañas, cera, corrientes, hielo, pinzas, agujas, fijaciones, etc.

Total Power Exchange: (ingl.) Traspaso o Intercambio Total de Control, relaciones tipo D/s, donde no se establecen tiempos pactados de sesión, ni límites fuera de los que la razón impone. La parte dominante asume el control total de la relación, durante todo el tiempo. Otra versión del mismo concepto es el de "relaciones 24/7". Sin embargo, puede haber relaciones TPE pactadas para una única sesión, aunque no es lo habitual. Enlaza a su vez con el concepto del metaconsenso, indispensable en relaciones 24/7, TPE o similares.

TPE: (abrv.) ver Total Power Exchange

trampling: consiste en pisar a la persona sometida o aposentarse sobre ella, ya sea con el pie desnudo como con calzado.

triskel: en el BDSM se usa el triskel de origen céltico como símbolo de la comunidad. Su diseñador, Quagmyr, se inspiró en la lectura de la novela de Pauline Réage, Historia de O.

tutor: un tipo específico de master o dominante, que se hace cargo del "entrenamiento" o preparación de una persona sumisa, pero con vistas a que está en algún momento posterior "recupere" su libertad y busque una relación autónoma con una persona dominante. También se puede dar el caso de que la persona sumisa ya tenga establecida tal relación, y con consentimiento y conocimiento de todas las partes, se inicie un proceso de "tutelaje" con un tercero, en este caso el Tutor.

vicio inglés, el: se refiere a la flagelación. En el siglo XVIII los franceses denominaban de esa forma a los que gustaban del azote erótico en cualesquiera de sus modalidades, por creer que provenía directamente del uso de los azotes disciplinarios sobre las desnudas nalgas de alumnas y alumnos de las escuelas

victorianas. También es el título de un conocido libro científico sobre la historia de la flagelación, escrito por el hispanista inglés Ian Gibson. (Gibson, Ian, El vicio inglés. Barcelona: Planeta, 1980 / The English Vice. London: Duckworth, 1978.)

[editar]Apéndice de acrónimos en inglés

Estos son algunos acrónimos ingleses usados en la escena BDSM y en en los debates de foros de Internet dedicados a esa temática.

BBW Big Beautiful Woman, la mujer gruesa como fetiche

BDSM Bondage, Disciplina, D/s, Sadismo y Masoquismo. El cajón de sastre.

BDSMLMNOP BDSM “y cualquier cosa que deseemos hacer” (prácticas extremas)

CB o C+B Tortura de pene y testículos

CB o C+B Tortura de pene y testículos

CBT igual que anterior

CIS Sumisión Completa e Irrevocable

CNC Consensuado “No-consenso”

CP Corporal Punishment, castigo corporal

D/s Dominación y Sumisión

EPE Erotic Power Exchange, la base ideológica de la D/s

GS Golden Shower, lluvia dorada

IMAO In My Arrogant Opinion, en Mi opinión dominante (arrogante)

IMHO In My Humble Opinion, en mi humilde opinión

LDR Long Distance Relationship, relación a distancia

MPD Multiple Personality Disorder, múltiples desórdenes de personalidad

MUDs Multi User Dungeon, calabozos para juego de rol múltiple online

Munch Social gathering of local BDSM-people, reuniones sociales
de grupos BDSM

NC No-Consensual

NL New Leather, los integrantes de la "modernidad" en el BDSM

NLA National Leather Association, grupo de ayuda americano a la
comunidad S/M

ObBDSM Obligatory BDSM: Obligadamente BDSM, referido a la necesidad
de poner algo sobre la temática, en un mail a un grupo de noticias BDSM

OG Old Guard Leather , la "vieja guardia" en el BDSM

PEP People Exchanging Power , grupo de ayuda a la comunidad BDSM

PITA castigar, golpear las nalgas (punishment in the ass)

S slave (sub), esclava/o, sumisa/o

SAM Smart-Ass Masochist, que le gusta ser azotada/o en las nalgas

Sex Magick una palabra inventada, compuesta de Sex (sexo), Magic (magia)
y kik, golpe, patada, empujón.

S/M or S&M Sadismo y masoquismo, sadomasoquismo

SO Significant Other, el importante Otro, generalmente referido a la otra parte de una relación D/s

SSC Safe, Sane, Consensual: seguro, razonable (o sensato) y consensuado

S.S.S. Soc.Sexuality. Spanking, sociedad para la difusión de la sexualidad de los azotes

SUB /SUBMISSIVE sumiso/a, sometido/a

TPE Total Power Exchange, Intercambio o Cesión Total de Poder.

WS Water Sports ,juegos acuáticos, lluvia dorada

YKINMK Your Kink Is Not My Kink : tu afición (gusto sexual) no es el mío

YKINOK Your Kink Is Not Okay, tu afición (gusto sexual) no está bien

YKIOK, IJNMK Your Kink is OK, It's Just Not My Kink, tu afición (gusto sexual) está bien, pero no es la mia.

YMMV Your Mileage May Vary, nuestras experiencias pueden ser distintas. Una manera ritualizada de expresar tolerancia con otras prácticas que no se comparten.

BIBLIOGRAFÍA:

* Bartomeu Domènech y Sibila Martí, "Diccionario multilingüe de BDSM", Ed. Bellaterra, 2004. ISBN 84-7290-248-X.

* Wetzstein, Thomas A. / Steinmetz, Linda / Reis, Christa / Eckert, Roland: "Sadomasochismus - Szenen und Rituale", alemán, 1993. ISBN 3-499-19632-8

* Hoffmann, Arne: "SM-Lexikon", editorial Schwarzkopf & Schwarzkopf, alemán, 2003. ISBN 3-89602-533-3

* Sanchidrián, Isacio ("IKARA"): "Glosario básico del BDSM", Cuadernos Extremos, 2001

NOTA: Este diccionario está íntegramente extraído de la WIKIPEDIA, un texto disponible bajo la Licencia Creative Commons Atribución Compartir Igual 3.0. La autora de esta obra no se proclama dueña de ninguno de los derechos de este diccionario.

Créditos

Primera edición: Julio 2018

Diseño de la colección: Valen Bailon

Corrección morfosintáctica y estilística:

Editorial Vanir

De la imagen de la cubierta y la contracubierta:

Shutterstock

Del diseño de la cubierta: ©Editorial Vanir, 2018

Del texto: Lena Valenti, 2018

www.editorialvanir.com

De esta edición: Editorial Vanir, 2018

Editorial Vanir

www.editorialvanir.com

valenbailon@editorialvanir.com

Barcelona

Edición digital: **Vorpal. Servicios de Edición Digital**

ISBN: 978-84-947877-6-8

Depósito legal: B 17552-2018

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.